

el cronista del

# BICENTENARI



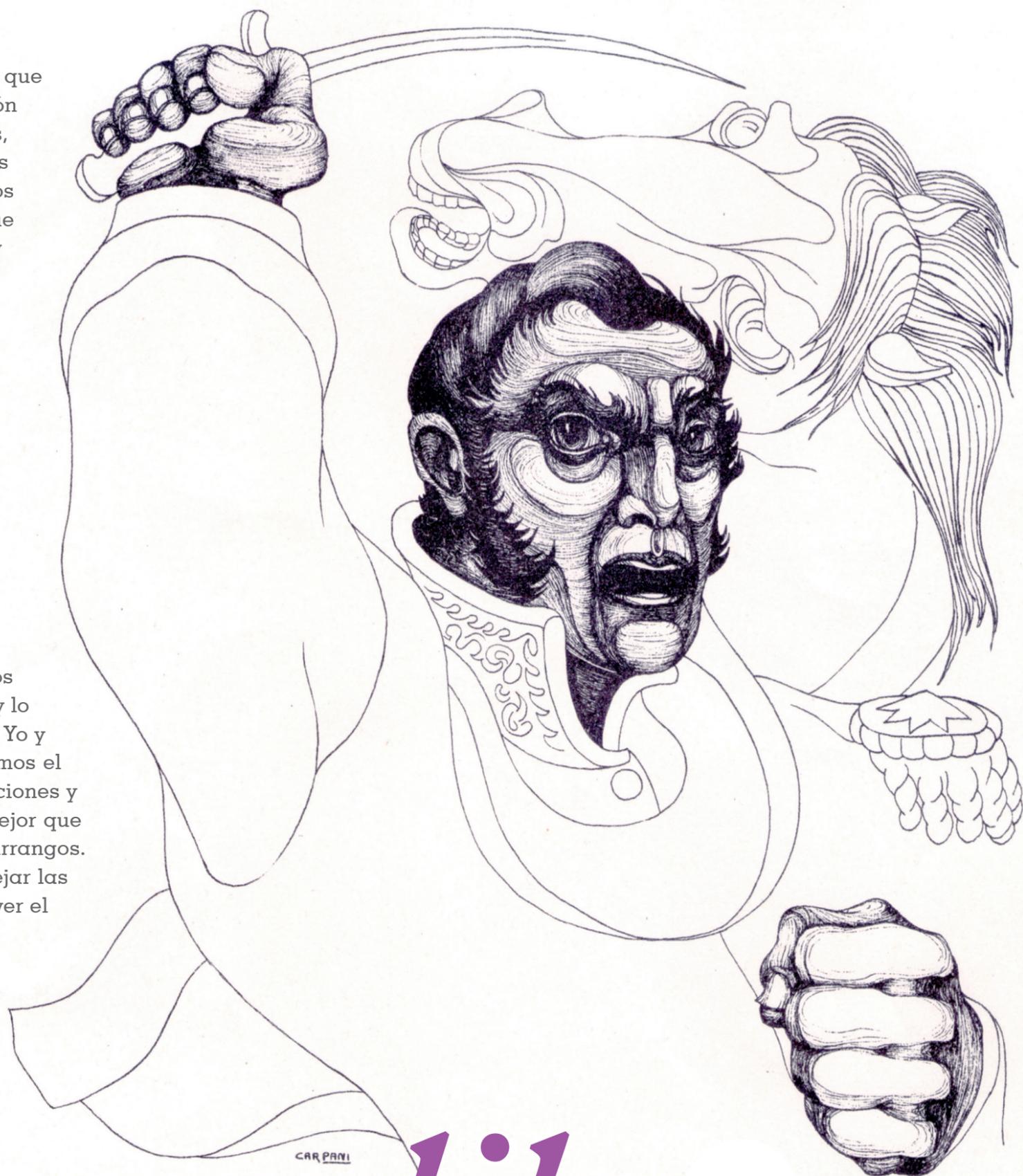
PUBLICACIÓN DE LA DIRECCIÓN GENERAL  
DE CULTURA Y EDUCACIÓN  
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Provincia de Buenos Aires | República Argentina  
Director Editorial: **Norberto Galasso**

«Ya no queda duda de que una fuerte expedición española viene a atacarnos, sin duda alguna los gallegos creen que estamos cansados de pelear y que nuestros sables y bayonetas ya no cortan ni ensartan; vamos a desengañarlos. La guerra la tenemos que hacer del modo que podamos, si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios nos vestiremos con las bayetitas que nos trabajan nuestras mujeres y si no, andaremos en pelotas como nuestros paisanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa nada. Yo y vuestros oficiales os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavo de los maturrangos. Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre o morir con ellas como hombres de coraje»

**San Martín**

Mendoza, 1819



# Seamos libres y lo demás no importa nada



Dirección General de  
**Cultura y Educación**  
**Buenos Aires**  
LA PROVINCIA

# Los 200 emancipación

POR MARIO OPORTO

Vivimos los tiempos del Bicentenario y es una buena oportunidad para preguntarnos cómo pensarlo, qué mirada tener frente a un acontecimiento de tanta magnitud. Se lo puede recordar de muchas maneras, pero es necesario tener presente que el modo de recordarlo es toda una postura política.

Hay una posibilidad, la más tentadora, y tal vez la menos recomendable, de mirar al Bicentenario desde la tradición del acontecimiento.

Un gran historiador, Fernand Braudel, decía que a la historia se la podía ver desde el acontecimiento, desde la coyuntura o desde el tiempo medio, o de las grandes estructuras, lo que llama el tiempo grande de la historia.

Así es como la manera en la que se recuerdan los aniversarios forma parte de la propia historia. Por ejemplo el modo en el que se recordó el Centenario de la Revolución de Mayo es una historia en sí misma. Se lo recordó desde una visión más elitista, oligárquica, reducida a los sectores beneficiarios de la política agroexportadora, se lo recordó desde ese orgullo, de la Argentina próspera para unos pocos. Ésa ya es una parte de la historia, con lo que la historia tendría ya dos hechos: el hecho que se recordaba y cómo se recordaba el hecho. No es recomendable caer en la tentación de la mirada del acontecimiento, porque eso sería repetir la historia del Cabildo, la historia municipal, tomar la Revolución de Mayo como un hecho ocurrido en un rincón semidespoblado y periférico del imperio español, que generó un proceso que llevó a la independencia. Eso sería desmerecerlo.

Lo que estamos recordando no es solamente el acontecimiento municipal del Cabildo, sino que lo que estamos recordando son los 200 años de la emancipación americana. Con lo que a aquel hecho ocurrido el 25 de mayo de hace 200 años, se lo puede ubicar en un contexto más amplio, formando parte de un hecho mucho más rico, mucho más ambicioso.

En primer lugar, América era una unidad o, por lo menos, eran cuatro estructuras estatales, que eran los virreinos, con rasgos de unidad. Los hechos de 1809 y 1810 apuntan a la búsqueda de la independencia tratando de rescatar la unidad.

## LA HISTORIA DE UN FRACASO

El Bicentenario también va a ser la historia de un fracaso, porque se logró la independencia a costa de la unidad. Así es como el panorama en 1850 aproximadamente, era desolador, lo que se pensó que se había logrado en la batalla de Ayacucho, se había perdido en las

guerras civiles, y aquellos ejércitos que habían luchado juntos para independizarse del imperio, habían caído en la órbita de otros imperios y peleaban entre sí por las fronteras ficticias en las que se había transformado este continente.

Estas guerras interestatales, tienen las características de guerras civiles inconclusas. El final de esa historia es la existencia o creación de dos docenas de países, independientes entre sí, más relacionados con Europa que entre ellos, donde van a crecer ciertos sectores cuya economía pudo vincularse al mercado global y donde van a quedar atrasados otros sectores con economías excluidas de ese mercado global.

La traducción cultural de esas sociedades que algunos llamaron duales —pero que en realidad son, usando una vieja idea, sociedades de crecimiento desigual y combinado—, fue la antinomia de civilización y barbarie. Era civilizado el sector que se había podido vincular con el mercado mundial y que había crecido en enclave, y era bárbaro, atrasado, todo aquel sector que no había podido vincularse porque tenía productos que no le interesaban al mercado mundial.

Un dato que revela por sí mismo la desolación de aquellos años de mediados de siglo es que los grandes libertadores mueren en soledad. **Simón Bolívar** le da nombre a un país como Bolivia, que era la antítesis de lo que él pensaba como unidad latinoamericana; **José de San Martín** muere en Francia, en el mismo año muere **José Gervasio de Artigas**, sin patria, como él mismo decía: «mi nación ya no tiene a mi provincia y mi provincia es una nación».

Y el Centenario fue el festejo de esa derrota, de ese desmembramiento, y el modelo educativo de entonces construyó la nacionalidad, pero la nacionalidad desde la división, desde el aislamiento; la construcción de la chilenidad, de la argentinidad o de la peruanidad, pero no pensado como un todo.

El sistema educativo fue muy exitoso en crear los ritos de los próceres, de las fechas patrias, de los monumentos, que sirvieron para construir una nacionalidad en el desmembramiento. Así se fueron dando paradojas, por ejemplo, Artigas es el prócer de la nacionalidad uruguaya, que era lo que él no quería ser, o Bolívar



quedó encuadrado en Venezuela cuando su vida fue, en realidad, más colombiana que venezolana, y se generan las disputas entre próceres que habían luchado juntos.

## SER AMERICANO

Esta es una reflexión vinculada a una vieja pregunta, que es si somos un país porque no pudimos ser una nación y si somos argentinos porque fracasamos en ser americanos.

En 1810 no existían los nombres de las nacionalidades, se era americano. A 200 años es necesario repensar eso, si es que realmente queremos que nuestro destino de unidad sudamericana sea el futuro. La unidad sudamericana no se va a lograr si no construimos el pensamiento y la cultura de la unidad. Este debate

debe traspasar esa relación romántica en donde somos todos hermanos, pero nadie busca la unidad. Somos todos hermanos, pero si se puede pongámonos visa para que entren al país a los hermanos no tan hermanos de los países limítrofes.

## LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA UNIDAD SUDAMERICANA

El primer texto importante que escribe **Mariano Moreno** es su tesis doctoral en 1802. La escribe en una universidad sudamericana, que es Chuquisaca. Hoy puede resultar curioso, pero resulta valioso resaltar que Moreno iba a una universidad que estaba en Bolivia, y que nuestro primer presidente de la Junta, **Cornelio Saavedra**, era un boliviano de Potosí.

# años y la americana

También es bueno recordar que durante 200 años fuimos peruanos, porque Lima era nuestra capital. Prácticamente, Lima fue la capital de estas tierras —y lo digo un poco provocativamente— casi tantos años como Buenos Aires.

Mariano Moreno escribe una tesis doctoral sobre la servidumbre indígena —sobre la mita y el yanaconazgo; o sea, sobre la cuestión social—, lo que sería equivalente a la cuestión obrera del siglo XX. El tiene claro que sin independencia no se resuelve la cuestión social y que esta está unida a la cuestión nacional; porque no va a haber abolición de la servidumbre indígena, si no hay independencia, porque la misma trama colonial justificaba la servidumbre y sólo la independencia iba a lograr la abolición. También entiende que no hay independencia sin unidad. Esto mismo es profundizado por **Manuel Belgrano** y **Juan José Castelli**. Con lo que los fundadores de esta nacionalidad pensaban en tres cosas: en la desigualdad social, en la independencia nacional y en la unidad del continente. El desenlace de la derrota política hizo que el continente se resquebrajara en dos docenas de países, que la independencia nacional quedara debilitada y se transformara en dependencia económica, y que la desigualdad social no se resolviera.

Mariano Moreno escribió sobre eso, y Castelli escribió sobre eso y cuando llegó al Alto Perú, liberó a los indígenas junto con la declaración de la independencia; y también lo hizo Belgrano, al cual a veces sólo se lo recuerda como el creador de la Bandera, que no es poca cosa; pero Salvador Ferla dice una cosa interesante: que a Belgrano lo tapó la bandera, y si no hubiese creado la bandera, lo recordaríamos como al economista más lúcido de la colonia. También lo hizo el **Deán Gregorio Funes**, que era delegado de Bolívar y **Bernardo de Monteagudo**, que tal vez fue el más brillante, no solo por calidad de pensamiento sino por ser el más productivo, escribiendo una obra sistemática sobre la unidad latinoamericana para el Congreso de Panamá. Todos estos eran todos hombres que escribían desde América en la primera mitad del siglo XIX, anticipándose a muchos debates que se dieron en Europa. Es imposible no sentirse un poco más orgulloso de la civilización y la cultura de la que nos tocó formar parte. Y esto también sirve para generar cierta autoestima del pensamiento nacional latinoamericano.

Cuando **Gabriel García Márquez** recibió el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo, le pedía a los jurados: «ojalá que esta originalidad que ustedes le reservan a la literatura, también se lo permitan a los

modos de organización social que los latinoamericanos queremos darnos de manera propia, con pensamiento propio frente a nuestros propios problemas». Lograr esa originalidad de la política es un trabajo muy arduo, pero lo primero que hay que hacer es fijar una posición, y es válido elegir cualquiera. Yo creo que la más noble, la más popular, la que tiene más futuro es la de la unidad, porque la cuestión social, el desarrollo, el crecimiento está allí. Porque se puede tener una visión de la unidad desde el panamericanismo, o desde la Alianza para el Progreso, o desde otras visiones, que son la unidad para la subordinación, no la unidad para la independencia; el desafío es lograr la unidad para la emancipación moderna, la unidad para la independencia del siglo XXI.

## LA ESCUELA FRENTE AL BICENTENARIO

Si la nacionalidad argentina se construyó a través del sistema educativo, si la idea de libertad tuvo en la educación un papel fundamental en nuestro país, entonces la educación no puede ser ajena a la idea americana. Si la educación no está presente, es probable que esa idea sea más débil y mucho más trabajosa. El Bicentenario es un buen momento para pensar nuestra realidad, pero no hay que avanzar con dogmas o certezas. No se trata de cambiar una visión histórica por otra, sino de abrir un debate en donde se pueda mirar la historia desde otros aspectos —geográfico, cultural— y en donde la escuela tiene mucho que hacer. Necesitamos un profundo debate en libertad, con amplitud y sin prejuicios.

No sería bueno un Bicentenario restaurador, que sólo mire el pasado. No sirven las nostalgias nacionalistas, sino las visiones de futuro. Los grandes acontecimientos de la historia argentina y de Latinoamérica se sintetizan en la lucha por ingresar a la modernidad, pero desde una visión propia.

Vale la pena este debate, y ampliar en nuestros alumnos y en nuestra población las miras del conocimiento. El Bicentenario debe ser un espacio de debate, de apertura, de pluralismo y democrático, no de dogmas ni de imposiciones. Tenemos que hacer un esfuerzo para mirarlo más ampliamente y entonces el acontecimiento tendrá una razón de ser superior al relato diario del 18 al 25 de Mayo de 1810, con las noticias que llegaban desde la lejana Europa hasta que el pueblo quiso saber de qué se trataba •

Mario Oporto es Director General de Cultural y Educación de la Provincia de Buenos Aires

# El Bicentenario en las escuelas

POR RODY RODRÍGUEZ

La Dirección General de Cultura y Educación y la Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires presentan **El Cronista del Bicentenario**, destinado a los docentes de nuestras escuelas secundarias, que retrata los hechos más sobresalientes de nuestra historia. Esta es una edición especial, que desarrolla— en formato que pretende ser más ágil que el tradicional libro de historia y con estilo periodístico—, temas tales como *el carácter continental del Ejército de los Andes; los motivos del retorno de San Martín; el proyecto educativo de los hombres de Mayo; caudillismo y economía; federalismo doctrinario y unidad hispanoamericana; la gesta de la Vuelta de Obligado; La Ley de Aduanas y la distribución de la renta; Rosas y la política de tierras; las bases del modelo agroexportador; Mitre y los federales provincianos; las presidencias de Sarmiento y Avellaneda, Roca y la conquista del desierto*, entre otros. El dibujo que ilustra la tapa en esta edición, es una obra del maestro **Ricardo Carpani**, el recordado dibujo de San Martín, facilitado generosamente por su compañera Doris Carpani.

**El Cronista del Bicentenario** cuenta con la dirección editorial de **Norberto Galasso**, a quien acompaña un grupo de destacados historiadores, como **León Pomer, Maximiliano Molocznik, Juan Carlos Jara, Germán Ibáñez, Mara Espasande y Marcos Roselli**. Esta edición se enriquece con colaboraciones realizadas por **Rafael Gagliano** (página 9), **Raúl Fradkin** (página 10) y **Felipe Pigna** (página 25), más el aporte de ilustraciones de los maestros **Beatriz Juárez Guadalupe** (página 2), **Carlos Terribili** (página 15), **Diego Yapur** (página 26), **Pepe Barraquero** (página 34) y **Hugo Urlacher** (página 37). La mirada que **El Cronista del Bicentenario** realiza en sus páginas está en consonancia con la línea educativa fijada por la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, que es recordar en todo el sistema educativo los 200 años de la Revolución de Mayo y enmarcarlo en los dos siglos de emancipación americana. En ese sentido, sirve como línea editorial lo expresado por el Ministro **Mario Oporto** en oportunidad de presentar el plan *El Bicentenario en las Escuelas*: «La Provincia de Buenos Aires quiere que la escuela bonaerense piense los 200 años de la Revolución en el marco de la unidad del continente y del proceso de la emancipación americana, no como un hecho aislado del Cabildo de Buenos Aires, sino como un hecho conjunto con los demás pueblos del continente hispanoamericano. Queremos que nuestros alumnos de la escuela bonaerense tengan la oportunidad de empezar a estudiar un tema que nunca ha sido muy fácil de difundir, que es la cultura, la historia y la realidad de nuestro continente. Ese el gran objetivo que tenemos». Esa tarea se facilita gracias al aporte de Norberto Galasso como Director Editorial de esta publicación. Escritor, historiador, periodista, Galasso es autor de obras tales como *Vida de Scalabrini Ortiz; Discípulo y su época; Jauretche y su época; Juan José Hernández Arregui: del peronismo al socialismo; John William Cooke: de Perón al Che; De la Banca Baring al FMI, historia de la deuda externa argentina; Mariano Moreno y la revolución nacional; Roquismo o mitrismo; Mariano Moreno, el sabiecito del sur; América Latina. Unidos o dominados*; o de trabajos como la colección *Los Malditos* y *Cuadernos para la otra historia*.

Galasso y su equipo nos proponen una agenda ambiciosa que tendrá continuidad con las próximas ediciones en que se tratará el surgimiento de los partidos políticos modernos; los gobiernos de Hipólito Yrigoyen, el de Marcelo T. de Alvear; el golpe del 30 y la década infame; ascenso, realizaciones y caída del peronismo; las elecciones restringidas; los estallidos sociales; los 70 y las organizaciones armadas; el gobierno de Héctor Cámpora; el regreso de Perón, el gobierno de Isabel y la dictadura; el retorno de la democracia; alfonsinismo y menemismo; De la Rúa, la crisis de principio de siglo, y los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner.

En definitiva, las etapas por todos conocidas, el repaso de la historia, pero con una mirada nacional, aferrada a la idea de una América Latina unida, sin la cual no habrá destino para la Argentina ni para nuestro continente •



# ¿Cuándo nació la Patria?

## ¿En 1810 o en 1816?

**POR NORBERTO GALASSO**

La interpretación tradicional de los sucesos de Mayo de 1810 resulta hoy insuficiente, dada la documentación conocida y por otra parte, no ayuda a la conformación de la identidad nacional-latinoamericana de la Argentina, hacia la cual se avanza en estos días.

Hoy coinciden algunos investigadores ajenos a la Universidad con algunos docentes de la misma en que resulta inconsistente sostener que ese día (25 de mayo de 1810) «nació la Patria», «separándose de España», «en aras del comercio libre» y por «la acción de los vecinos propietarios iniciada en el Cabildo Abierto del 22 de mayo». Sabemos que la Primera Junta juró obediencia al rey Fernando VII, que en ella había dos españoles y que la bandera española flameó en el fuerte hasta 1813 o 1814, que el comercio libre lo sancionó el virrey Cisneros antes de mayo de 1810 y que las actas del Cabildo Abierto revelan que la gente propietaria (Martínez de Hoz, Quintana, el grupo de Alzaga, etc.) votaron por la continuidad del virrey y no por la revolución. Entendemos también que la llamada «máscara de Fernando VII» resulta una fábula inconsistente pues los dirigentes de una revolución no pueden jurar en contra de aquellas banderas por las cuales el pueblo los elevó al poder, es decir, que no hubo inicialmente un propósito independentista y menos aún, antihispá-

nico. También sabemos que en Chile, Nueva Granada, Méjico e inclusive España se juró lealtad a Fernando VII, por suponerlo «progresista» y no se agitó ninguna bandera separatista.

Todo indica que la otra interpretación de la Revolución de Mayo —contraria a la de Mitre— sustentada por Juan B. Alberdi, es la más correcta: «La revolución de Mayo es un momento o un detalle de la revolución hispanoamericana y ésta lo es, a su vez, de la revolución española (surgida el 2 de mayo de 1808, contra el invasor francés pero, al mismo tiempo, formando Juntas democráticas y levantando reivindicaciones populares) y esa revolución española es un momento de la revolución francesa del 89». Es decir, todos estos movimientos no son ni separatistas ni antihispánicos ni probritánicos sino Democráticos. Se produjeron a favor de lo que San Martín llamaba «el evangelio de los derechos del hombre» (En nuestro caso, las medidas sancionadas por la Asamblea del año XIII —que no declara separación alguna— resumen el ideario democrático de los revolucionarios). Esta interpretación explica que haya españoles en el segundo triunvirato (Álvarez Jonte), que un español componga la música del himno (Blas Parera) o que San Martín, después de 30 años de servir como militar a España, haya regresado al Río de la Plata no a sumarse a una revolución antiespañola

—él estaba notoriamente influenciado por la cultura española después de 27 años de residir allí— sino a proseguir la lucha por el gobierno popular y la revolución democrática, es decir, el fin del absolutismo (Inquisición, escudos nobiliarios, títulos de nobleza, tributos, esclavitud, etc.).

Alberdi permite explicar, entonces, por qué la independencia se declara 6 años después —cuando se produce la contrarrevolución en toda Europa y cuando Fernando VII traiciona sus promesas (1814) y reimplanta el absolutismo, anula la constitución democrática de las Cortes de Cádiz de 1812 y recién entonces envía flotas para reprimir a los revolucionarios de América. Esto no lo había hecho la Junta Central de Sevilla que, al levantarse contra Napoleón, al mismo tiempo había iniciado la revolución democrática en España y había declarado que en América ya no había colonias sino que eran provincias e inclusive que las Juntas españolas sugirieran a los americanos concluir con los virreyes y hacer «Juntas como en España» (22/1/1809 y 28/2/1810), respectivamente).

La naturaleza democrática, popular —con el cartero French, el empleado estatal Beruti y el tipógrafo Donado activando en la plaza— como así también hispanoamericana, del movimiento (con Dorrego revolucionario en Chile en 1810 y luego, la campaña de San Martín) fue negada por quienes querían una Argentina para las elites, librecambista, antihispánica e implícitamente proinglesa. Hoy, que se revierte ese proceso, el protagonismo popular y la reunificación de América Latina están en el tapete de la historia. Por esta razón es preciso reconocer que Alberdi tuvo razón —al oponerse a la interpretación de Mitre— y honrar en el programa de Mayo. Asimismo, se reactualiza, entre los objetivos del 25 de mayo, el Plan de Operaciones de Moreno, ahora ya incuestionable desde la aparición del libro *La epifanía de la libertad*, de Enrique Ruiz Guiñazú, planteo fundamental, vigente todavía en muchos aspectos para esta América Latina que busca el camino de la libertad y la unificación •

## ¿Quiénes hicieron la Revolución de Mayo?

### LA «GENTE DECENTE» QUE VOTÓ PARA QUE CONTINUASE EL VIRREY

José Martínez de Hoz  
José Ignacio de la Quintana  
Juan Ignacio Ezcurra  
Juan Andrés de Arroyo  
Juan de Almagro  
José María de las Carreras  
Ramón de Oromí  
Juan Fernández de Molina  
Manuel del Cerro Sáenz

### LOS «CHISPEROS» DE LA PLAZA, LOS VERDADEROS PROTAGONISTAS DE LA REVOLUCIÓN

**Domingo French:** cartero. Repartía correspondencia en Bs. As. La administración de Cisneros le pagaba «medio real» por cada carta o pliego entregado en mano o a domicilio. Partidario de Mariano Moreno, a quien llamaba «el sabiecito del sur», seguía sus ideas, «cuando ya Moreno se había arrastrado a la multitud...ese moreno para quien ya todos somos iguales, máxima que vertida así en la generalidad ha causado tanto males... (Texto de Andrés Arroyo y pinedo, ver p.78, *El sabiecito del sur*).

**Antonio Luis Beruti:** empleado estatal. Se desempeñaba en las cajas de tesorería.

**Agustín Donado:** trabajador gráfico. Se desempeñaba en la imprenta de Niños Expósitos. Para la convocatoria del Cabildo del día 22, imprimió tarjetas en exceso para repartir a los amigos de la revolución.

**Buenaventura Arzac:** según el virrey: «un Arzac que no es nadie».

**Francisco Mariano Orma:** simple vecino

**Juan Manuel Aparicio:** sacerdote. De pistola al cinto, incitaba las controversias con los fieles en plena misa, a manera de tribuna política.

**Grela:** fraile dominico, mas tarde figuró en el grupo agitador de patriotas de French y Beruti. Dejaba su convento por convicciones políticas.

**Vicente Dupuy:** asiste al Cabildo en calidad de vecino y como integrante del grupo de «manolos» que constituían la Legión Infernal Luego, soldado de San Martín.

**Felipe Cardoso:** Capitán de Blandengues en Montevideo. Partidario de Mariano Moreno. Fue desterrado a Santa Fé luego del 5 y 6 de abril de 1811. Más tarde artiguista.

**Francisco «Pancho» Planes:** abogado. Fue el único voto del día 22 que exigió el ajusticiamiento del Virrey Cisneros, por la represión feroz ocurrida en La Paz en 1809. Totalmente silenciado, fue uno de los más activos.

Es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un Estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un Estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad; demostrándose como una reunión de aguas estancadas, que no ofrecen otras producciones sino para el terreno que ocupan pero que si corriendo rápidamente su curso bañasen todas las partes de una a otra, no habría un solo individuo que no la disfrutase, sacando la utilidad que le proporcionase la subsistencia política, sin menoscabo y perjuicio.

Mariano Moreno

# ARTIGAS

POR LEÓN POMER

Como Gardel, es un patrimonio común: padre de la patria uruguaya y una de las grandes figuras de la historia argentina. Reconocemos su grandeza no sólo en sus relevantes condiciones de soldado, sino especialmente en sus vuelos de estadista animado de un verdadero proyecto transformador. A él debemos el primer diseño de organización federal conocido como Las Instrucciones del Año XIII, que los representantes orientales a la Asamblea de ese año fueron impedidos de presentar merced a argucias de la peor especie. Proponían las «instrucciones» la inmediata independencia, un régimen republicano y una confederación de iguales, de todas las provincias que habían conformado el virreinato. Planteaba la libertad civil y religiosa, los tres poderes independientes entre sí, la libre circulación de mercancías en el espacio interior sin gravámenes de ningún tipo, el aniquilamiento del «despotismo militar» y la residencia fuera de Buenos Aires del gobierno central, en el cual delegarían las provincias autónomas y soberanas las funciones más generales.

Una segunda importante iniciativa data de setiembre de 1815, adoptada en el Congreso de los Pueblos Libres, realizado en Concepción del Uruguay, con la asistencia de representantes de Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fé y la provincia oriental; decía esta pro-



puesta: «Que todos los impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras, serán iguales en todas las provincias, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria en nuestro territorio». En otras palabras: protección a las producciones vernáculas amenazadas de extinción por un desafortunado liberalismo económico.

La tercera iniciativa, de enorme importancia, llamada de «reglamento provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña» es de la misma fecha y fue adoptada en el mismo lugar y ocasión que la anterior. Dispone la distribución de tierras confiscadas a los «emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallen indultados», mas las tierras vendidas desde 1810 por el gobierno que respondía a la corona española. Establece que «los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suertes de estancia». Entran en la lista «las viudas pobres si hubieren hijos», y agrega que serán preferidos los casados a los solteros, «y estos a cualquier extranjero». Los beneficiarios podrán sacar «animales vacunos y caballares de las mismas estancias de los europeos o malos americanos».

Los tres proyectos enunciados confi-

guran un plan nacional y popular capaz de dar un contenido transformador a la Revolución de Mayo, y por lo tanto radicalmente opuesto al de la burguesía mercantil y agraria de Buenos Aires, pero igualmente peligroso para el país esclavista que era entonces el Brasil lusitano. Vendría la reacción a través de maniobras y tramas perversas urdidas por aquella y la invasión luso brasilera del territorio oriental en agosto de 1816. Artigas resistió heroicamente durante tres años y medio hasta su derrota en Tacuarembó en enero de 1820. Luego vendrían 30 años de exilio en Paraguay.

En la lucha de Artigas se revelaron las tendencias antagónicas que recorren toda la historia argentina: lo que ocurrió en los comienzos nunca dejó de ocurrir. La gran propuesta artiguista fue literalmente ahogada en sangre •

## Que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí

Igualmente reencargo a usted que mire y atienda a los infelices pueblos de indios. Los del pueblo de Santa Lucía, lo mismo que el de Itatí y de las Garzas, se me han presentado arguyendo la mala versación de su administrador. Yo no lo creía extraño por ser una conducta tan inveretada; y ya es preciso mudar esa conducta. Yo deseo que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarían la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta hoy han padecido por ser indios.

José Artigas  
3/5/1815

POR GERMÁN IBÁÑEZ

La gesta del oriental de José Gervasio Artigas (desarrollada en tan solo nueve años, de 1811 a 1820) asombra por su fuerte contenido social igualitarista. Muy especialmente por el rol que jugaron en ella los pueblos indios de la región litoraleña. Los indígenas acompañaron el despliegue del movimiento artiguista hasta el final, siendo los más fieles al caudillo en las horas de derrota. En la historiografía tradicional pocas veces se pone de relieve la participación de los pueblos originarios (salvo en las crónicas de la «guerra contra el infiel» y la «conquista del desierto»), mucho menos si alcanza protagonismo. Es lo que sucedió con el levantamiento artiguista.

Artigas no dejó de reivindicar a los pueblos originarios y preocuparse por su ascenso social. Dirá en una ocasión: «Yo deseo que los indios, en sus pueblos, se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa mantenerlos en aquella exclusión que hasta hoy han padecido por ser indios. Acordémonos de su pasada infelicidad y si esta los agobió tanto que han degenerado de su carácter noble y

## Artigas y los pueblos originarios

generoso, enseñémosle nosotros a ser hombres, señores de sí mismos». También afirmará «Es preciso que a los indios se trate con más consideración, pues no es dable cuando sostenemos nuestros derechos, excluirlos del que justamente les corresponde».

No ignoraba el Protector de los Pueblos Libres que la pobreza y marginalidad de los pueblos originarios era una consecuencia de la conquista y colonización ibérica. Su propuesta apuntaba a liquidar esa situación; es decir apuntaba a un horizonte de *descolonización* integral. La prosperidad de la campaña, el desarrollo de los planes económicos de Artigas, no podrían ser posibles sin el concurso voluntario de los pueblos indios. De allí que fueran integrados en la proyección de la reforma agraria artiguista, una de las audaces ideas del caudillo.

Pero más importante aún que las ideas justicieras e igualitaristas de Ar-

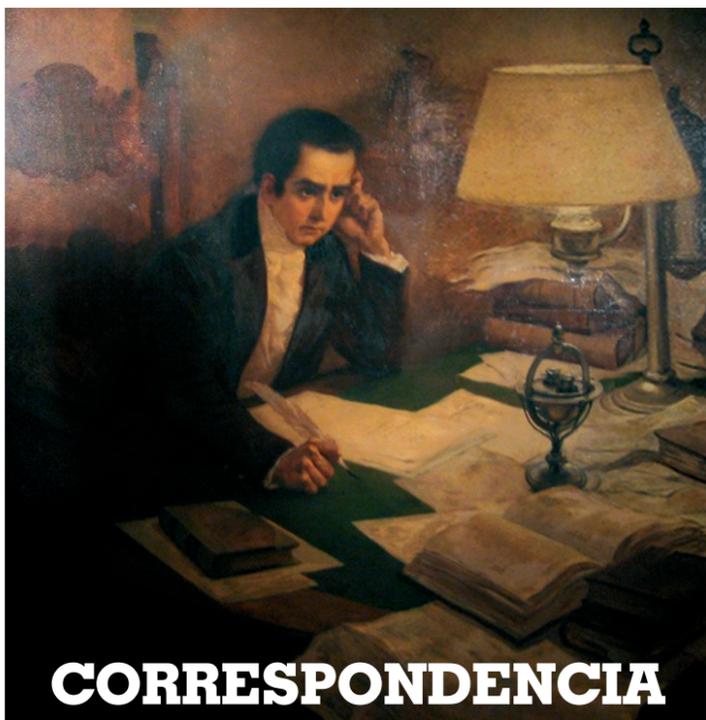
tigas, es la propia dinámica de la participación indígena, especialmente guaraní, en el proceso revolucionario. De la mano de Andrés Guacurarí se da una de las más grandiosas manifestaciones del espíritu popular y revolucionario del artiguismo. Andrés Guacurarí, también conocido como Andresito Artigas (ya que es adoptado por el caudillo y toma su apellido) será el jefe de las fuerzas guaraníes provenientes de las comunidades y de las viejas Misiones jesuíticas. Como lugarteniente de Artigas se destacará por su lealtad y valor, compartido con sus bases sociales que protegieron el flanco norte de la invasión portuguesa al trágico costo de miles de muertos.

Según el especialista Carlos Martínez Sarasola (*Nuestros paisanos los indios*), durante el momento de máxima influencia de Andresito se llegó a establecer una auténtica hegemonía india en Corrientes y Misiones. Va-

rias son las medidas impulsadas por Andresito Artigas: la liberación de los indios aún sometidos a servidumbre; la organización de la Tienda del Ejército Guaraní, donde podían recurrir los lugareños a comprar; estancias y yerbatales bajo supervisión de los Cabildos. Y cuando hablamos del Cabildo, ya no aludimos a la aristocrática institución que representaba a los vecinos pudientes durante la Colonia; ahora su composición se elige en asambleas en las que participan los indígenas y pueden ser elegidos.

Sin embargo, no pudo prosperar la experiencia ni de los guaraníes ni del proyecto artiguista en general. Demasiados y muy poderosos enemigos se alzaban contra ellas, y el Protector estaba obligado a pelear en varios frentes al tiempo que se debilitaba su coalición social. La invasión portuguesa avanza y las tropas de Andresito se desangran en durísimos combates. Los primeros meses de 1819 se tornan muy difíciles, y aunque los guaraníes logran prevalecer en San Nicolás, pronto son derrotados en el combate del río

Camacú. El 24 de junio, finalmente, una partida portuguesa apresa a Andresito, quien morirá en prisión, cerrándose el ciclo de la rebelión guaraní y debilitándose decisivamente el proyecto artiguista •



## CORRESPONDENCIA

### entre los principales revolucionarios de Mayo

#### MANUEL BELGRANO A MARIANO MORENO

Mi querido amigo: sabio golpe el dado contra el Cabildo; debió sin duda llegar el tiempo de ejecutarlo. Valor y adelante, que todos respeten los mandatos del gobierno y los que no, tiemblen... Agradezco a usted infinito que me hable con franqueza y le suplico continúe con ella en un todo, pues mi deseo es el del acierto... Crea usted que no quedará uno que pueda alterar el orden. Pídamelo que quiera que estoy pronto para todo, mis ideas se conforman con la de usted y nada me anima más que el bien de la Patria, cuya inclinación conozco en usted, auxiliado de las luces que yo quisiera tener...

27/9/1810

#### MARIANO MORENO A FELICIANO CHICLANA

...tantas ofertas de energía y firmeza, pillaron nuestro hombre a los malvados, pero respetaron sus galones y cagándose en las estrechísimas ordenes de la Junta, no los remiten presos a esta ciudad. No puede usted figurarse el compromiso en que nos han puesto y si la fortuna no nos ayuda, veo vacilante la fortuna por este solo hecho. ¿Con qué confianza encargaremos obras grandes a hombres que se asustan de su ejecución? ¿Qué seguridad tendrá la Junta en unos hombres que llaman a examen sus órdenes y suspenden las que no les acomodan? Preferiría una derrota a la desobediencia de estos jefes y no permita el cielo que continúen una conducta que al fin podría arruinarlos a todos.

17/8/1810

#### JUAN JOSÉ CASTELLI A MARIANO MORENO

Los naturales respiran y ven el fin de su abatimiento en el principio de su libertad civil; están perfectamente impuestos de la causa y bendicen al mismo gobierno. Concurren, sin escasez, con cuanto tienen y sirven personalmente sin interés y a porfía. A conducir artillería se pliegan trescientos indios y en hombros trasmontan con ellos los cerros más encumbrados como si fuera una pluma, y andan remisos para tomar dinero, diciendo que es la vez primera que se les paga por servir al rey.

Noviembre de 1810

# El carácter continental del Ejército de los Andes

POR MAXIMILIANO A. MOLOCZNIK

América Latina vive hoy uno de los momentos más importantes de su historia; como hace dos siglos vuelven a soplar en ella vientos de liberación. La presente celebración del bicentenario representa una excepcional ocasión para reflexionar, a la luz de ese pasado, sobre los desafíos presentes y futuros para nuestra América. Es en este clima de balance y recuperación crítica de los legados emancipatorios que creemos importante presentar la gesta sanmartiniana del cruce de los Andes en un registro divergente del utilizado por los viejos y sedimentados relatos del mitrismo liberal. Ellos nos presentan este hecho como el «regalo argentino de la independencia a Chile» o la «revolución argentina que se americaniza».

Para poner fin a esta fábula comenzaremos por decir que San Martín cruza a Chile con bandera del Ejército de los Andes, que tiene a sus órdenes a muchos oficiales chilenos y que cuando él no está es Bernardo O' Higgins el que queda a cargo. El carácter continental de la empresa queda evidenciado también en la íntima relación que urde el gran capitán con el universo emancipador chileno, en especial en la centralidad que le otorga a la labor del revolucionario Manuel Rodríguez. San Martín, pese a ser un militar de carrera, apoya la guerra de zapa (correspondencia falsa, usina de rumores, alianza con los pehuenches, etc.) y, sobre todo, está convencido de que el éxito de la guerra de guerrillas de Rodríguez abonará el éxito del Ejército de los Andes.

Mal que le pese a los amanuenses de la historia oficial, el Ejército de los Andes es un ejército de liberación continental que no acepta sujetarse a ningún gobierno de la Patria Chica y menos aún a aquellos -como la burguesía mercantil porteña- que le quieren cambiar la misión, es decir, transformarlo en mero agente de policía interna para reprimir a los caudillos federales.

Para los muchos que han sacado chapa de

«nacionalistas» con discursos antichilenos -especialmente en el seno de nuestras Fuerzas Armadas- sería útil recordar que San Martín aceptó el cargo de Brigadier General del ejército chileno y que, con el Acta de Rancagua del 2 de Abril de 1820, no sólo se legitimó con el apoyo de sus oficiales sino que reafirmó el carácter hispanoamericano y de liberación continental del Ejército de los Andes.

Hasta un investigador insospechado de revisionista como Ricardo Levene elaboró una curiosa definición con la que -para no reconocer este carácter- afirma que el Ejército de los Andes tenía *soberanía flotante*... curioso galimatías retórico para no aceptar la verdad que se posaba delante de sus ojos •

### Industrialización

Todas las naciones cultas se esmeran en que sus materias primeras no salgan de sus estados a manufacturarse, y todo su empeño es conseguir, no solo el darles nueva forma, sino aún atraer las del extranjero para ejecutar lo mismo y después vendérselas... bien se descubre que el fin que llevan es el tener las manos empleadas para que consigan su bienestar y atraerse las riquezas, pues nadie ignora que la nueva coordinación que se le da a la materia primera, le da un valor en mucho excedente al que tiene sin aquella, el cual queda en poder de la Nación que la manufactura y mantiene a infinitas clases del Estado, lo que no conseguirían si se contentasen con vender, cambiar o permutar la materia por las manufacturas.

Manuel Belgrano  
1802

# Los motivos del retorno de San Martín

**POR MAXIMILIANO A. MOLOCZNIK**

Aún hoy persisten numerosos equívocos a la hora de analizar los motivos del retorno de San Martín en 1812. Para dar una explicación superadora debemos examinar cómo caracterizan las corrientes historiográficas la Revolución de Mayo. La historiografía liberal nos habla de una revolución separatista, independentista, antihispánica, probritánica y realizada por la «gente decente» del vecindario porteño cuyo único objetivo era el comercio libre (con los ingleses). Esta versión está al servicio de la clase dominante y sólo nos brinda como relato de nuestro origen una explicación antipopular y colonizada. El revisionismo histórico de derecha, lejos de ofrecer una visión superadora basada en hechos reales, sólo se atrevió a mostrar una perspectiva reaccionaria según la cual la Patria nace desde la entraña militar.

Ahora bien, frente a la pregunta ¿a qué vuelve San Martín?, ambas corrientes coinciden en afirmar que lo hace por el llamado de las fuerzas telúricas. Es decir que este hijo de españoles que regresa al Río de la Plata con

treinta y cuatro años habría sufrido —oteando nostálgicamente el horizonte en Cádiz— un súbito amor por aquel terruño abandonado a los siete años y decidió embarcarse a luchar contra la nación donde había pasado la mayor parte de su vida y por la que había peleado. Una zoncera.

Desde Mitre y Salas, pasando por Ricardo Rojas y Cosmeli Ibáñez (con el cual todos los de mi generación tuvimos la mala fortuna de estudiar en el secundario) hasta un revisionista que no es de derecha como Pepe Rosa y los que sólo son como Anzoátegui y Vicente Sierra afirman esta teoría. Otros investigadores que no han aceptado esta fábula propusieron una solución distinta, más inquietante aún: *San Martín retorna a la patria porque es un espía* napoleónico —para Enrique de Gandía— o inglés —para Ricardo Piccirili, Rodolfo Terragno o Juan Sejean—. De Gandía se basa en la famosa carta recibida por Robert Staples en 1812 en la cual se menciona a San Martín como hombre de la inteligencia napoleónica y los otros, por su viaje a Londres y su conocimiento del Plan Maitland, lo



ponen al servicio de su graciosa majestad británica. Patricia Pasquali—en un titánico intento de remozar el mitrismo académico— ha aportado una nueva vuelta de tuerca al afirmar que San Martín viene porque sabe que en España no llegará a general por ser indiano e innoble. Es decir, que el padre de la patria sería apenas un oportunista... triste historia argentina si esto fuera así.

Frente a este conjunto de fábulas e interpretaciones inverosímiles, creemos que la verdad se encuentra en las explicaciones aportadas por Alberdi, Ugarte, José León Suárez, Del Valle Iberlucea, Enrique Rivera y Norberto Galasso: ni la Revolución de Mayo es separatista e independentista, ni San Martín recibe el llamado de la selva, ni es un espía extranjero. Mayo es parte de la revolución democrática española de 1808 y uno de los intentos que se dan en toda nuestra América de formar juntas para desplazar la burocracia absolutista que ya ha caído en España. San Martín retorna porque es un revolucionario profundamente antiabsolutista que llega a estas tierras a continuar la misma lucha por los derechos del hombre que ya no puede dar en la España derrotada por Napoleón.

En síntesis, debemos ver el retorno de San Martín vinculado al proyecto emancipador e igualitarista de Mayo del que él será, indudablemente, uno de sus más fervorosos continuadores •

# No hubo misterio en Guayaquil



**POR NORBERTO GALASSO**

La historiografía mitrista —y a ella se han allanado otras corrientes— enseña que existió «un misterio» en la reunión entre San Martín y Bolívar (el 26 y 27 de julio de 1822), en Guayaquil. Aunque ella misma, sin embargo, ha dado «su respuesta» sosteniendo, en base a un tendencioso análisis psicológico, que allí se encontraron dos hombres muy distintos: uno, el gran capitán argentino, marido y padre ejemplar, generoso, «el santo de la espada» y el otro, un venezolano ambicioso, sinuoso, mujeriego, sin valores éticos. Y lo que resultó fue que el segundo se impuso sobre el primero obligándolo a renunciar y le robó

la gloria de dar término a la campaña hispanoamericana. De allí, se deduce que San Martín le guardó rencor, de por vida, a ese Bolívar pícaro que obtuvo la fama y se la negó a él.

Los hechos refutan esta fábula. Después de libertar Chile y tomar Lima, San Martín debe liberar el interior del Perú donde estima que existe un ejército realista de 19.000 hombres. Para ello sólo cuenta con 8.000 soldados... Va a Guayaquil para que Bolívar le devuelva 1.200 hombres que le ha prestado y le aporte más soldados para poder dar la última batalla. Bolívar le devuelve los 1.200 y le ofrece 1.800 más, con lo cuales San Martín llegaría a 11.000

hombres, que considera insuficientes para dar batalla. Bolívar lamenta no poder darle más y a su vez, cree que los absolutistas no son 19.000 sino 15.000. San Martín comprende que hay que unir los ejércitos, pero como no puede haber dos jefes, propone que Bolívar comande y él ser su segundo jefe. Bolívar no lo acepta y tiene gran parte de razón: el Protector de Perú no podía regresar al Perú como segundo del jefe de la Gran Colombia (inclusive los peruanos recelaban de Bolívar por su control sobre Ecuador, al que ellos consideraban territorio peruano).

¿Qué hace, entonces, San Martín? Se encuentra sin escuadra, porque se la robó Lord Cochrane y la llevó a Chile, con su ejército diezmado por enfermedades e indisciplina (Las Heras y Lavalle se le van a Buenos Aires), y sin apoyo del gobierno rivadaviano pues don Bernardino lo odia (según correspondencia y el hecho de que estén a punto de batirse a duelo en Londres, en 1825). Además, en Perú existe gran división y en esos días lo obligan a renunciar a su ministro Monteagudo. En cambio, Bolívar tiene todavía el apoyo de la Gran Colombia. Por todo esto, San Martín juzga que el venezolano es el que está en mejores condiciones para concluir la campaña. Entonces, decide dejarle su ejército, para que se unifique bajo el man-

do de Bolívar y retirarse a Chile, donde permanece a la espera de la entrada de Bolívar en el Perú. Actitud generosa, por cierto, pero no motivada por la supuesta picardía o ambición de Bolívar sino porque la situación política y militar indican que es lo mejor que puede hacerse por la liberación hispanoamericana. «Yo no soy de ningún partido —dirá después San Martín—. No, me equivoco. Yo soy del partido americano».

En diciembre de 1824, el triunfo de Ayacucho asegura la libertad de Hispanoamérica. La hostilidad de Rivadavia le ha obligado a San Martín a residir en Europa. Allí, hasta su muerte, en 1850, ¿caso lo domina el rencor hacia Bolívar? Todo lo contrario. Durante esos largos años, mantiene en su casa tres retratos de Bolívar: un cuadrito pequeño que le regaló Bolívar al despedirse en Guayaquil, un óleo que San Martín le hace pintar a su propia hija y una litografía con el rostro de Bolívar que resulta definitiva pues la coloca en su dormitorio, enfrente de su cama. Es decir, cuando se despierta, al primero que ve es a Bolívar y lo mismo, a la noche, es el último, cuando se acuesta. ¿Puede sostenerse entonces que San Martín fue trapeado por Bolívar o que le tenía rencor? Salvo que se tratase de un caso extremo de masoquismo... Parece difícil, ¿no es cierto? •

# El proyecto educativo de los hombres de Mayo

Educar al ciudadano para preferir el bien público al bien privado y estimar en más calidad al americano que al extranjero  
Manuel Belgrano

POR MARA ESPASANDE

Hombres como Manuel Belgrano, Mariano Moreno, José Gervasio Artigas y José de San Martín lucharon por construir una *patria grande* e independiente en América Latina, desempeñándose como políticos y militares pero también como pedagogos.

La generación de Mayo luchó por el desarrollo de la educación para el progreso que forme al ciudadano y le permita alcanzar los beneficios de la instrucción popular. Influenciada por las ideas europeas ilustradas toma aquellos pensadores más radicalizados como Rousseau, intenta aplicar a la realidad latinoamericana conceptos abstractos como *libertad, igualdad y fraternidad*. Mientras que para algunos de sus contemporáneos la libertad era sólo un privilegio para los comerciantes de Buenos Aires, ellos proponían la abolición de la esclavitud y la igualdad de los pueblos originarios; mientras la fraternidad era entendida sólo para los hombres «decentes» europeos o descendientes de ellos, otros americanos soñaban con la integración de las etnias y culturas de nuestro continente tan diverso.

Belgrano es uno de los pioneros de la transformación educativa en el Río de la Plata. Uno de los ejes más relevantes de su vida, pero no más difundido, reside en su vocación educativa y cultural. Aún en la etapa colonial desde su cargo de Secretario del Consulado descubre que sólo 15.000 de 400.000 personas sabían leer y escribir afirma: «¿Cómo se pretende que los hombres tengan amor al trabajo y que los ciudadanos sean honrados si no hay enseñanza y la ignorancia pasa de generación en generación?»

En sus memorias expone «...en este país hay infinitas materias primas que tenemos y podemos tener con nuestras industrias, pueden proporcionar mil medios de subsistencia a estas infelices gentes e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reina éste, decae el comercio y tomo su lugar la miseria. (...) Igualmente se deben poner escuelas gratuitas para las niñas donde se les enseñaría la doctrina cristiana, a leer, a escribir, (...) y principalmente inspirarles amor al trabajo...». Para Belgrano la educación era el origen de la felicidad pública y del progreso.

Desde la Primera Junta sostiene permanentemente la idea de la superación de la sociedad a partir de la educación: «Debemos tratar de atender una necesidad tan urgente, establecimientos de enseñanza, para cooperar con la ideas de nuestro sabio gobierno a la propagación de los conocimientos, y formar al hombre moral, al menos con aquellas nociones más generales y precisas que en adelante puedan ser útiles al Estado y seguir a mayores fomentos en ramos tan precisos...».

En 1813 redacta también el primer reglamento para instituciones educativas, limitando el autoritarismo pedagógico colonial, recomendando al maestro inspirar el amor al orden, respeto por la religión, moderación y dulzura en el trato, amor a la virtud y a las ciencias, y un espíritu nacional que les haga «preferir el bien público al bien privado, y estimar en más calidad al americano que al extranjero».

Sin embargo, el proyecto morenista fue vencido. Y con él un modelo de escuela que formara ciudadanos americanos, comprometidos con la realidad nacional. Se impone el proyecto de la burguesía comercial porteña vinculada a la burguesía agraria pampeana. Se construye un sistema educativo, que lejos de fortalecer lo nacional, lo denigrará como «bárbaro, incivilizado e inculto».

Repensar la cuestión nacional, conocer nuestra realidad —«mirar al mundo desde aquí» como decía Jauretche— sigue siendo uno de los desafíos de la escuela para formar ciudadanos reafirmando la identidad nacional y latinoamericana en búsqueda del bien común •

## La historia del «Plan Revolucionario de Operaciones»

# Entre el debate historiográfico y la lucha política

POR MARA ESPASANDE

Eduardo Madero trabajaba en el año 1896 en los Archivos de Indias en Sevilla elaborando el proyecto para la construcción del Puerto Nuevo en Buenos Aires, cuando con sorpresa, encuentra el documento que cambiaría la interpretación de todo el proceso revolucionario rioplatense: el manuscrito del *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno.

El *Plan* es, tal vez, el documento más polémico de nuestra historia. Durante décadas muchos historiadores intentaron probar su falsedad y otros tantos sostener su veracidad. No era un simple debate historiográfico: estaba en juego la interpretación misma de la Revolución de Mayo, del origen de nuestra patria y en particular del modelo de país que se quería construir.

Mariano Moreno había sido caracterizado por Bartolomé Mitre como acérrimo defensor de la revolución porteña, liderada por la burguesía comercial y propulsora del libre comercio. En pleno apogeo del modelo agroexportador—que condenaría a nuestro país a la condición de semicolonía inglesa— aparecía un documento que desmitificaba la imagen del Moreno liberal construida por la Historia Oficial.

Paradojas de la historia, planificando el Puerto Nuevo que daría finalmente rostro europeo a Buenos Aires, encuentran el escrito que defendía al proteccionismo como forma de alcanzar el desarrollo. Decía Moreno que el estado debe contar

con los recursos necesarios para «la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc. Producirá en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes».

No sólo propone el proteccionismo, sino que recomienda la estatización de las minas del Alto Perú, la liberación de los esclavos y búsqueda de la igualdad social: «las fortunas agigantadas en pocos individuos no solo son perniciosas sino que sirven de ruina a la sociedad civil».

El mito de la revolución liberal y elitista caía a pedazos. Sin embargo, serán muchas las maniobras con las que se intentarán silenciar este documento «maldito». Cuando Madero lo encuentra, lo remite a Mitre. A pesar de ser conocido por su rigurosidad metodológica con los documentos históricos, éste no lo conserva para su análisis. Se lo manda a Norberto Piñero para publicarlo en sus Escritos de Mariano Moreno.

En el camino, el documento original se extravía y no llega a las manos de Piñero, quien debe solicitar una copia del original guardada en los Archivos en Sevilla. He aquí la primera pregunta: ¿Cómo entender que a un historiador que se jactaba de su rigurosidad científica haya perdido una fuente tan trascendente? Aún considerando esta opción, ¿no leyó su contenido antes de extraviarlo? ¿Por qué no revisó su interpretación de la vida de Mariano Moreno y de la Revolución de Mayo?

Claramente el contenido del *Plan* no solo contradecía lo escrito por Mitre historiador sino también —lo cual era más peligroso— el modelo de país semicolonial que con sangre y fuego el Mitre político había ayudado a construir.

Puede entenderse entonces los largos debates en torno a su autenticidad. El primer detractor del *Plan* fue el francés Paul Groussac, quien afirmaba que era obra del enemigo —hecha por algún chapucero español por encargo— para desacreditar a los revolucionarios. Basaba su afirmación en que la caligrafía del documento no era la misma utilizada en los demás documentos de Moreno y que se usaban expresiones idiomáticas posteriores a la época en que fue escrito. También sostenía que no aparecía mencionado en otros documentos de la época.

Sus defensores refutaron estos argumentos haciendo mención a un texto de 1829 pertenecien-

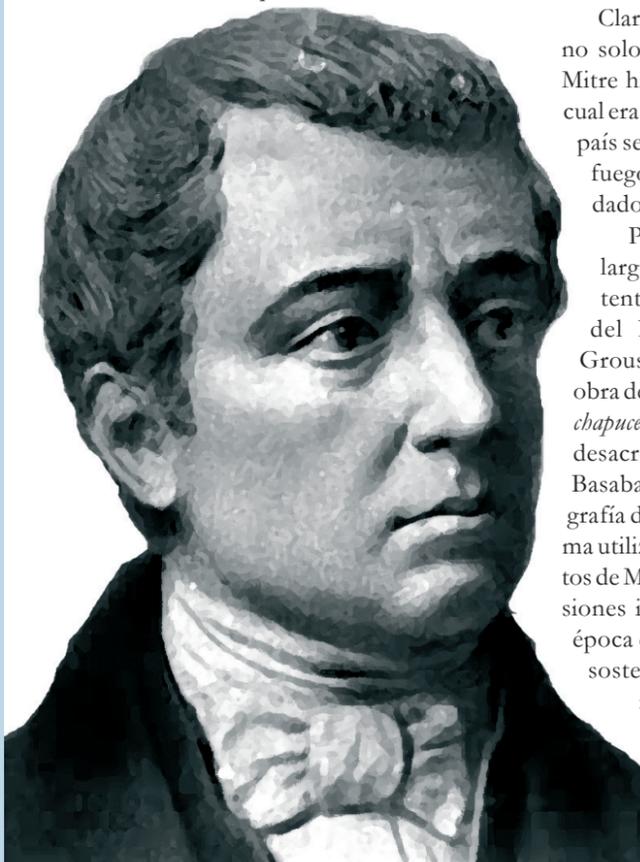
te al historiador español Mariano Torrente, donde en su obra *Historia de la Revolución Latinoamericana* afirma «la casualidad ha hecho llegar a mis manos el informe secreto que uno de dichos diputados, el Dr. Moreno, dio a la Junta de Buenos Aires sobre los medios de arraigar su revolución, se estremece el alma al considerar los atroces y bárbaros atentados de que es capaz una cabeza excéntrica, exaltada por el estúpido mito del republicanismo».

En 1897 Piñero respondió a los agravios del francés refutando cada uno de sus argumentos, analizando los documentos de la Primera Junta. En ellos aparecen referencias al encargo a una comisión secreta para que presente un plan de acción a la Junta (15 de julio de 1810) y días después un documento donde Moreno es eximido de participar en reuniones y otras obligaciones, con el pretexto de alguna indisposición corporal, a fin de terminar el encargo. Además avanza sobre la interpretación histórica de la primera etapa de la revolución donde medidas como el fusilamiento de Liniers y las instrucciones recibidas por Castelli (cuando parte a cargo del Ejército del Norte) son coherentes con los planteos tácticos del *Plan*.

Sin embargo, la hipótesis de Groussac se impone por un tiempo en la intelectualidad argentina. Levene profundiza este análisis mediante estudios de caligrafía determinando que el documento correspondía a Andrés Álvarez de Toledo, capitán en Montevideo al servicio de España. No obstante, recordemos que el original fue «extraviado» por Mitre por lo tanto sólo se conservó una copia del mismo.

La polémica continúa hasta la aparición la obra de Enrique Ruiz Guinñazú «*Epifanía de la libertad. Documentos secretos de la Revolución de Mayo*» en 1952 donde hace referencia a la correspondencia entre Carlota Joaquina y Fernando —ambos hijos de Carlos IV— donde figura mencionado el «*Plan revolucionario y plan doctrina de un doctor Moreno*» y «*queda demostrada la perfidia y maldad de esos perversos insurgentes*».

La historia de este documento espeja de alguna manera la historia de la revolución: fue apropiada por la elite porteña librecambista para justificar su proyecto de país. El mayo popular y americano, que buscaba un estado fuerte, interventor, proteccionista en pos de la igualdad social, fue oculto durante un tiempo. Sin embargo, siempre queda algún rastro —en este caso el *Plan*— que sale a la luz para develar que existe otra historia. Solo hay que saber por donde buscarla •



# BELGRANO

## en los orígenes de la educación de "hombres industriales"

POR RAFAEL S. GAGLIANO

1. El conjunto de la obra escrita por Manuel Belgrano (1770-1820) puede ser considerada como el inicio moderno del pensamiento y la acción política tendiente a la articulación entre educación, trabajo y conocimiento aplicado industrialmente.

Los escritos de Belgrano ayudaron a construir otro imaginario de lo público colectivo, que dejara atrás las formas tradicionales de las prácticas laborales hacia su ilustración por medio del conocimiento sistemático aplicado a las técnicas agrarias, fabriles, artesanales, artísticas y comerciales. De este modo, produce un cambio en la política conceptual de la anacrónica lógica mercantilista que había prevalecido por los últimos siglos del dominio español en América, en beneficio de un imaginario social de futuro en el que la educación moderna se aplicaba sin más a la agricultura, la industria y el comercio.

2. Manuel Belgrano supo advertir la conexión entre las ideas de libertad e independencia americanas con el fomento de la agricultura, la promoción de la industria y la soberanía del comercio por medio de la navegación propia. La patria que emerge de sus textos evidencia al político de mirada larga quien reconoce en los modos de producir y comerciar una misma línea de continuidad vinculada a los modos de poblar e integrarse con la verdadera riqueza del suelo nacional. Podríamos acordar que Belgrano es nuestro primer demógrafo y nuestro primer economista para quien *gobernar es fomentar la riqueza propia*, con trabajadores que son también propietarios. Belgrano se atreve a pensar a la población como riqueza, no solamente la tierra de los fisiócratas como recurso excluyente de todas las riquezas.

3. Concibe con visión sistémica los momentos sucesivos de la vida productiva: exalta el valor de la agricultura, en la tradición de las ancestrales culturas precolombinas, pero le suma el trabajo industrial para procesar las materias primas y así poder comerciar soberanamente. Es aquí que Belgrano aporta un sentido integrador y superador al viejo dominio colonial: subraya la importancia de vincular al mar como agente transitivo y mediador y a la navegación propia como ejercicio de la soberanía pública. Afirma: «Toda nación que deja hacer por otras una navegación que podría emprender ella misma, disminuye sus fuerzas reales y relativas a favor de sus rivales» (Correo de Comercio de Buenos Aires, 24 de noviembre de 1810). Belgrano habla por primera vez de un *Estado navegante* como sinónimo de aquel que respeta y potencia



el trabajo de su pueblo independiente. Señala el rumbo con fuerza revolucionaria: «La salud y la conservación de un Estado exigen que no se dejen jamás entrar a los extranjeros en concurrencia con sus navegadores en la exportación de sus producciones, ni en la importación de las mercaderías de que no hay necesidad» (Correo de Comercio, op. cit.)

Belgrano discute acerca de qué es la riqueza, quiénes y dónde la producen. Reconoce que ya no radica en el oro y los metales preciosos, en su acumulación y centralización en las arcas de gobiernos absolutistas o de sus prestamistas bancarios. Por el contrario, reafirma el lugar central de la tierra y el trabajo/conocimiento humanos que sobre aquella multiplica la actividad económica, funda pueblos y lazo social tanto como encadenamientos productivos. Belgrano piensa al mismo tiempo y con la misma fuerza política a la sociedad y al Estado, a la tierra y a los americanos que viven en ella. Su propuesta reformista y revolucionaria al mismo tiempo es una respuesta soberana para superar el aislamiento y la frag-

mentación social y económica. Confía en los individuos y en la inteligencia que estos tienen de sus propios intereses y anhelos de aprendizaje. Pero es exigente para generar un pasaje intergeneracional de los saberes del trabajo: «... obligar a los maestros a que hayan de tener, indispensablemente, uno o dos muchachos a quienes deberán enseñar el arte u oficio que ejercen; al contrario está en razón el que de algún modo retribuyan los beneficios que deben a la sociedad, y consiguen al mismo tiempo la utilidad, así en el servicio inmediato que pueden reportar de los muchachos, como en las obras que ejecutarán uno o dos años antes de salir de su poder» (Correo de Comercio, 21 de abril de 1810).

4. El conocimiento, el aprendizaje aplicado y el interés informado constituyen las prácticas transformadoras en la agricultura, la industria y el comercio. Como economista político, Belgrano piensa las líneas estratégicas de un progreso creíble y en ellas integra las escuelas de náutica (1799-1806), agricultura, matemática

(1810-1812) y la academia de dibujo.

Como heredero de las ideas de la Ilustración, Belgrano induce un cambio político a partir de una meditada innovación conceptual. Sabe articular las ciencias naturales con la economía política, los conocimientos modernos con los tradicionales, los saberes del siglo con las creencias de siempre. Puede llegar a hacer una síntesis virtuosa entre el cristianismo mariano de su propia fe con lecturas de A. Smith, Jovellanos, Campomanes, François Quesnay, Galiani y Genovesi, en los que rige la fuerza de las ideas económicas, sociales y educativas. Belgrano era un criollo ilustrado y católico, sin contradicción o culpa. Leyó el mundo de su tiempo y lo podía conceptualizar porque no estaba totalmente sumergido en él, al menos hasta 1810. Creía firmemente que la modernidad se desplegaba como cristianismo secularizado, sin perder las fuentes espirituales y evangélicas.

5. Si gobernar es fomentar lo propio todas las fuentes de riqueza deben conectarse entre sí y el hilo que enhebra esas distintas actividades productivas es la instrucción. Cuando Belgrano piensa la educación lo hace desde posiciones escolares- lo prueban sus múltiples creaciones de colegios, escuelas y academias- y desde lugares de la cultura - circulación de ideas en el periodismo, los libros, las bibliotecas, los gremios, la vida política-. Belgrano diluye la frontera entre los que estudian y los que trabajan, entre la teoría y la práctica. Esta convicción postula *las nuevas ciencias del ciudadano* de un país soberano.

6. En la educación técnica e industrial, el impulso pedagógico de la ilustración belgraniana integra y consolida las ciencias exactas y naturales con el dibujo industrial y técnico y los idiomas modernos. Todo gira en torno de la practicidad del saber en sujetos moralmente virtuosos: éste es el *ethos modernizador* de Belgrano. No existe verdadera prosperidad sin el reconocimiento social y material del trabajo manual que por siglos había sido asociado a los regímenes de esclavitud y servidumbre. *La felicidad pública* es así más que un don, una conquista del trabajo, la razón secular y la educación pública.

7. Belgrano como pedagogo criollo sostiene con fuerza política la educabilidad de todos los hombres y mujeres americanos, en su singularidad específica- como labradores, como jornaleros, como artesanos- y establece a la educación como el origen de todo progreso social y de la regeneración moral y económica •

El retorno de un viejo problema

# Los sectores populares y la revolución

POR RAÚL O. FRADKIN

¿Qué papel jugaron los sectores populares en la revolución? ¿Cuáles fueron sus actitudes y sus intervenciones? ¿Qué incidencia tuvieron en el proceso de independencia? Para responder a preguntas como éstas es preciso producir un desplazamiento en los enfoques que hasta ahora han sido habituales: como si se hubieran seguido las pautas del teatro griego, la mayor parte de los relatos históricos han situado a los sectores populares en el lugar del coro; se trata, por lo tanto, de afrontar el desafío de verlos como agentes del proceso histórico y desplazarlos al centro mismo del escenario.

Pero para afrontar este desafío es preciso despojarse de algunas tentaciones. Por un lado, las tentaciones del elitismo: es decir, aquellas que derivan en «explicaciones» de las intervenciones «populares» que las presentan simplemente como resultados de la manipulación de sus líderes o como una identificación «espontánea» y «automática» entre ellos y sus seguidores: los enfoques que han caído en estas tentaciones difieren en la valoración que han realizado de la intervención de los sectores populares en el proceso revolucionario pero no ofrecen evidencias y explicaciones que sean sustancialmente distintas acerca de cómo y por qué se produjo esa intervención. Por otro lado, es preciso abandonar toda tentación de romanticismo, es decir, apartarse de una interpretación que considera a las ideologías populares como fenómenos sin historicidad y que induce a pensar que estos sectores estaban predispuestos «naturalmente» a adherir a la revolución. Pero hay también que despojarse de una tercera tentación: aquella que postula la asimilación automática entre sectores populares y «nación» de modo que se termina postulando una identificación «esencial» despojando también a las formas de identidad colectiva de toda historicidad y de toda conflictividad.

De esta manera, resulta necesario intentar una reconstrucción histórica precisa y fundamentada de las intervenciones de los sectores populares en la revolución que pueda dar cuenta del proceso de transformación de los grupos populares de la sociedad colonial en sujetos rebeldes activos. Como es sabido, la cuestión le preocupó a la historiografía desde sus mismos comienzos.

Y que ello fuera así no sorprende apenas se repasan los relatos de los sucesos de mayo de 1810 que dejaron varios de sus dirigentes. Si se emprende esa tarea se podrá advertir que ellos destacaron como protagonistas por excelencia a unos pocos «hombres atrevidos» - como los calificaba el Dean Gregorio Funes en 1816 - y se vanagloriaban que los sucesos de habían transcurrido en orden y sin que se produjera una convulsión popular. Esta convicción expresaba las prevenções que la mayor parte de los líderes iniciales de la revolución en casi toda América latina tenían frente a la movilización política de los grupos populares y que se sustentaban en varias experiencias contemporáneas. La misma experiencia española contemporánea, si bien suministraba a los movimientos autonomistas americanos de 1810 un principio político de legitimidad (la retroversión de la soberanía al pueblo) y un formato institucional (las juntas) también contenía las dramáticas experiencias de los tumultos populares que habían revolucionando a la península y hacían que muchos vieran un las juntas un modo de evitarlos. Las experiencias autonomistas derrotadas el año anterior en Chuquisaca y La Paz que habían demostrado - sobre todo en esta última ciudad - los peligros que para el orden social podía suponer la movilización de los sectores plebeyos mestizos e indígenas. La sublevación de los esclavos en Haití en 1791 se había convertido en la primera liberación de la esclavitud producida por una revolución de esclavos y en la primera inde-

pendencia latinoamericana afianzada en 1804 después de vencer a tropas francesas, inglesas y españolas. Y la insurgencia mexicana iniciada en 1810 que se apoyaba en la masiva y generalizada movilización de los campesinos e indígenas. En estas condiciones el fantasma de que la revolución pudiera convertirse en una «guerra social» comenzó a propagarse en las elites latinoamericanas, incluso en aquellas que eran más favorables a la revolución.

Este registro es importante porque ilumina un aspecto crucial de la revolución rioplatense: los dilemas que debía resolver una dirigencia revolucionaria que necesitaba imperiosamente buscar apoyos populares pero que era completamente refractaria a su movilización. Ese dilema expresa muchas de las contradicciones y avatares de la revolución así como los desafíos que debió afrontar la primera historiografía para construir un relato de esa revolución. Esa historiografía fue escrita por hombres que nacieron durante la revolución y que se proponían varias décadas después como sus herederos y para ello necesitaron construir una narrativa que incluyera otros sectores además de unos pocos «hombres atrevidos».

A afrontar este desafío estuvo en buena medida dedicado Bartolomé Mitre quien postuló que en los sucesos de 1810 se había producido una identificación completa entre una «minoría ilustrada» y un «pueblo» que - según Mitre - se hacía presente en «la plaza pública» pero que no discutía a esa dirigencia sino que marchaba apoyándola. En forma análoga Vicente F. López construyó una crónica - La gran semana de Mayo - en la cual intentaba mostrar la supuesta unanimidad de todos los sectores sociales porteños - incluso de los grupos plebeyos - a favor de la revolución.

Pero este relato tenía un problema y sus autores no podían eludirlo: la revolución había provocado una intensa

movilización de los sectores populares tanto en Buenos Aires como en el resto del territorio y ella si bien le daba fuerza social al proceso revolucionario también iba a significar la emergencia de nuevos liderazgos políticos rivales y antagónicos a la dirigencia revolucionaria. Por eso, la imagen que resultaba de esos relatos era una comunión cargada de nostalgia por aquellos sucesos en que los cuales la plebe era confiable y compartía una común voluntad con sus jefes, amos y patronos. La tradición escolar no habría de olvidarlo y cada representación debió contar con la infaltable presencia de simpáticos y amables «negritos». Podríamos decir que era el único día en que adquirirían presencia en los relatos escolares. A su vez, a la ruptura de esa supuesta comunión se atribuían todas las desventuras posteriores: de este modo, aquellos grupos populares nostálgicamente evocados en los relatos de 1810 eran presentados en los procesos posteriores como los portadores de la «barbarie».

Este imaginario histórico mantuvo perdurable influencia. Sin embargo, para mediados del siglo XX iba a ser cuestionado, al menos desde tres vertientes: por un lado, por aquellos que recusaron el carácter popular de la revolución y postularon que se había tratado de un golpe militar; por otro, por aquellos que retomando ideas que ya habían sido enunciadas en el siglo XIX señalaron que ese apoyo popular había que buscarlo no en los sucesos de 1810 sino en el desarrollo de la guerra fuera de Buenos Aires; por último, por quienes sostenían que no había sucedido ninguna revolución sino un mero cambio en quienes ejercían la administración del gobierno. Este último argumento ganaba por entonces amplio predicamento en la historiografía latinoamericana desde la cual comenzó a indagarse mucho más sistemáticamente la intervención de los grupos populares. Así, desde la década de 1960 comenzaron a aparecer un conjunto de estudios que empezaron a demostrar algunas novedosas cuestiones.



Una de ellas fue la demostración que los grupos populares no sólo no se alinearon siempre con las dirigencias revolucionarias sino que en ocasiones las enfrentaron e incluso ofrecieron al bando realista una base social de sustentación. Un caso emblemático fue el de los llaneros venezolanos que entre 1810 y 1815 establecieron una alianza con los realistas y lograron derrotar la primera revolución venezolana. Otro fue el caso de la resistencia realista en el sur de Chile durante la llamada «Guerra a muerte» que se abrió hacia 1818, donde la contrarrevolución encontró apoyo entre el campesinado y algunas parcialidades indígenas de la Araucanía. Al mismo tiempo, otros estudios mostraron la existencia de movimientos de protesta popular que se desarrollaron en forma autónoma a los bandos políticos en pugna aunque podían establecer alianzas coyunturales con ellos: tal, por ejemplo, fue el caso de los motines de mulatos y pardos ocurridos en algunas ciudades de Venezuela y Nueva Granada o de buena parte de los levantamientos de esclavos en las plantaciones de Brasil y las islas del Caribe.

A su vez, una nueva perspectiva comenzó a dominar la historia andina que empujaron una revisión sistemática de las grandes rebeliones indígenas de 1780-83 y que hasta entonces habían sido consideradas como un movimiento precursor de la independencia que habrían de llevar a cabo las elites criollas al comenzar el siglo XIX. Las nuevas investigaciones vinieron a demostrar que la insurgencia tupamarista no había sido un único movimiento sino un conjunto de movimientos insurreccionales contemporáneos estructurados en torno a cuatro focos principales (Cuzco, Oruro, Potosí y La Paz), muy diferentes en sus características, objetivos y trayectorias

que cobraban sentido de una era de insurrecciones indígenas que había comenzado, al menos, hacia la década de 1730. Su significación y la tremenda represión que les puso fin marcaron una cesura en la historia andina que hacía mucho más comprensible los muy disímiles alineamientos de las comunidades indígenas durante las guerras de independencia y, en particular, las dificultades de las dirigencias criollas revolucionarias para obtener apoyo indígena. De este modo, se rescató una agenda indígena y un activismo distanciado o enfrentado a los proyectos de las elites criollas resquebrajando por completo la noción de la independencia como un proyecto nacional y criollo que articulaba a todos los sectores sociales. Al contrario, se puso en evidencia un conjunto de comportamientos indígenas muy variable regionalmente y muy cambiantes de acuerdo a las coyunturas políticas y militares que se tradujo tanto en su contribución a la formación de los ejércitos realistas, a la formación de las guerrillas revolucionarias pero también en la formación de guerrillas de autodefensa local que eludían las alianzas con cualquiera de los bandos en pugna.

Del mismo modo, también se renovó la imagen histórica del movimiento popular por excelencia de la crisis revolucionaria: la insurgencia en la Nueva España. Se trataba, por cierto, de la única de las revoluciones iniciada en 1810 que no era encabezada por la elite de una capital sino que comenzaba en las provincias y tenía como principal protagonista a los campesinos e indígenas. Sin embargo, las investigaciones recientes demostraron que esa masiva movilización campesina tenía su propia lógica y sus propias motivaciones y que no era simplemente una masa que servía de apoyo a los dirigentes criollos

y cuya ideología pudiera explicarse para la de sus líderes momentáneos. Más aún, esos estudios demostraron que la exitosa contrarrevolución realista que derrotó a la insurgencia hacia 1815 pudo lograrlo gracias a las alianzas que sus dirigentes pudieron entablar con otros sectores campesinos e indígenas. Este conjunto de novedades producidas en la historiografía latinoamericana sugieren que las intervenciones de los sectores populares en el proceso de independencia no pueden reducirse a un patrón único sino que se expresaron a través de una extrema diversidad regional, social y étnica. Esas intervenciones no se redujeron a apoyar a alguno de los bandos en pugna sino que se canalizaron en diferentes modos de responder a los desafíos de la crisis y permitieron desarrollar estrategias populares que expresaron grados muy distintos de autonomía. Por lo tanto, la identificación de los sectores populares con los procesos revolucionarios de independencia no fue ni generalizada ni automática ni puede explicarse sólo por el accionar de los líderes de esos procesos: fue, cuando y donde se produjo, el resultado de una dinámica histórica específica y cuando sucedió le imprimió a cada proceso revolucionario sus marcas indelebles.

Si algo demuestran estas investigaciones es que la comprensión de la actuación de los grupos sociales populares no puede hacerse en forma genérica o recurriendo a marcos nacionales contruidos muy posteriormente. Por el contrario, sólo se tornan comprensibles en la escala espacial que definía los horizontes de los actores, es decir, una escala regional que permita identificar y comprender las tensiones sociales y étnicas que preexistían a la revolución y cómo ellas se canalizaron y se profundizaron con ella. Visto el proceso de la independencia de este modo, las evi-

dencias sugieren la formación de muy diferentes coaliciones regionales multisectoriales y multiétnicas. Sin embargo, para la revolución rioplatense este tipo de estudios recién está en sus comienzos y los existentes permiten señalar algunas conclusiones preliminares.

Una primera constatación se impone: sabido es que la revolución rioplatense fue la única de las iniciadas en 1810 que no había sido derrotada hacia 1815. Pero muy pocas veces se subraya que entre las condiciones que lo hicieron posible estuvo que en el Río de la Plata las fuerzas contrarrevolucionarias no lograron concitar apoyos entre los sectores populares.

Ahora bien, esos apoyos populares no solo hicieron factible el triunfo de la revolución sino que las evidencias disponibles muestran que buena parte de esos grupos populares adhirieron muy activamente a los ideales republicanos e independentistas y se sumaron a la lucha contra los «europeos» en forma mucho más decidida que la misma dirigencia revolucionaria. De este modo, esa adhesión le fue imprimiendo a lo que era una revolución política perfiles de antagonismo social contra quienes hasta 1810 ocupaban posiciones de mando: jueces, alcaldes, administradores, capataces, pulperos y comerciantes. Ese antagonismo que caracterizó la notable activación política de la «plebe» de Buenos Aires – y, en especial, a los esclavos y libertos – se extendió también muy firmemente entre los campesinos y entre las reducciones de indios del litoral así como entre el campesinado y los esclavos de Tucumán, Salta y Jujuy. De este modo, a través de su incorporación al movimiento revolucionario esos grupos populares fueron convirtiendo el americanismo, el antieuropeísmo y el republicanismo – y, por momentos la aspiración de un cierto igualitarismo – en componentes centrales y perdurables de su cultura política, en una motivación central de su movilización y en una de las razones que explica su firme adhesión a determinados liderazgos políticos y su decidida oposición a otros.

La revolución fue así un momento decisivo para los sectores populares: su movilización fue el factor determinante para el triunfo en la guerra y esas experiencias reconfiguraron sus culturas políticas. Su intervención se transformó en factor decisivo para la resolución de las luchas políticas entre grupos elitistas y durante varias décadas ningún gobierno podía establecerse con solidez sin contar con la activa adhesión de los sectores populares. Este era, probablemente, el principal resultado de la revolución.

# Base social de la política rivadaviana

POR NORBERTO GALASSO

Los comerciantes de la ciudad de Buenos Aires constituyen la apoyatura social de Rivadavia, García y sus amigos. Han crecido mucho desde que la apertura del comercio libre, ha quebrado el monopolio de los registreros, legalizando sus actividades clandestinas. Ávidos del mercado mundial, devotos del puerto y la aduana única, desean organizar el país en su beneficio.

Conviene señalar que esa burguesía comercial de reciente formación se halla constituida principalmente por comerciantes británicos. Son los Mackinley, Brittain, Mackinnon, Thwaites, Dillon, Miller, Gowland, Buttler, Ramsay; entre otros, quienes han fundado, a comienzos de 1811, la «British Commercial Room» o Sala de Comercio Británica, en la calle 25 de Mayo y Cangallo. El resto de los comerciantes, criollos (los Riglos, los Aguirre - emparentados políticamente con García - los Escalada) se quejan a menudo de la rapidez para los negocios de estos ingleses.

Al comenzar la década del 20, estos comerciantes ingleses han adquirido notable poderío: en 1825 ya existen 57 casas de comercio inglesas en Buenos Aires. «los comerciantes británicos gozan de gran estimación en Buenos Aires», sostiene un 'inglés'. Y agrega: «el comercio del país se halla principalmente en sus manos». Señala asimismo: «La mayoría de estas casas de comercio tienen sucursales en Río de Janeiro, Montevideo, Chile y Perú constituyendo una vasta red comercial de no escasa importancia para los intereses británicos. Nuestros comerciantes en Buenos Aires (los ingleses) no son únicamente terratenientes y accionistas sino que desde la fundación del Banco han llegado a ocupar el directorio de éste». El mismo autor señala que «los ingleses se han visto envueltos en numerosas querellas con este gobierno, la última en 1821... pero desde que gobierna Rivadavia todos los problemas se han solucionado amistosamente».

El cónsul norteamericano en Buenos Aires, John Murray Forbes, ratifica este juicio al informar a Adams, secretario de Estado: «El constante crecimen-

to de la influencia británica aquí (en Buenos Aires) es cosa difícil de imaginar. Su origen político está en los deseos de esta gente de obtener el reconocimiento de su independencia por parte de los ingleses y su motivo comercial no solo debe encontrarse en la riqueza individual de los comerciantes ingleses, sino en el hecho de que controlan prácticamente las instituciones públicas y muy especialmente un banco gigantesco que a través de favores que concede a los comerciantes necesitados, ejerce el más absoluto dominio de las opiniones de ese grupo. Su influencia se hace todavía más poderosa porque los ingleses adquieren a menudo grandes estancias en el campo, en síntesis, no es exagerado afirmar que Inglaterra deriva de este país y de Chile todos los beneficios de una dependencia colonial, sin tener que incurrir en los desembolsos ni asumir las responsabilidades de una administración civil y militar».

El historiador inglés Henry Ferns, en *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, corrobora:

«estas manifestaciones (elogios de los periódicos ingleses a Don Bernardino) no pueden asombrar si se tiene en cuenta que la realización de estos aspectos de la política de Rivadavia fueron de enorme importancia para la comunidad británica. Se suponía que la mitad de la deuda pública se hallaba en manos británicas». El cónsul inglés en Buenos Aires Woodbine Parish señala, asimismo: «se hace muy manifiesta la preponderancia del comercio inglés en el Río de la Plata» y el cónsul norteamericano agrega: «El grupo de comerciantes ingleses que está chupando la sangre del país, con un comercio desproporcionado a sus recursos, tiene más influencia que lo que podría tener cualquier ministro que enviemos nosotros... Vastas mansiones, antes ocupadas por las principales familias del país, están ahora en poder de comerciantes ingleses».

La burguesía comercial anglo-criolla - más anglo que criolla - con su cuartel de operaciones junto al puerto de Buenos Aires ensaya pues su política entre 1821 y 1827: entre 1821 y



1824 -gobierno de Martín Rodríguez-a través de la influencia permanente de Rivadavia y García (a veces directamente en el poder por la ausencia de Rodríguez que sale a expedicionar el desierto); después, a partir de 1824, en el gobierno de Las Heras con García ocupando varios ministerios y Rivadavia trabando relaciones en Londres; luego,

finalmente, a partir del 6 de febrero de 1826 y hasta junio de 1827, bajo la presidencia del propio Rivadavia. Por eso Vicente López y Planes le escribe a San Martín: «La contrarrevolución ha dominado disfrazadamente, desde mediados del veintuno hasta mediados del veintisiete», y San Martín acuerda con la opinión de López •

## El proyecto de Rivadavia

POR GERMÁN IBÁÑEZ

Transcurridos algunos años ya desde la Revolución de Mayo de 1810, resultaba claro que se jugaban en las tierras rioplatenses diversos proyectos. Producida la independencia, se trataba de establecer los rumbos del nuevo país. En ese marco, la figura de Bernardino Rivadavia aparece como uno de los más claros exponentes del proyecto de la burguesía comercial porteña, de la idea de construir una nación desgajada de la comunidad hispanoamericana, vinculada estrechamente a Europa (léase Inglaterra) a través del libre comercio. Un país ordenado desde Buenos Aires, como antigua capital del Virreinato y mirando hacia fuera, desde donde llegaría la «civilización». Veamos algunos pilares de este proyecto.

La concepción de Rivadavia era la de un liberalismo cosmopolita, que consideraba todo progreso como imitación de las pautas políticas, culturales y económicas de «los países civilizados». Un liberalismo más atento a la libertad de comercio que a la soberanía popular. Era centralista, y quería construir un país «desde Buenos Aires».

El libre cambio ofrecía ventajas evidentes a la burguesía comercial porteña, cuyas ganancias resultaban del volumen del intercambio comercial. Con sus «socios» mayores, los comerciantes británicos, aspiraban a penetrar cada vez más profundamente los territorios interiores. Eso correspondía a las necesidades de la burguesía industrial británica, pero constituía una situación ruinosa para las artesanías y economías regionales del

interior del país, que así se verían sometidas a una competencia desigual. Siguiendo ese camino, se consolidaba un rumbo de dependencia comercial y productiva con Gran Bretaña.

La experiencia de los bancos de Descuento y Nacional, resulta expresiva por demás no solo de la vinculación de política y negocios, sino fundamentalmente de una concepción *privatista* de la economía y sociedad. El Banco de Descuentos (1822) resultó una institución cuyo directorio estaba controlado por el capital británico y los comerciantes vinculados a él. El Banco Nacional (1826) nace para salvar los desaguisados y negociados de un Banco de Descuentos al borde de la quiebra. Aquí también aparecen ciertas «curiosidades». El Banco Nacional se conformaba como empresa mixta, con participación del Estado, resultando uno de esos buenos negocios donde el Estado pone la plata y los privados se quedan con la ganancia.

Esta política brotaba de una concepción privatista en la cual el Estado no debía «interferir» con los privados. Así se opuso el riojano Facundo Quiroga, que defendía a una empresa nacional, La Casa de la Moneda, frente a una «inversión» extranjera, la River Plate Mining Association que aspiraba a la explotación del mineral de plata que podía ser trabajado por la empresa nacional mencionada en primer término. La firme oposición de Quiroga tanto como la actitud de Rivadavia, que concertaría «honorarios» por sus gestiones a favor de la empresa británica, resultan expresiones de la diversa naturaleza de dos proyectos de país •

# El empréstito Baring Brothers

**POR NORBERTO GALASSO**  
Rivadavia se constituye en el gestor principal del empréstito que el gobierno concierta con la banca inglesa Baring Brothers en 1824. La necesidad de obtener esos fondos se origina, según aduce el gobierno, en el emprendimiento de varias obras públicas, entre ellas el puerto de Buenos Aires y obras de salubridad. Algunos historiadores -aún de tendencia liberal como Ernesto Fitte- entienden que tanto la política libreimportadora como esta negociación financiera constituyen «el precio de la libertad», es decir, la contraprestación criolla a cambio del reconocimiento de nuestra independencia.

El acuerdo con la Baring, así como los pormenores de la negociación, constituyen uno de los mayores escándalos financieros de nuestra historia.

El gobierno autoriza, por ley del 29 de noviembre de 1822, a celebrar un empréstito con Baring Brothers de Londres, con la condición de que la provincia

reciba no menos del 70% del valor nominal de los títulos y de que la tasa de interés no exceda del 6% anual, afectando para ello en garantía la tierra pública. Como representantes «argentinos» se designa al comerciante Félix Castro, ligado al comercio inglés y a John Parish Robertson, inglés, pariente de Woodbine Parish, cónsul inglés en Buenos Aires. Con semejantes mandatarios para defender el interés argentino, los resultados son previsibles: en materia de interés se pacta el mayor autorizado (6%); en materia de colocación de los títulos se admite el menos autorizado (70%) siendo ambos los límites más perjudiciales posibles para nuestro país, según lo dispuesto por la ley de autorización. El empréstito es por 1.000.000 de libras. Pero al colocarse al 70% se obtienen solamente 700.000 libras (a cambio de endeudarse por 1.000.000 de libras). Pero, nuestros representantes admiten, además, que se descuenten de la suma inicial, los intereses adelantados, por los 2

años, al 6%, es decir, el 12% del total: 120.000 libras, más 10.000 libras en concepto de 1% de amortización, con lo cual las 700.000 se reducen a 570.000 libras más 10.000 libras en concepto de 1% de amortización. Por si esto fuera poco, se acepta descontar 17.300 libras (Comisión para Baring, 1.300, Comisión para gestores Castro y Robertson 7.000 (1% s/700.000), para recupero de gastos 3.000 libras y para cancelar gastos de un viaje e Rivadavia 6.000 libras). De este modo, el importe neto queda reducido a casi la mitad (552.700 libras) del importe por el cual nos endeudamos (1.000.000 de libras). ¿Llegan por lo menos, estas 552.700 libras al Río de la Plata? Existen muchas dudas al respecto, pues diversos investigadores no han podido detectar el ingreso de ese dinero. Solo parecen haber llegado 20.768 libras, cambiadas por metálico y 140.000 libras, en octubre de 1824, a través de órdenes u obligaciones negociables. Nada se sabe de las 412.700 libras restan-

tes. Se cree que se compensarán con utilidades de comerciantes ingleses radicados en Buenos Aires, que no se habían girado, y ahora se depositan en sus cuentas en Londres.

El empréstito se cancela to-

talmente a principios de siglo. El total abonado, según investigadores, alcanza a cinco veces el monto nominal de la operación aunque otros estiman que alcanza a ocho millones de libras esterlinas.

«...Hasta la evidencia se podría asegurar que las ocho o diez cartas que veo, por su apreciable del 29 de septiembre del año pasado, se han escamoteado; como las que he escrito a usted, paran en poder del hombre mas criminal que ha producido el pueblo argentino. Un enemigo tan feroz de los patriotas como don Bernardino Rivadavia estaba deparado, por arcanos más oscuros que el carbón, para humillarlos y para la degradación en que su desastrosa administración ha dejado a un pueblo generoso que fue la admiración y la belleza de las Repúblicas de la América del Sud. Este hombre despreciable no sólo ha ejercido su envidia y su encono en contra de usted, no queda satisfecha su rabia, y acudiendo a su guerra de zapa quiso minarme el retiro (...)

Carta de O'Higgins a San Martín  
16/8/1828

## Manuel José García



Este buen hombre inició su carrera en 1811. Luego, el director Alvear lo comisionó a Inglaterra, en 1815, para ofrecer estas tierras en protectorado. Posteriormente, García asesoró a Pueyrredón aconsejando la invasión del portugués Lecor a la Banda Oriental, para librarse de Artigas. Luego, cuando Martín Rodríguez asume como gobernador (abril 1821), García lo acompaña como ministro de Hacienda. Al cesar Rodríguez en 1824, su reemplazante, Las Heras, intenta mantener el mismo gabinete pero como Rivadavia desea viajar a Londres, García ocupa ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda. Él es quien negocia el ruinoso tratado

con Brasil poco tiempo más tarde, volviendo a ser ministro de Hacienda con Rosas en 1829. Sin duda, era hombre de confianza de los ingleses, aunque carecía del arte de personajear que tenía Don Bernardino. Por eso resulta importante recordar que Lord Ponsomby, el cónsul inglés, le escribió a Canning (2/10/1826): «El Dr. García es el hombre más ilustrado de La Nación», Mitre compone esta apología: «Era, sin duda, uno de los hombres mas notables de la época. Patriota decidido (¿patriota criollo o inglés?). Hombre de elevación moral, cabeza de inteligencia poderosa, nutrida con estudios serios, escritor literario con nervio y originalidad, con penetración profunda para juzgar los hombres y las cosas, con una alta moderación que nunca se desmentía, era un verdadero hombre de estado que reunía a estas cualidades, una bella y distinguida figura, realzada por modales dignos y una conversación chispeante de ingenio y de amenidad». Tomás de Iriarte, en cambio, en sus memorias, lo llama «hombre sagaz, intrigante y de más alcances que Rivadavia como hombre de Estado». Pero probablemente el juicio más certero es el de Gervasio Antonio Posadas: «Era un alma fría para las cosas de la Patria».

## Bernardino Rivadavia

«Camina lentamente en actitud tan majestuosa que es casi sobrecogedora -sostiene su biógrafo Ricardo Piccirilli-. Las manos a la espalda, como si quisiera contrabalancear el peso de su voluminoso abdomen. Luce casaca verde, chorrera de Holanda, calzón corto sujeto a las rodillas con hebillas de plata... Ninguno puede verle por asuntos de Estado, a menos de usar medias de seda... Vivió actuando bajo la sujeción del traje y del vocablo. Y resultó a su manera el más perfecto 'dandy' porteño... El prócer se quiso a sí mismo, se distinguió por altura moral y dominio de cultura... No resultó un espécimen del género que exaltó el bello Brummel en los salones mundanos de Londres o París, pero atravesó a su tiempo quemándose en la misma llama... y así su regreso a Europa en 1825, cometió aquella desbordante precipitación de posteridad que le hizo difundir su figura en bustos de yeso» (6 bustos de él mismo, traídos de Europa).

Asimismo, señala Piccirilli: «Todo lo que irradia y ejecuta es en él producto de la acción foránea... Pensemos en Rivadavia haciendo estudios personales del inglés, practicando el francés traduciendo a Bentham, informándose sobre modas, adquiriendo nuevos gustos, usando tratamiento para alternar en los círculos europeos, abordando temas agradables en las tertulias y tendremos exacta idea de lo mucho que debió vigilarse y

aprender allá para no desentonar, y acá parta trazar rumbos... Representó el primer conquistador de Europa para el Plata». Quizá, por eso, comenta: «Negado por muchos en su Patria, el extranjero reconocía sus virtudes» y «Lord Ponsomby, cónsul inglés, se hallaba muy satisfecho de su conducta y lo mismo debía estarlo el ministerio».

Algo parecido ocurre con Octavio Amadeo, en sus *Vidas Argentinas*: «Sufrió un poco la alucinación de Europa. Como muchos otros políticos nuestros asomado a ella, no vio el enorme país de otra hechura que quedaba a sus espaldas. Quiso vestir al aborigen con los trajes lujosos de los pares y los lores y lo natural volvió al galope'. Feo con pretensiones, se empolvaba la cara morena, pero no era mulato... Macizo, cabezón, de grandes ojos saltones y encendidos, de labios rojos carnales que engañaban, elegante, bien ataviado, casi un dandy de su tiempo, vestido de terciopelo y encajes, con pañuelo carmesí, era solemne, majestuoso y triste, como un castellano viejo. Pertinaz, voluntarioso, poco sensual, casi austero, amanerado... En sus últimos años de Cádiz, en medio de su relativa pobreza, vivía a lo señor, como lo fue toda su vida... Vivía solo, como un hidalgo empobrecido, comiendo su cena frugal en vajilla de plata labrada, con cubiertos de ébano y oro. Lo servían una doncella, un criado y una cocinera».

# Caudillismo y economía

POR JUAN CARLOS JARA

¿Por qué se levantan los caudillos del Interior contra la política digitada en Buenos Aires y por qué casi al mismo tiempo que a la guerra por la independencia se ingresa en lo que Mitre llama la «*revolución concéntrica*», guerra civil o guerra nacional, para decirlo más ajustadamente?

Hay básicamente dos respuestas. La primera es la que da la historia oficial, de ayer y de hoy: fue una lucha de la civilización contra la barbarie. Juan B. Justo, el padre del socialismo en la Argentina dirá: «Las montoneras era el pueblo de la campaña levantado contra los señores de las ciudades... pretendían paralizar el desarrollo económico del país y mantenerlo en un estancamiento imposible». Paradójico: un socialista que se pone del lado de los «señores» en oposición al «pueblo»!

En la misma línea, Vicente Fidel López, otro historiador del tiempo de Mitre -contendor de éste en materia de metodología histórica, pero no de contenidos-, afirmará: «Los caudillos provinciales que surgieron como

la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista, eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su antojo, sin formas, sin articulaciones intermedias, sin dar cuenta a nadie de sus actos, y constituirse en dueños de vidas y haciendas».

Un prestigioso contemporáneo de los hechos, nada menos que el general Manuel Belgrano, no va estar de acuerdo con esta visión: «No deben los orientales al terrorismo la gente que se les une, ni las victorias que los anarquistas han conseguido sobre las armas del orden».

O sea que, como hombre de Buenos Aires, Belgrano llama injustamente «*anarquistas*» a las fuerzas de Artigas, pero al mismo tiempo reconoce que no son meros terroristas, que no hay infiltrados entre ellos que los impulsen a alzarse en armas.

Juan Álvarez, que trae esta



cita, en un libro clásico de 1912, *Las guerra civiles argentinas*, va a tratar de explicarse más racionalmente el liderazgo de los caudillos. Dice allí: «La adhesión al jefe nace, entre otros motivos, de la ineptitud de las masas para reformar la legislación o el estado de cosas que motiva el estallido: le obedecen, como seguirían las órdenes del médico para curar la enfermedad que no atinan a combatir por sí mismos. Hay sitio, sin duda, para la sugestión del que manda (*hoy diríamos el carisma del líder*), y el afecto del que se deja arrastrar; pero, a mi juicio, estos dos elementos no bastarían por sí solos para determinar un estado crónico de guerra social».

En este libro Álvarez adhiere en general a las tesis que en el siglo XIX había sustentado Juan Bautista Alberdi -en sus críticas a los libros de Sarmiento y Mitre- quien encontraba motivos netamente económicos en el alzamiento de las provincias contra la capital •

## Civilización o barbarie

Sorprende que un hombre inteligente como Sarmiento no lograra apreciar correctamente el fenómeno que se producía en su provincia natal. El capta la declinación económica de San Juan y al mismo tiempo, se encuentra con los caudillos y las montoneras. De allí deduce: caudillos y montoneras, con su barbarie, han provocado la miseria de San Juan. Pero invierte causa y efecto: es la miseria de San Juan -provocada por la importación de mercadería extranjera- lo que desestructura la economía del interior y la consiguiente desocupación, se convierte en protesta montonera. Los desocupados, víctimas de la política económica porteña, empuñan una tacuara con una tijera atada en la punta, para defender su sobrevivencia. La aparente civilización -destruyendo las fuentes de trabajo- ha generado la aparente barbarie que confunde al sanjuanino y lo lleva de su inicial posición federal al unitarismo, atentando así contra el destino de su provincia, que debía defender.

## Los caudillos según Juan Bautista Alberdi

«¿Qué hacían los pueblos para luchar contra España y contra Buenos Aires, en defensa de su libertad amenazada de uno y otro lado? No teniendo militares en regla, se daban jefes nuevos, sacados de su seno. Como todos los jefes populares, eran simples paisanos las más veces. Ni ellos ni sus soldados, improvisados como ellos, conocían ni podían practicar la disciplina militar. (...) De ahí la *guerra de recursos*, la *montonera* y sus jefes, los *caudillos*; elementos de la guerra del pueblo; guerra de democracia, de libertad, de independencia. Antes de la gran revolución no había *caudillos ni montoneras* en el Plata. La guerra de la independencia los dio a luz, y ni ese origen les vale para obtener perdón de ciertos *demócratas* (...) Lo que resistían los pueblos no era la *libertad*, era el *despotismo* que se les daba junto con la libertad; lo que ellos querían era la libertad sin despotismo: ser libres de España y libres de Buenos Aires (...) Los caudillos son la democracia. Como el producto no es agradable, los *demócratas* lo atribuyen a la democracia bárbara. ¿Cuál es ésta? La democracia del pueblo más

numeroso y menos instruido y rico, antítesis de la democracia del ejército de línea y del pueblo instruido y rico, que es minoría en América más que en Europa. Luego los caudillos son los representantes más naturales de la democracia de Sud América como ella es pobre, atrasada, indigente (...) Solamente ellos quieren reemplazar los caudillos de poncho, por los caudillos de frac; la democracia semibárbara, que despedaza las constituciones republicanas a latigazos, por la democracia semi-civilizada, que despedaza las constituciones con cañones rayados, y no con la mira de matarlas, sino para reconstruirlas más bonitas; la democracia de las multitudes de campañas, por la democracia del pueblo notable y decente de las ciudades; es decir, las mayorías por las minorías populares; la democracia que es democracia, por la democracia que es oligarquía.»

Juan Bautista Alberdi  
Grandes y pequeños hombres del Plata

# Desde 1810: **Revolución**

## Desde 1821: **Contrarrevolución**



La Revolución ha dominado exclusivamente desde el año 10 hasta el año 21; la contrarrevolución ha dominado disfrazadamente desde mediados del 21 hasta mediados del 27 y habiendo sido entonces separada del timón, hizo su reacción vengativa para recobrarlo el 1º de diciembre de 1828. La Revolución consagró el principio «patriotismo sobre todo»; la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal ojo y dijo sólo: habilidad o riqueza»

**Vicente López y Planes**  
en carta a San Martín

4/1/1830

**Un tiro  
en el  
pecho  
y siete  
en la  
cabeza**

**POR M.M.**

El 13 de febrero de 1826 es electo diputado nacional por la provincia de Santiago del Estero. Sus intervenciones como diputado y sus escritos periodísticos son los fundamentos teóricos de nuestro federalismo. Defendió los derechos del ciudadano, la soberanía del país y enarbó el principio de autonomía económica para el interior frente al poder avasallador de la ciudad puerto. Contra la opinión de los unitarios se opuso a la desmembración de Tarija y logró que el Congreso acepte la incorporación del diputado tarijeño Felipe Echazú. Abogó para que el Congreso no sancionara una constitución abstracta sino una que representara las opiniones de los pueblos. Denostó a Rivadavia y a su política por considerar que pisoteaba la opinión de los hombres del interior y se opuso al voto calificado que impulsaba el unitarismo denunciando que «la aristocracia del dinero vaciará de contenido a la repúbli-

ca». El diario *El Tribuno* fue su púlpito. Desde allí, con ironía y lenguaje flamígero, defendió sus ideas y fustigó la política antinacional del unitarismo porteño.

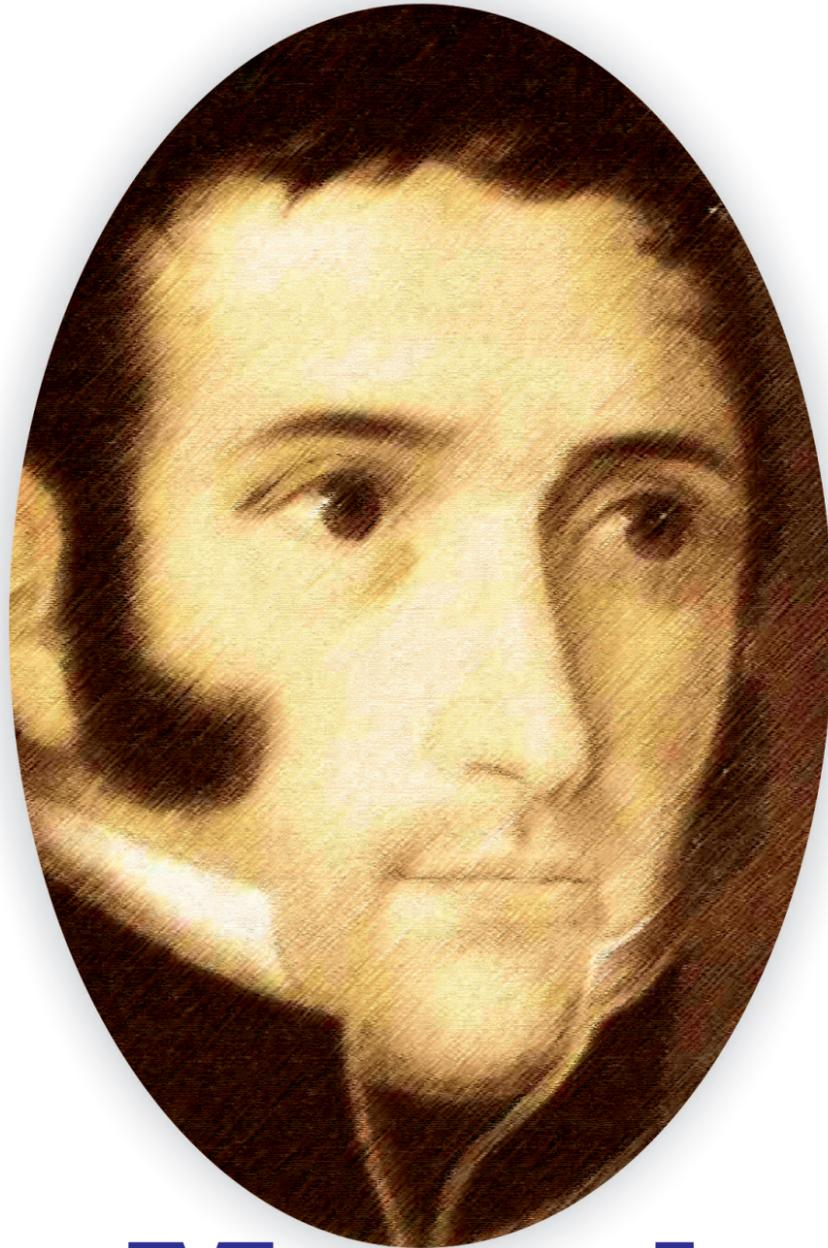
El 12 de Agosto de 1827, tras la ruinosa caída del elenco rivadaviano, la Junta de Representantes de la Provincia de Bs. As. lo eligió gobernador. Su popularidad, su discurso inflamado, su carisma, el amor del pueblo y, sobre todo, sus conexiones con los caudillos del interior permiten explicar su llegada al poder. El gobierno de Dorrego prohibió la leva de gauchos, aplicó precios máximos. Además, denunció el escandaloso negociado de Rivadavia con una empresa inglesa para explotar las Minas de Famatina.

La conspiración unitaria se puso en marcha. Ellos apostaban a que Dorrego tendría que hacer una paz deshonrosa con el Brasil y que no podría gobernar con sentido nacional. Se equivocaron. Su gestión progresista y exitosa los hizo arder en odio. La prensa unitaria clamaba por sangre. Sólo necesitaban una oportuni-

dad. Y la tuvieron de manos de Lavalle, la «*espada sin cabeza*» quien se transformó en el brazo ejecutor.

Lavalle fue incentivado por deleznales personajes que le enviaron cartas incendiarias como aquella de Juan Cruz Varela -ex ladrón de dineros del Estado- quien le pedía la vida de Dorrego y le decía «estas cartas se rompen» o de Salvador María del Carril quien le «explicaba» que «esta revolución es un juego de azar en la que se gana hasta la vida de los vencidos».

En la calurosa tarde del 13 de diciembre de 1828 Manuel Dorrego es fusilado por orden de Lavalle. La cosmopolita y liberal urbe porteña respira aliviada. Con un tiro en el pecho y siete en la cabeza cree haber puesto fin a ese federalismo irredento que les impuso trato igualitario con «la chusma». Nuevamente se equivocaba. Pronto las fuerzas profundas del país real saldrían a la luz para poner fin a los sueños irreales de los servidores de su Graciosa Majestad Británica •



# Manuel Dorrego

## federalismo doctrinario y unidad hispanoamericana

### MAXIMILIANO MOLOCZNIK

Los avatares de la vida personal y política de Manuel Dorrego son ampliamente conocidos. Existen dos aspectos de su pensamiento que conservan vigencia en la actualidad: su federalismo doctrinario y su compromiso indeclinable con la lucha por la unidad hispanoamericana. Ambos serán de suma utilidad como instrumentos teóricos para las luchas por la liberación que comienzan a darse hoy por toda nuestra América.

Dorrego era un hombre desprendido, leal, sarcástico, iracundo y apasionado. Como muchos jóvenes de su generación fue ganando por la revolución. Luchó contra los realistas en Chile en 1810 y fue héroe de guerra en las batallas de Salta y Tucumán. Su carácter extremadamente temperamental le generaría problemas. Dueño de una honestidad brutal, no dudaba en apostrofar a quién fuera, incluidos sus superiores, cuando veía que se cometían errores de táctica militar.

Esos comentarios mordaces le valieron, por ejemplo, que Manuel Belgrano lo mandara preso en 1813 cuando decide perdonar a los soldados españoles -si no volvían a tomar las armas contra los patriotas- medida a la que Dorrego se opuso tenazmente.

El 15 de Noviembre de 1816,

Pueyrredón firma su destierro y, pese a que el Congreso de Tucumán se opone, el 20 de ese mismo mes Dorrego es deportado en un barco a las Antillas. Luego de una terrible travesía llega a Baltimore -en marzo de 1817- donde casi lo ahorcan como un delincuente común. No tenía documentos que pudieran demostrar su condición de exiliado político. Allí, en los EEUU, toma contacto con French y otros morenistas -también exiliados por Pueyrredón- y se nutre de las lecturas de los teóricos del federalismo norteamericano. Esas lecturas y su conocimiento de la sociedad norteamericana de la época serán fundamentales para consolidar un pensamiento político que encontrará su praxis al retornar a la patria.

La idea de libertad vinculada a la de una sociedad igualitaria, el respeto a la ley y a sus autoridades y la importancia del periodismo como difusor de ideas y arma de ataque serán las principales enseñanzas por él recogidas. Enterado de la caída de Pueyrredón regresa el 6 de Abril de 1820. Se le restituye el grado militar y se le confía el mando del Batallón 2 de Cazadores. Durante la crisis política del año 20 ocupó fugazmente, por orden del Cabildo, el cargo de gobernador de la ciudad de BsAs.

Convencido de la necesidad

de colaborar con el proyecto de la unidad continental viaja -unido de una carta del Dean Funes- a entrevistarse con Bolívar en 1825. En sus conversaciones con el Libertador en Potosí coinciden en la idea medular de derrotar al imperio brasileño para unir las repúblicas de Sudamérica en un único organismo supranacional. Dorrego le promete a Bolívar que con el apoyo de los caudillos del interior luchará por hacer fracasar las tentativas unitarias de una constitución centralista. Los unitarios de ayer y los historiadores mitristas de hoy lo acusan, por esto, de traición a la patria y de querer entregarle el país a Bolívar.

Ha sido uno de los hombres del campo nacional y popular más vituperado. Las espadas del unitarismo no han ahorrado dicerios contra él. Agüero lo acusó de corrupto y para Bernardo Frías será «el mal genio de la revolución». Nunca pudieron entender que para Dorrego, la unión hispanoamericana era la única alternativa para evitar la guerra civil. En sus cartas a Bolívar y a Sucre late, párrafo por párrafo, su sueño de la unión de repúblicas, no la disolución de las mismas en un solo ente político. Sus ideas eran las mismas que las de San Martín •

### ILUSTRACIONES

Tapa: «San Martín» (dibujo), de Ricardo Carpani | **Página 2:** «Lo que pasó» (óleo), de Beatriz Juárez Guadalupe | **Página 5:** «Artigas en la Ciudadela» (óleo), de Juan Manuel Blanes | **Página 6:** «Mariano Moreno en su mesa de trabajo» (óleo), de Pedro Subercaseaux Errázuriz | **Página 7:** «San Martín» (óleo), de Guillermo Roux | **Página 7:** Bajorrelieve del encuentro de San Martín y Bolívar en Guayaquil (Archivo General de la Nación) | **Página 8:** Mariano Moreno: «Libro de notables Witcomb» (Archivo General de la Nación) | **Página 8:** Mariano Moreno: «Libro de notables Witcomb» (Archivo General de la Nación) | **Página 9:** Manuel Belgrano (Archivo General de la Nación) | **Página 11:** Cuadro del pintor alemán Edwin Ochme que muestra a Simón Bolívar explicando a sus generales el Cruce de los Andes (Palacio Federal de Caracas) | **Página 12:** «Bernardino Rivadavia» (Archivo General de la Nación) | **Página 13:** «Manuel José García» (Archivo General de la Nación) | **Página 14:** «Los caudillos» (Archivo General de la Nación) | **Página 15:** «El fusilamiento de Dorrego» (dibujo), de Carlos Terribili | **Página 16:** Manuel Dorrego (Archivo General de la Nación) | **Página 18:** Daguerrotipo de San Martín a los 70 años de edad (1848) | **Página 19:** Batalla de la Vuelta de Obligado | **Página 20:** Daguerrotipo de la casa de Rosas, se ubicaba en las actuales avenidas Del Libertador y Sarmiento de la Capital Federal | **Página 20:** Cinta roja punzó de propaganda rosista | **Página 21:** Domingo Faustino Sarmiento | **Página 21:** «Gracias Don José», de Tomás de Villar (1944), óleo sobre tela (copia fiel del óleo existente en el Museo Histórico Nacional, pintado en Bruselas en 1827) | **Página 22:** Don José de San Martín, el «Protector del Perú», ilustración de Néstor Taylor (detalle) | **Página 23:** Juan Manuel de Rosas | **Página 24:** Batalla de Pavón (1861), de Ignacio Manzoni, óleo sobre tela | **Página 25:** Escena histórica que representa un campo de batalla. Encuentro de adversarios donde sobresale la figura de Bartolomé Mitre uniformado montado en un caballo blanco, espada en mano, dando órdenes a la tropa. En el ángulo superior derecho, una casa con una pequeña torre (mirador) | **Página 26:** Bartolomé Mitre por el dibujante e ilustrador catamarqueño Diego Yapur (Muestra «Historias Ilustradas» en la Sala de Honor del Monumento a la bandera en Rosario, Mayo 2010) | **Página 27:** Bartolomé Mitre posando para un retratista. Foto diario La Nación. 1901 | **Página 28:** José Hernández, Carlos Guido y Spano, Rafael Hernández y Olegario Andrade | **Página 29:** Retrato de Norberto de la Riestra | **Página 30:** Retrato de Juan Bautista Alberdi | **Página 30:** Fotografía de Bartolomé Mitre. 1903 | **Página 31:** Imagen con dibujo de Ricardo Carpani extraído de la portada del libro «Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana» de Norberto Galasso | **Página 31:** Retrato de Felipe Varela | **Página 32:** Retrato del Mariscal Francisco Solano López | **Página 33:** Imagen parcial de Domingo Faustino Sarmiento | **Página 34:** «Domingo F. Sarmiento» Oléo sobre lienzo -100 x 80 cm- de Pepe Barraquero (2008) (ilustrador, diseñador gráfico y pintor mendocino) | **Página 35:** Daguerrotipo de Sarmiento luego de la batalla de Caseros (1852) - Museo Histórico Sarmiento | **Página 36:** Daguerrotipo de Domingo Fidel Castro, luego adoptado por Sarmiento, la imagen de «Dominguito» antes de ir a la Guerra del Paraguay | **Página 36:** Bombardeo de Paysandú: foto Casa Bate & Cía. (1865) | **Página 37:** Nicolás Avellaneda, dibujo a plumín, de Hugo Urlacher, pintor argentino contemporáneo. | **Página 38:** «La Conquista del Desierto» fragmento de la obra de Juan Manuel Blanes (1889) original en el Museo Histórico Nacional | **Página 39:** Julio Argentino Roca, poco antes de ser consagrado general | **Página 39:** Bartolomé Mitre | **Página 40:** Julio A. Roca, caricatura publicada en la revista El Quijote del 25 de octubre de 1891, extraído del libro «Pedagogía de la Desmemoria» de Marcelo Valko.

# Historias de separaciones

## La Banda Oriental

POR LEÓN POMER

En abril de 1811 se insurge contra el virrey Elío la entera Banda Oriental; su líder es José Artigas. Un ejército popular sitia Montevideo, luego de haber expulsado el poder español de toda la campaña. El virrey pide ayuda a Río de Janeiro y un ejército «pacificador» invade bajo la jefatura de Diego de Souza. En setiembre el Primer Triunvirato firma un armisticio con Elío, quien recibe como dádiva todo el territorio que había perdido, y un pedazo de Entre Ríos sobre la costa del Uruguay. Artigas levanta el sitio. La indignación es general. El 10 de octubre Artigas es proclamado General en Jefe: comienza lo que se conoce como el éxodo del pueblo oriental, una extraordinaria demostración de acatamiento al jefe, de repudio al Triunvirato gobernante en Buenos Aires y al invasor imperio portugués. Lo que Artigas había conseguido: fue deshecho por un trío de gobernantes porteños en que tenía vara alta Bernardino Rivadavia. Los comerciantes ingleses de Buenos Aires se mostraron felices: el ingreso de navíos estaba liberado. Se había producido la primera gran ignominia. El Triunvirato fue depuesto el 8 de octubre de 1812, por obra de un movimiento liderado por San Martín. Se reanuda el sitio de Montevideo bajo la dirección de Rondeau, al que se suma Artigas.

Vamos a 1825. En abril desembarcan en la otra banda del río los «33 orientales», dirigidos por Lavalleja, dispuestos a expulsar el ejército luso-brasileño que la ocupa; de victoria en victoria, el 7 de junio están frente a Montevideo, donde se atrincheró el general Lecor, jefe de las tropas de ocupación. La ocupación brasileña del Uruguay (desde 1822 Brasil es independiente de Portugal) había sido gestionada por el propio gobierno de Buenos Aires. Lo denuncia Estanislao López, gobernador de Santa Fé; lo dice en voz alta Manuel Dorrego, en 1826, en el Congreso Constituyente: «La provincia oriental, es de pública notoriedad, fue ocupada mediante un tratado por las tropas lusitanas que a pretexto de acabar con la anarquía de Artigas, ocuparon aquella provincia». Por su parte López acusa directamente al Director Álvarez Thomas de haber entregado «al rey de Portugal la provincia oriental, y que este plan fue secundado por sus sucesores» Antes que tenerlo Artigas como jefe de un pueblo y como autor de una importante legislación distribuidora de tierras a los más pobres, el régimen directorial prefirió entregar una provincia entera a la voracidad de un imperio que nunca ocultó sus deseos de hacerse del Uruguay. Empeñado López en recuperar la Banda Oriental, se dirige a Rivadavia, ministro del gobernador Martín Rodríguez y en ese momento gobernador delegado, pro-

poniendo una acción de todas las provincias. Rivadavia responde que cualquier paso a favor de aquella recuperación, puede comprometerlas (a las provincias argentinas) a compromisos muy difíciles» Para rematar, el gobierno de Buenos Aires comisiona a Juan García de Cossio para visitar cada provincia y asegurarse que no apoyarán la recuperación del Uruguay.

El 14 de junio de 1825 se instala el gobierno provisorio de la Provincia Oriental del Río de la Plata: queda autorizado a pedir la inmediata incorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata y se declara independiente de Brasil. Sobreviene la guerra entre Brasil y la Argentina y con ella nuevas ignominias. Pese a un gran triunfo militar obtenido en Ituzaingó, que es totalmente desaprovechado, el gobierno del ahora presidente Rivadavia envía a su ministro de relaciones exteriores, Manuel José García, a Río de Janeiro para hacer la paz. García firma la paz y en el tratado queda consignado que la Banda oriental le será devuelta a la corona brasilera. Rivadavia se ve obligado a declarar que el tratado de Río de Janeiro significaba «la humillación, el oprobio y la deshonra de la República Argentina». Pero el tratado no es desconocido. En marzo de 1826 lord Canning, ministro inglés de relaciones exteriores comunica al embajador de Brasil en Londres que el imperio deberá retirarse de la Banda oriental. Inglaterra manda. Canning nombra como observador en el Plata a lord Ponsonby: está interesada en defender los intereses de sus comerciantes, salvar el puerto de Montevideo de una eventual destrucción y restituir los flujos mercantiles normales. La Argentina renuncia a cualquier derecho sobre la otra banda del río y la diplomacia de Ponsomby determina la creación de un Estado ni brasileño ni argentino. En 1828 nace el Uruguay independiente •

## El Alto Perú

POR L. P.

Se perdió porque a los gobernantes de Buenos Aires no les importó retener las cuatro provincias que formaban el Alto Perú. Vayamos a hechos que comienzan el 25 de octubre de 1809 con la insurrección paceña contra la autoridad realista, liderada por Pedro Domingo Murillo, que será ejecutado. A partir de Mayo de 1810 ejércitos enviados desde Buenos Aires ganan y pierden batallas, avanzan y retroceden. La derrota de

Huaqui, el 20 de junio de 1811, obliga al repliegue hasta Salta y Jujuy. Manuel Belgrano es nombrado jefe; triunfará en Tucumán, el 24 de setiembre de 1812 y en Salta, el 20 de febrero de 1813. De inmediato recupera Jujuy y la ofensiva lo lleva a Potosí. Las posteriores derrotas en Vilcapugio y Ayohuma determinan la pérdida del Alto Perú. El desastre de Sipe-Sipe, el 29 de noviembre, elimina del Alto Perú a los ejércitos patriotas. Comienza una epopeya popular en forma de guerrillas, que logran infernizar la vida de los ejércitos realistas. La «guerra gaucha» no se inicia en 1815, ni es exclusiva de Güemes. Grupos irregulares logran éxitos allí donde los ejércitos regulares habían sido derrotados. Después de Ayohuma, Belgrano había visto las posibilidades bélicas de esas montañas; le escribe a San Martín (25-12-1813): «Voy a poner una partida de 25 facinerosos con un sargento desaforado para que les vaya (a los realistas) hacia sus inmediaciones, y les haga la guerra por cuantos medios se les ocurra». San Martín, que reemplaza a Belgrano en la jefatura del ejército del norte, recordando el papel de las guerrillas en la guerra contra Napoleón en España, se inclina a que ellas asuman la

defensa de Salta y Jujuy contra los realistas que controlan el Alto Perú; nombra como jefe a Martín Güemes. La tarea será cumplida plenamente. Entre tanto, y obra en gran parte de los guerrilleros altoperuano, en 1823 casi todo el Alto Perú está liberado. El célebre Olañeta, bravo general realista, está reducido a Potosí y los partidos de Porcos y Chichas. En Tumasla ocurre la última batalla: la gana el coronel Carlos Medina Celi el 2 de abril de 1825; en ella muere Olañeta. Los generales Sucre y Álvarez de Arenales entran triunfantes en Potosí. El Alto Perú queda bajo el control de Bolívar. En febrero Sucre convoca una asamblea de los representantes de los pueblos para tratar la independencia, argumentando que «el antiguo virreinato de Buenos Aires (...) carece de un gobierno general que represente completa y legítimamente la autoridad de todas las provincias y que no hay, por consiguiente, con quien entenderse para el arreglo de ellas». No se equivocaba: no había con quien entenderse. En Buenos Aires (corren tiempos rivadavianos) el Congreso General Constituyente, que iría a producir una efímera Constitución, declara que si bien las cuatro provincias altoperuanas habían pertenecido al virreinato, debían quedar, era la voluntad del Congreso, en «libertad para disponer de su suerte según crean convenir mejor a su interés y su felicidad». El general Arenales, que estaba en el lugar mismo de los hechos, confirma los dichos del Congreso: «conforme al deseo del Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas del Río de la Plata», la provincias altoperuanas quedaban libres para decidir su destino. La asombrosa indiferencia de la dirigencia de Buenos Aires frente a la pérdida de un importantísimo pedazo del territorio, fue el terreno en que la Asamblea de los pueblos del Alto Perú declaró la independencia el 6 de agosto de 1825. La nueva república se llamaría Bolivia. El 30 de marzo de 1825 el representante de Estados Unidos en Buenos Aires, comunicó a su canciller: «un somnoliento patriotismo adormece al país» •

...debe usted saber que el gobierno de su patria ha rehusado entrar en federación con pretextos de debilidad con respecto al poder federal y de imperfección con respecto a la organización. También dice que Colombia no debió dirigirse en particular a cada una sino en general a todas, que por qué no se ha convidado a la América del Norte (...) Últimamente nos ha dicho el Sr. Rivadavia, con un tono de superioridad muy propio de su alto valer, que no debemos confirmar a la Europa de nuestra ineptitud sino, por el contrario, esforzarnos en mostrarle nuestra capacidad con proyectos bien concertados y hábilmente ejecutados... Que Buenos Aires no puede presentarse en Federación como Estado nacional, ni como provincia (...). De suerte que, como las uvas están altas, están agrias y nosotros somos ineptos, porque ellos son anárquicos: esta lógica es admirable y más admirable aún el viento pampero que oculta el cerebro de aquel ministro.

Carta de Bolívar a Montegudo

5/8/1823

# El testamento del General José de San Martín

París, 23 de enero de 1844

En el nombre de Dios todo Poderoso a quien conozco como Hacedor del Universo: Digo yo José de San Martín, Generalísimo de la República del Perú, y Fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile, y Brigadier General de la confederación Argentina, que visto el mal estado de mi salud, declaro por el presente Testamento lo siguiente:

**Primero.** Dejo por Mi absoluta Heredera de mis bienes, habidos y por haber a mi única Hija Mercedes de San Martín actualmente casada con Mariano Balcarce.

**Segundo.** Es mi expresa Voluntad el que mi Hija suministre a mi Hermana María Elena, una Pensión de Mil - francos anuales, y a su fallecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila, una de 250 hasta su muerte, sin que para asegurar este don que hago a mi hermana y Sobrina, sea necesarias otra Hipoteca que la confianza que me asiste de que mi hija y sus herederos cumplirán religiosamente ésta mi voluntad.

**Tercero.** El Sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de satisfacción, que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los Extranjeros que tratan de humillarla.

**Cuarto.** Prohíbo el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente, al Cementerio sin ningún acompañamiento, pero si desearía, el que mi Corazón fuese depositado en el de Buenos Aires.

**Quinto.** Declaro no deber ni haber jamás debido nada, a nadie.

**Sexto.** Aunque es verdad que todos mis Anhelos no han tenido otro objeto que el bien de mi Hija amada, debo confesar, que la honrada conducta de esta, y el constante cariño y esmero que siempre me ha manifestado, han recompensado con Usura, todos mis esmeros haciendo mi vejez feliz. Yo la ruego continúe con el mismo cuidado y contracción la educación de sus Hijas (a las que abrazo con todo mi Corazón) si es que a su vez quiere tener la misma feliz suerte que yo he tenido; igual encargo hago a su Esposo, cuya honradez, y hombría de bien no ha desmentido la opinión que había formado de él, lo que me garantiza continuará haciendo la felicidad de mi Hija y Nietas.

**Séptimo.** Todo otro Testamento o Disposición anterior al Presente queda Nulo y sin ningún valor.

Hecho en París a Veinte y tres de Enero del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro, y escrito todo el de mi puño y letra



**José de San Martín**

**Artículo Adicional.** Es mi voluntad el que el Estandarte que el Bravo Español Don Francisco Pizarro tremoló en la Conquista de Perú sea devuelto a esta República (a pesar de ser propiedad mía) siempre que sus Gobiernos hallan realizado las Recompensas y honores con que me honró su primer Congreso.

**José de San Martín**

# LA GESTA

## DE LA VUELTA DE OBLIGADO



**POR MAXIMILIANO A MOLOCZNIK**

La lucha de la Vuelta de Obligado constituye una defensa frente a la invasión internacional de los ríos argentinos. Buques mercantes extranjeros y la escuadra de guerra anglo-francesa ingresan al Río de la Plata y remontan el Paraná. Sus principales acciones «civilizatorias» fueron: saquear Gualeguaychú, incendiar Colonia y tomar -a sangre y fuego- la isla Martín García.

Frente a esta desembozada acción imperialista Rosas va a conducir una guerra nacional que no sólo enfrentará al enemigo externo sino que mostrará la colaboración del unitarismo liberal con él. Para ello, dispone en un recodo del Paraná, entre San Pedro y Ramallo a dos mil hombres, al mando del Gral. Mansilla y ordena el emplazamiento de veintisiete cañones.

En razón de la enorme superioridad numérica del enemigo y la decisión heroica de Mansilla de extender cadenas por el Paraná a modo de barrera y hundir barcos para trabar el paso, los invasores logran avanzar hacia el norte aunque comprueban que, por la falta de tropas terres-

tres y -sobre todo- por la gallardía de los rioplatenses, no podrán controlar el río. Frente a esta acción colonialista, San Martín publica una famosa carta en diarios franceses e ingleses advirtiendo a los invasores que su aventura no será exitosa.

En síntesis, la batalla de la Vuelta de

Obligado tiene tanta trascendencia como las luchas por la emancipación y debería estudiarse con más ahínco en las escuelas. El león inglés encuentra un freno a sus ambiciones imperiales y no logra -ni lo hará hasta 1852- controlar el comercio de Bs. As., de Montevideo y del Paraná, hacia el Litoral, Paraguay y Brasil, su gran objetivo.

Por otra parte se constituye en un importante hecho de conciencia antiimperialista y de defensa de la soberanía nacional al que los grandes poetas le han dedicado hermosas estrofas, como estas, cantadas por el inolvidable Zitarrosa:

*Qué los parió a los gringos  
una gran siete;  
navegar tantos mares,  
venirse al cuete,  
¡qué digo venirse al cuete!*

### “ Caseros, 3 de febrero de 1852 ”

En esta batalla contra el poder de Rosas confluyen varios sectores que persiguen objetivos distintos: los unitarios amigos de los ingleses, el Brasil, sostenido en la esclavitud, que ansía dominar la cuenca del Plata y las fuerzas federales del Litoral, acaudilladas por Urquiza, que reclaman su parte en las rentas de la Aduana de Buenos Aires y la libre navegación del Paraná y el Uruguay para su comercio. Solo esta interpretación explica que Felipe Varela elogie el triunfo de Caseros, desde un antirosismo semejante al sostenido por otros caudillos como «El Chacho» Peñaloza y Ricardo López Jordán.

Norberto Galasso

# La Ley de Aduanas y la distribución de la renta

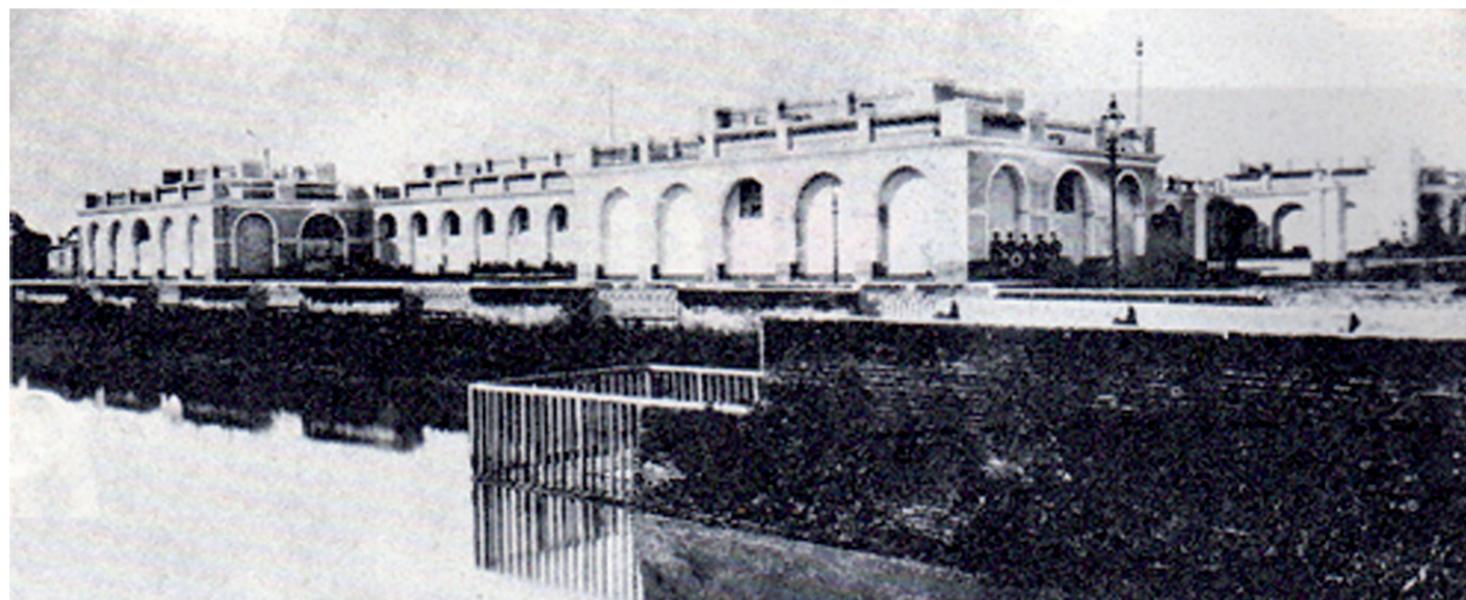
POR MARA ESPASANDE

En nuestra Historia la Ley proteccionista de aranceles aduaneros dictada por Rosas, en 1835, constituye un punto clave.

Luego de la etapa rivadaviana, la situación de las provincias era preocupante y la presión de los líderes populares del interior cada vez mayor. Buenos Aires debía dar respuesta si quería conservar el orden débilmente alcanzado.

La «Ley de Aduanas» resultó entonces, una carta importante que Rosas aprovecharía para lograr el apoyo de las provincias, quienes le otorgaron la dirección de la guerra y las relaciones exteriores del país. De esta manera, buscaba dar mayor credibilidad a la política federal.

Mediante la ley se establecía un aumento sustantivo de los aranceles a los



productos importados. Quedaba prohibida la importación de ponchos y otros

productos textiles. También de velas de sebo, peines y peinetas, platería y cueros manufacturados. A su vez, se gravaban fuertemente el café, el cacao y el té, los carruajes, los vinos, el aguardiente, la cerveza y harina.

A pesar de los beneficios indudables que ocasionó, la ley no alcanzó para lograr el desarrollo de una industria con capacidad de abastecer el mercado interno. Progresivamente muchas de las pautas establecidas en 1835 se fueron modificando.

Por otro lado, el federalismo de Buenos Aires presentaba claras limitaciones. Las rentas aduaneras representaban el ingreso más importante de las Provincias del Río de la Plata. Buenos Aires estaba dispuesta a aumentar los impuestos, a proteger la industria del interior

pero, por el momento, no a distribuir esas rentas.

Como todo proceso histórico, éste presenta profundas contradicciones, generando sentimientos y pensamientos encontrados no sólo entre los hombres de esa época sino también entre los historiadores que posteriormente la estudiaron.

La Ley de Aduanas nos permite reflexionar hoy sobre qué modelo económico queremos para nuestra Patria y el lugar que le damos al desarrollo industrial. Asimismo, busquemos alternativas que impulsen el crecimiento con justicia social y profundicemos la igualdad entre las provincias, avanzaremos hacia un modelo productivo nacional para continuar el camino de integración a la Patria Grande •

## La demonización de Rosas

No puede librarse a la Historia el fallo del tirano Rosas ¿Qué dirá la Historia cuando se vea que la Inglaterra ha devuelto a ese tirano los cañones tomados en acción de guerra y saludado su pabellón sangriento y manchado con una salva de 21 cañonazos? La Francia que hizo causa común con los enemigos de Rosas, que inició la cruzada en la que figura el General Lavalle, a su tiempo le abandonó y trató con Rosas, y también debió saludar a su pabellón con 21 cañonazos. Yo pregunto, Señor, si estos hechos no borrarán en la Historia todo cuanto podemos decir los enemigos de Rosas, si no lo sancionamos con un acto legislativo a esta ley (...). ¿Qué se dirá en la Historia, y esto es triste decirlo, cuando se sepa que el valiente Almirante Brown, el héroe de la marina de guerra de Independencia, fue el Almirante que defendió la tiranía de Rosas? ¿Qué el



General San Martín, el vencedor de los Andes, el padre de las glorias argentinas, le hizo el homenaje más grandioso que puede hacerse a un militar entregándole su espada? ¿Se verá a este hombre, Rosas, dentro de 20 o 50 años, tal como lo vemos nosotros a 5 años de su caída, si no nos adelantamos a votar una ley que lo castigue definitivamente con el dictorio de traidor? No, señor, no podemos dejar el juicio de Rosas a la Historia porque si no decimos desde ahora que era un traidor, y enseñamos a la escuela a odiarlo, Rosas no será considerado por la Historia como un tirano, quizá lo será como el más grande y glorioso de los argentinos».

(Diputado Nicolás Albarelos. Discurso en legislatura de la Provincia de Buenos Aires (1857), al tratarse un proyecto de ley para declarar a Rosas «traidor a la Patria»)

### Orden y soberanía

El nacionalismo territorial expresado por Rosas y los estancieros bonaerenses –en su enfrentamiento con las potencias extranjeras– significaba, asimismo, la defensa del orden.

Podía ser anticolonialista y al mismo tiempo, ideológicamente conservador. Años después, cuando el imperialismo británico se instala con sus ferrocarriles, bancos, puertos, etc. ya los estancieros de la pampa húmeda abandonan toda posición nacional pues la defensa del orden, es decir de sus privilegios, sólo es compatible con la subordinación al Imperio.

Norberto Galasso

# Sarmiento y su disidencia con el caudillo federal Justo José de Urquiza



levita abotonada, guantes, quepí francés, paletó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios [...] A la broma del general, pues, contesté con mi argumento favorito, dirigiéndome al arzón de la silla, desatando las correas que sujetaban la manta, sacando mi paletó y poniéndome por encima una capa blanca de goma elástica que había hecho traer de Buenos Aires. No había qué replicar [...] El general había llegado el 4 de febrero y dicho en público: si los salvajes unitarios habían creído que él había triunfado para ellos

«Pero, lo que más me llamó la atención [...] fue que el General Urquiza se había ocupado, durante su acampamiento en los alrededores de Montevideo, en hacer sentir a los emigrados argentinos [unitarios] la necesidad de ponerse la cinta colorada (la cinta punzó) [...] en una de esas entrevistas, estimando que su papel natural era de consejero, de colaborador le ofrecí mis servicios [...] Entonces, me indicó encargarme del Boletín del Ejército, llevar prensa [...] Llevar prensa significaba participar de reuniones militares, pero aquel Estado Mayor, compuesto por el General Virasoro, un coronel Félix Gómez, tipo charrúa, y sin más intermediarios que treinta jóvenes correntinos que hablaban guaraní; porque, fuera de bufonada, el idioma del Estado Mayor era el guaraní. El General, su ministro, los edecanes, una escolta de cadetes y los asistentes lo hablaban admirablemente, y no se hablaba castellano sino conmigo, y creo que con el coronel Gómez, que pertenecía a otra raza [...] En la primera entrevista que tuve con el General me dijo que llamase a Rosas en el Boletín el salvaje unitario Rosas todas las veces que hubiera de nombrarlo. Se le puede probar, me dijo, que es salvaje, y unitario, lo es por su gobierno [...] Nubes negras y atormenta-

das se iban esparciendo por el cielo. El general me dijo: Va a llover -y con un tono de burlaban a mojarse las plumas. Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida,

se equivocaban rotundamente. Que los buenos federales solos gobernarían el país [...] El 21 de febrero Urquiza lanza una proclama: 'Hoy mismo asoman la cabeza y después de tantos desengaños, de tantas lagrimas y sangre se empeñan en hacerse acreedores al renombre odioso

de salvajes unitarios y con inmediata impavidez reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una victoria en que no han tenido parte, de una patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron y cuya libertad sacrificaron con su ambición y anárquica conducta' [...] El 23

de febrero —a veinte días de Caseros— Sarmiento se exilia y le escribe a Urquiza: Mi convicción profunda es que usted, se extravía [...] Veo malograda la esperanza de un regreso definitivo a mi patria» •

De *La campaña del Ejército Grande*, de Domingo F. Sarmiento



## DEFINICIONES respecto a la agresión francesa de 1838

### CARTA DE JOSÉ DE SAN MARTÍN A JUAN MANUEL DE ROSAS (10/7/1839)

«...Pero lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española, una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer»

### CARTA DE JOSÉ DE SAN MARTÍN A JUAN MANUEL DE ROSAS (5/8/1838)

«He visto por los papeles públicos de ésta, el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país. Ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como Americano, pero mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la Patria en la Guerra contra la Francia, en cualquier clase que me destine»

# La polémica relación de San Martín y Rosas



POR MAXIMILIANO A. MOLOCZNIK

Muy pocos documentos de la historia argentina han pasado tan curiosamente desapercibidos para los investigadores académicos liberales como la correspondencia entre San Martín y Rosas.

Esta sensible omisión no se debe ni a insolencias epistemológicas ni a cuestiones de método: representa una postura política. Esta afirmación que a primera vista puede resultar inverosímil -dado el carácter «inmaculado» y «neutralmente valorativo» en el que pretenden moverse los «papers» académicos- se ratifica cuando se lee y se analiza con atención el intercambio epistolar entre ambos líderes.

Surgen de la lectura de las siete cartas enviadas por el Libertador y de las seis respuestas del gobernador algunas cuestiones muy inquietantes y que ponen en muchos aprietos al relato canonizado por el mitrismo.

La Historia Oficial nos presenta a San Martín como un férreo opositor a la política rosista. Nada más alejado de la realidad. En todas las cartas San Martín no sólo le prodiga elogios, sino que -argumento central del presente artículo- se muestra como amigo y defensor del gobierno del Rosas. Está convencido, también, de que nadie mejor que Rosas para defender el honor nacional y único capaz de lograr la centralización y unificación de la patria chica frente a la política balcanizadora del unitarismo porteño. Pero el 28/3/1848, Francia bloquea el Puerto de Buenos Aires.

Enterado de la noticia, San Martín le escribe a Rosas el 5 de agosto y le dice que espera sus órdenes para embarcarse hacia

América a luchar contra el agresor extranjero. Rosas le responde agradecido y emocionado. Lo tranquiliza explicándole que seguramente el episodio no llevará a una guerra. Sin embargo, la situación se va tornando cada vez más compleja. A principios de 1839 -tal como decía San Martín- el unitarismo instala un foco conspirativo en Montevideo e inicia desde allí tratativas con los franceses.

¿Por qué según dice la Historia oficial San Martín le donó su sable a Rosas si es que lo repudiaba o apoyaba parcialmente?

Bartolomé Mitre, patriarca de la historiografía liberal argentina, no sólo no puede negar el hecho de la donación del sable sino que, además, no puede aportar ningún documento que demuestre el desprecio de San Martín a Rosas, pese a que lo afirma categórico. Resulta llamativo entonces que él, tan apegado a los rigores de la heurística, tan denostador de la historia escrita sin fuentes termine -sin apoyo documental- atribuyendo la donación del sable a la senilidad de San Martín. Es decir, que el Libertador al borde de la muerte, anciano, confundido y enfermo, ya despojado de lucidez habría cometido semejante despropósito. Ahora bien, ¿que senilidad más curiosa ya que la donación del sable fue realizada el 23 de Enero de 1844, seis años antes de su muerte!

Sería interesante, entonces que estas polémicas históricas se instalen en las escuelas. Hay que lograr que los alumnos puedan conocer -a plena luz- toda la documentación existente y que podamos, de una vez por todas, producir un debate historiográfico amplio y pluralista •

unipe:

UNIVERSIDAD  
PEDAGÓGICA



BUENOS  
AIRES

# ROSAS

## y la Política de Tierras

POR GERMÁN IBÁÑEZ

Una de las más sólidas bases de sustentación social de Juan Manuel de Rosas era la clase terrateniente, de la cual él mismo era exponente. Pero sin duda sería una visión simplificadora decir que el apoyo al rosismo se reducía únicamente a los estancieros. Para empezar el cuadro social de la campaña bonaerense era bastante heterogéneo, y Rosas logró concitar el apoyo de varios estratos sociales, incluyendo a los sectores populares rurales. Junto a los grandes estancieros, pervivía la pequeña y mediana propiedad, los poseedores «sin título», los campesinos, los peones, la población «flotante» o gaucha. Aunque el poder de los estancieros era considerable, no siempre podía imponerse coercitivamente y a veces había que llegar a acuerdos con aquellos pobladores que vivían en los bordes (o incluso el interior) de las estancias y tenían sus ranchitos o sus ganados. La correspondencia de Rosas con los encargados de sus estancias demuestra que ni el Restaurador estaba libre de esas negociacio-

nes.

De todas formas, es clara una tendencia a la consolidación de la gran propiedad, especialmente en la expansión hacia el sur del Salado. En la visión de Rodolfo Puiggrós (*Los caudillos de la Revolución de Mayo*) la articulación estancia –saladero es un eje central del ascenso de Rosas y de su poder. Ya en 1815 se había creado el saladero *Las Higueritas*, del cual participaba Rosas, y ese mismo año se habilita el puerto de Ensenada para la extracción de tasajo (la carne salada destinada a la alimentación de los esclavos) y cueros. En los años previos a los gobiernos de Rosas ya se había instaurado una política de entrega a particulares de tierras públicas o «vacías» (léase: sin propietarios, porque gente había). La entrega en enfiteusis, como había impuesto Rivadavia significó un gran traspaso de tierras a estancieros y especuladores; luego Manuel Dorrego reguló sus aspectos más escandalosos.

Al principio Rosas mantuvo el sistema de enfiteusis, pero este se revelaba un

fracaso como fuente de ingresos fiscales para el Estado provincial. Era imposible obtener buenos resultados ya que los beneficiarios no pagaban el cánón y en todo caso resultaba muy difícil evaluar su capacidad censitaria, lo que facilitaba la evasión. Ante esa situación, Rosas cambió su política de tierras: se propició la venta de tierras públicas y también la entrega en donación. Había una serie de objetivos buscados. Primero engrosar las arcas del erario con nuevos recursos; recordemos que en todo este período los ingresos fiscales principales provienen de la Aduana de Buenos Aires. También desembarazarse de tierras públicas y ponerlas en explotación.

Con la venta de tierras públicas se colocaron, hasta 1839, 1.300 leguas. El otro gran sistema de colocación eran los premios y donaciones. Estos beneficiaron a los participantes en la campaña de 1833 contra los pueblos originarios de la Llanura. Y también hubo premios a la fidelidad política, por ejemplo a los leales durante el levantamiento de los «Libres del Sur». El mecanismo consistía en emitir certificados que los beneficiarios podían efectivizar o traspasar. Así, muchos de los certificados emitidos fueron vendidos o traspasados a otros terratenientes y especuladores. Este mecanismo de los premios y donaciones es el que generó mayores controversias a la caída de Rosas, al momento de castigar a su círculo íntimo. Pero muchos intereses ya estaban consolidados y por cierto una parte de los estancieros dieron vuelta la cara al

Restaurador en su desgracia, como sus propios primos, los Anchorena, cosa que Rosas les reprocharía amargamente en su exilio. Lo cierto es que a lo largo del siglo XIX, incluyendo el período rosista, la clase terrateniente fue conformándose como núcleo de las clases dominantes, con indudables consecuencias políticas en nuestra historia •



¡Argentinos! El más hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda la gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra Patria atravesó, ha sido vilmente enlodado por el General Mitre, gobernador de Buenos Aires. La más bella y perfecta carta constitucional democrática, republicana federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espúreos hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año 61 hasta hoy por Mitre y su círculo de esbirros.

Felipe Varela  
6 de diciembre de 1866



...Atendiendo a las quejas de estos pobres Pueblos, me he puesto a la cabeza del movimiento de libertad, igual al que Usted hizo el 1° de mayo en esa heroica Provincia contra la tiranía de Rosas. Si Usted estuviese en estos Pueblos vería cuánto han sufrido y cuántos los han asesinado y verían también que este movimiento es contra otra tiranía peor que la de Rosas. Yo creo encontrar en esta ocasión al mismo hombre del 1° de mayo... Me pongo a sus órdenes, seguro de que aprobará mi conducta...

Carta de Ángel Vicente Peñaloza (El Chacho), a Justo José de Urquiza  
20/5/1863

# Pavón y después

POR LEÓN POMER

«Señor general, el enemigo queda en completa dispersión», escuchó Urquiza de dos de sus más prominentes jefes, Virasoro y López Jordan; desoyó estas palabras: se estaba yendo del campo de batalla. La victoria del ejército de la Confederación en Pavón, el 17 de setiembre de 1861, era entregada en bandeja al jefe del ejército de Buenos Aires que se encontraba en plena retirada. Este, Bartolomé Mitre, probablemente no estaba ni demasiado preocupado ni excesivamente perplejo. El 22 de octubre el presidente Derqui, el último de la Confederación Argentina que había fundado Urquiza, le escribirá a Juan Saa, uno de los mejores y más fieles guerreros: Urquiza se rehusa ir a la guerra. El, Derqui, fue avisado que don Justo José tenía una «relación clandestina» con el enemigo. El retiro del campo de batalla, de un comandante en jefe que estaba batiendo al ejército de 22.000 hombres que lo había enfrentado, con sólo 17.000, era un suceso desconcertante, de no creer. A menos que algún interés superlativo lo haya exigido, interés que no fue comunicado ni explicado a gente como Virasoro, Saa y López Jordán, y muchos otros que había comprometido su vida al proyecto federal (ver «Urquiza hombre de negocios»).

El 12 de diciembre se disuelve, digamos que legalmente, la Confederación. Poco antes, el 22 de noviembre, había ocurrido uno de los hechos terribles de



que está plagada la historia argentina: la batalla de Cañada de Gómez, en que restos del ejército que Urquiza había hecho retroceder, mandados por Virasoro, fueron pasados a cuchillo por tropas mitristas bajo la jefatura del general oriental

Venancio Flores. El general Gelly y Obes, un allegado a Mitre, a propósito de lo sucedido le escribe a un amigo suyo, M.Ocampo: «Lo de Cañada de Gómez es uno de esos hechos muy comunes, por desgracia, en nuestras guerras, que des-

pues de conocer sus resultados aterrorizan al vencedor, cuando este no es de la escuela del terrorismo»: los vencidos, más de 300 muertos, los vencedores, 2.. De entre todas las tragedias, pueblos quemados, degollaciones y violaciones, hubo una que conmovió intensamente: el pérfido asesinato del general Angel Vicente Peñaloza, un personaje de enorme prestigio entre las masas gauchas de varias provincias, a comenzar por la suya, La Rioja. El 12 de noviembre de 1863 el oficial Pablo Irrazabal le informará al gobernador de San Juan, Domingo Faustino Sarmiento: el Chacho fue fusilado y su cabeza cortada. «Los salvajes unitarios están de fiesta», responderá José Hernández: «El general Peñaloza ha sido degollado». Después de Pavón el terror se había instaurado en las provincias que resistían los gobernadores enviados por el mitrismo y defendían su autonomía •

## La claudicación de Urquiza

Episodio de Urquiza en las campañas de la libertad; todo para hacer fortuna. Después de hecha, vuelve a sus antecedentes de satélite de Buenos Aires: ¿Para qué ha dado tres batallas? Caseros para ganar la presidencia, Cepeda para ganar una fortuna, Pavón para asegurarla [...] Ha cancelado cuentas con la posteridad, se ha rehabilitado con Buenos Aires, deshaciendo uno por uno sus trabajos y títulos de libertad a favor de la nación y del mundo civilizado. En Caseros derrocó el ascendiente tiránico de Buenos Aires sobre las provincias. Ese es el mérito de esa victoria, no la caída de un hombre (de Rosas). En diez años se lo ha devuelto todo y duplicado [...] Firmó los tratados de libertad fluvial: él los dejó sin resultado, revocando los derechos diferenciales que devolvieron a Buenos Aires todo el tráfico directo de las provincias hoy desiertas. Dió una constitución; él proclamó la reforma que la anuló, y garantizó para siempre el presupuesto de Buenos Aires con la aduana nacional, devuelta a esa provincia de hecho [...] Ganó la batalla de Cepeda: pero devolvió a Buenos Aires todo el fruto de ella, firmando el convenio de noviembre, por el que se incorporó Buenos Aires en la unión, a condición de que la unión le dé todo lo que tiene. Ganó la batalla de Pavón: y le regaló a Buenos Aires la victoria, yéndose a su casa y dejando el campo de batalla en manos de los vencidos. Capitaneó a Brasil para sacudir el ascendiente tiránico de Buenos Aires: hoy se pone a las órdenes de Buenos Aires y del Brasil para reponer el ascendiente de los dos, contra los países interiores. Trabajó por la causa de las provincias: hoy trabaja contra ellas, por la causa de Buenos Aires. Representó el nacionalismo argentino: hoy es el brazo zurdo del localismo de Buenos Aires contra la República Argentina [...] Se puede decir, según esto, que hay dos Urquizas: el que ha hecho Dios, que es el entrerriano, y el que ha hecho a medias su propia avaricia y la avaricia de sus cómplices de Buenos Aires: este es el Urquiza porteño, el Urquiza hechizo, extra oficial, fruto de la política grande de Mitre, que ha consistido en lograr que el falso Urquiza mate al Urquiza natural; que el Urquiza porteño mate al Urquiza entrerriano, con lo cual mueren los dos en beneficio de Buenos Aires y en daño de las provincias.

Juan B. Alberdi

## Dos países

El 11 de setiembre de 1852, estancieros bonaerenses (rosistas) y comerciantes porteños (mitristas), unidos en el «abrazo del Coliseo», dan un golpe contra la Confederación que preside Urquiza y segregan a la provincia de Buenos Aires del resto del país. Entre 1852 y 1860 la Confederación urquicista da la batalla por unificar el país, intentando someter a la oligarquía porteña. Pero, después de triunfar en Cepeda, Urquiza defeciona en Pavón dejando al país en manos del mitrismo.

# La Guerra de la Triple Alianza

POR FELIPE PIGNA

La guerra que enfrentó a la Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay, entre 1865 y 1870, respondió más a los intereses británicos y de acabar con un modelo autónomo de desarrollo como el paraguayo, que podía devenir en un «mal ejemplo» para el resto de América Latina, que a los objetivos de unificación nacional y defensa del territorio proclamados por sus promotores. El conflicto que terminó por enfrentar al Paraguay con la Triple Alianza, formada por Argentina, Brasil y Uruguay, tuvo su origen en 1863, cuando el Uruguay fue invadido por un grupo de liberales uruguayos comandados por el general Venancio Flores, quienes derrocaron al gobierno blanco, de tendencia federal y único aliado del Paraguay en la región. La invasión había sido preparada en Buenos Aires con el visto bueno del presidente Bartolomé Mitre y el apoyo de la armada brasileña. El Paraguay intervino en defensa del gobierno depuesto y le declaró la guerra al Brasil. El gobierno de Mitre se había declarado neutral pero no permitió el paso por Corrientes de las tropas comandadas por el gobernante paraguayo Francisco Solano López. Esto llevó a López a declarar la guerra también a la Argentina. Brasil, la Argentina y el nuevo gobierno uruguayo firmaron en mayo de 1865 el Tratado de la Triple Alianza, en el que se fijaban los objetivos de la guerra y las condiciones de rendición que se le impondrían al Paraguay. Hasta 1865 el gobierno paraguayo, bajo los gobiernos de Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano López, construyó astilleros, fábricas metalúrgicas, ferrocarriles y líneas telegráficas. La mayor parte de las tierras pertenecía al Estado, que ejercía además una especie de monopolio de la comercialización en el exterior de sus dos principales productos: la yerba y el tabaco. El Paraguay era la única nación de América Latina que no tenía deuda externa porque le bastaban sus recursos. Decía Alberdi: «Si es verdad que la civilización de este siglo tiene por emblemas las líneas de navegación por vapor, los telégrafos eléctricos, las fundiciones de metales, los astilleros y arsenales, los ferrocarriles, etc., los nuevos misioneros de civilización salidos de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Juan, etc., no sólo no tienen en su hogar esas piezas de civilización para llevar al Paraguay, sino que irían a conocerlas de vista por la primera vez en su vida en el 'país salvaje' de su cruzada civili-

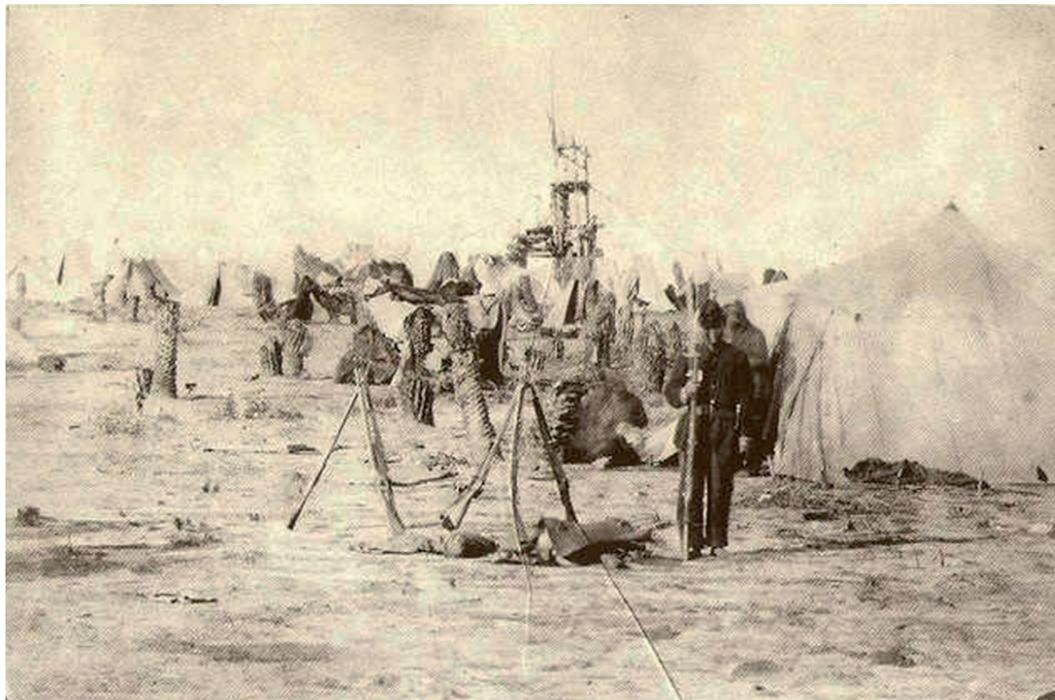
zadora». La impopularidad de la Guerra de la Triple Alianza, sumada a los tradicionales conflictos generados por la hegemonía porteña, provocó levantamientos en Mendoza, San Juan, La Rioja y San Luis. El caudillo catamarqueño Felipe Varela lanzó una proclama llamando a la rebelión y a no participar en una guerra fratricida diciendo: «Ser porteño es ser ciudadano exclusivista y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del gobierno de Mitre. Soldados Federales, nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas». A pesar de contar con un importante apoyo popular, Varela fue derrotado por las fuerzas nacionales en 1867. Como decía la zamba de

los paraguayos es el temor que tienen al déspota (Solano López) y explican su servilismo por el sistema rígido con que son tratados. Soy de diferente opinión: ¿cómo me explica usted que esos prisioneros de Yatay, bien tratados por los nuestros y abundando en todo, se nos huyan tan pronto se les presenta la ocasión para ir masivamente a engrosar las filas de su antiguo verdugo? Mitre trataba de explicar las dificultades de la guerra echándole la culpa a la creciente oposición interna: «¿Quién no sabe que los traidores alentaron al Paraguay a declararnos la guerra? Si la mitad de la prensa no hubiera traicionado la causa nacional armándose a favor del enemigo, si Entre Ríos no se hubiese sublevado dos veces, si casi todos los contingentes de las provincias no se hubieran sublevado al venir a cumplir con su deber, si

que la guerra duró casi cinco años, le costó al país más de 500 millones de pesos y 50.000 muertos. Sin embargo, benefició a comerciantes y ganaderos porteños y entrerrianos cercanos al poder, que hicieron grandes negocios abasteciendo a las tropas aliadas. El general Mitre declaró: «En la guerra del Paraguay ha triunfado no sólo la República Argentina sino también los grandes principios del libre cambio (...) Cuando nuestros guerreros vuelvan de su campaña, podrá el comercio ver inscripto en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado». Por el tratado de la Triple Alianza, se establecía que los aliados respetarían la integridad territorial del Paraguay. Terminada la guerra, los ministros diplomáticos de los tres países se reunieron en Buenos Aires. El ministro de

Relaciones Exteriores de Sarmiento, Mariano Varela expresó: «La victoria no da a las naciones aliadas derecho para que declaren, entre sí, como límites suyos los que el tratado determina. Esos límites deben ser discutidos con el gobierno que exista en el Paraguay y su fijación será hecha en los tratados que se celebren, después de exhibidos, por las partes contratantes, los títulos en que cada una apoya sus derechos». El embajador del Brasil en Argentina, Barón de Cotepige, negoció separadamente con el Paraguay tratados de límites, de paz, de comercio y navegación. Esto provocó el enojo de la Argentina, que decidió enviar a Río una misión diplomática encabezada por Mitre. Al ser recibido por el ministro brasileño, dijo el delegado: «Me es grato hacer los más sinceros votos por la prosperidad y el engrandecimiento de la Gran Nación Brasileña, unida a la Argentina, sin olvi-

dar la República Oriental del Uruguay, y por la gloria y sacrificios comunes de dos décadas memorables de lucha contra dos bárbaras tiranías que eran el oprobio de la humanidad y un peligro para la paz y la libertad de estas naciones». Lo cierto es que Brasil sí pensaba que la victoria daba derechos: saqueó Asunción, instaló un gobierno adicto y se quedó con importantes porciones del territorio paraguayo. El regreso de las tropas trajo a Buenos Aires, en 1871, una terrible epidemia de fiebre amarilla contraída por los soldados en la guerra. La peste dejó un saldo de trece mil muertos e hizo emigrar a las familias oligárquicas hacia el Norte de la ciudad, abandonando sus amplias casonas de la zona Sur. Sus casas desocupadas fueron transformadas en conventillos •



Vargas, nada podían hacer las lanzas contra los modernos fusiles de Buenos Aires. La participación argentina en la guerra respondía también al interés del gobierno en imposibilitar una posible alianza entre las provincias litorales y el Paraguay. La guerra era para los paraguayos una causa nacional. Todo el pueblo participaba activamente de una guerra defensiva. Los soldados de la Triple Alianza peleaban por plata o por obligación. Esto llevó a los paraguayos a concretar verdaderas hazañas militares, como el triunfo de Curupaytí, donde contando con un armamento claramente inferior, tuvieron sólo 50 muertos frente a los 9.000 de los aliados, entre ellos Dominguito, el hijo de Domingo Faustino Sarmiento. Decía *La Nación*, el diario de Mitre, decía: «Algunos miopes creen que el fanatismo de

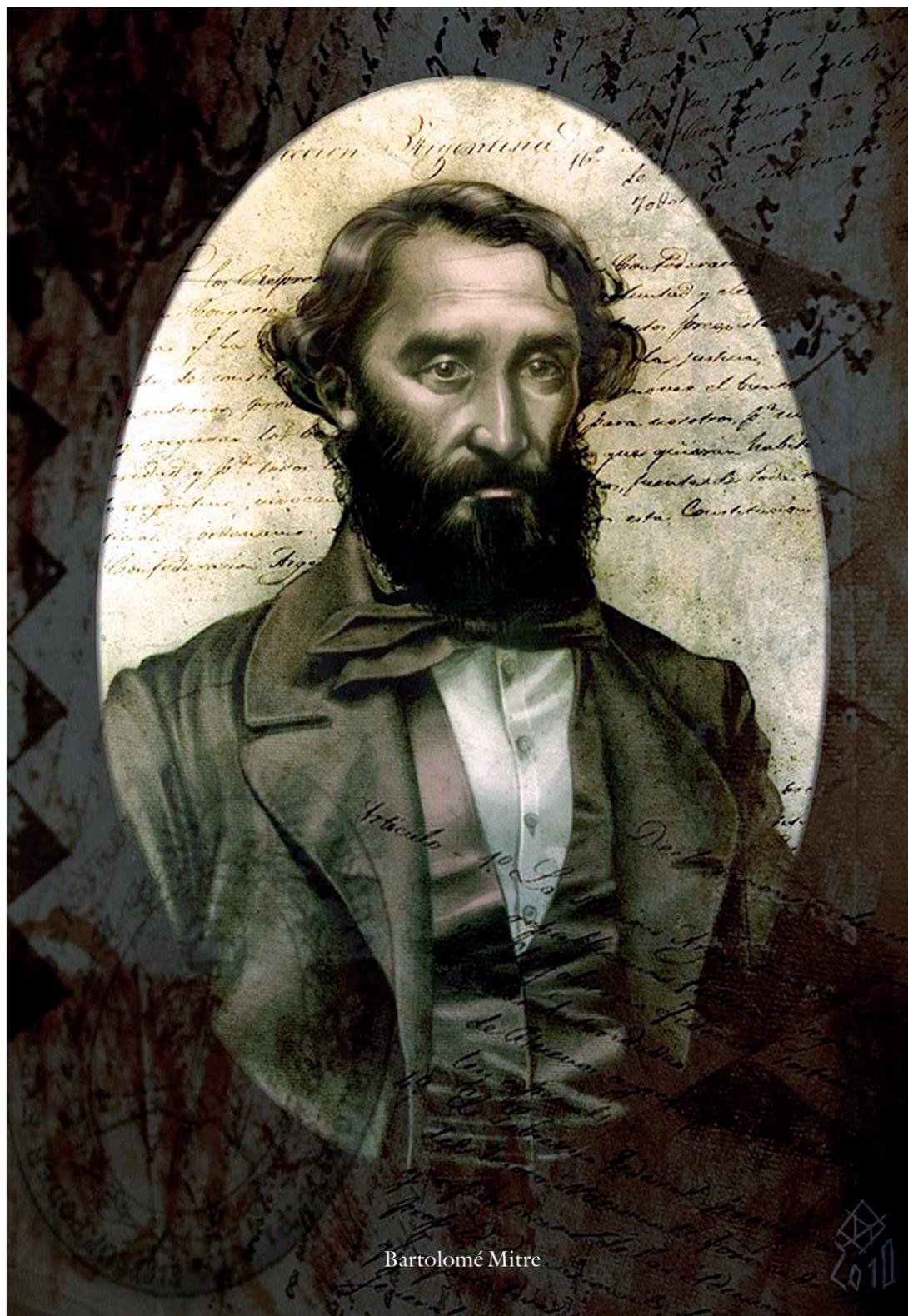
una opinión simpática al enemigo extraño no hubiese alentado a la traición ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya?» En nuestro país, la oposición a la guerra se manifestaba de las maneras más diversas, entre ellas, la actitud de los trabajadores correntinos, que se negaron a construir embarcaciones para las tropas aliadas y en la prédica de pensadores que, como Juan Bautista Alberdi y José Hernández, el autor del *Martín Fierro*, apoyaban al Paraguay. En 1870, durante la presidencia de Sarmiento las tropas aliadas lograron tomar Asunción poniendo fin a la guerra. El Paraguay había quedado destrozado, diezmada su población y arrasado su territorio. Mitre había hecho un pronóstico demasiado optimista sobre la guerra: «En 24 horas en los cuarteles, en 15 días en campaña, en 3 meses en la Asunción». Pero lo cierto es

# Las Bases del Modelo Agroexportador

POR NORBERTO GALASSO

En su *Historia Económica de la Argentina*, el ingeniero Ricardo Ortiz señaló que el economista inglés David Ricardo, puesto a analizar las conveniencias del desarrollo del Imperio Británico, había sostenido: «Si pudiéramos agregar una zona de tierra fértil a nuestra isla, los beneficios no bajarían nunca, el aumento de la tierra fértil haría bajar la renta y el costo de la producción de trigo». Y comentaba Ortiz: «Esa faja de tierra fértil para adosar a Gran Bretaña, constituye el objetivo fundamental perseguido durante la primera mitad del siglo XIX. Para que pudiera serlo América, era necesario resolver aún numerosos problemas técnicos, económicos y políticos: lograr una sistema de transportes vasto y económico, propiciar el poblamiento de sus tierras y desde luego, pacificar, organizar y estructurar jurídicamente a los países de ese continente».

Arturo Jauretche, en carta a su amigo Raúl Scalabrini Ortiz, en 1956, le señalaba que Ortiz no había ahondado realmente en este planteo de Ricardo, pues lo que estaba afirmando el economista inglés era que el Imperio Británico necesitaba otro país -o países- que le proveyeran de alimentos baratos y a su vez, le compraran sus excedentes manufactureros, resolviendo así dos problemas fundamentales de su sistema económico: abaratar los costos de subsistencia de sus obreros con importaciones baratas que le permitiesen calmar sus reclamos sin aumentar los salarios y asimismo, exportar los excesos de producción que, si quedaran en el país, provocarían una grave crisis económica. Es decir, en otro lenguaje: que la economía británica debía dar un salto hacia el imperialismo para aplicar la división internacional del trabajo, expoliando a los países dependientes pro-



Bartolomé Mitre

ductores de materias primas y exportando su crisis a estos países que, por tanto, no debían alcanzar ningún desarrollo industrial. Para que el sistema funcionase, por supuesto, era necesario contar con una flota mercante, con compañías de seguros, con inversiones en el país que pasaba

a ser una economía complementaria, ya fuese ferrocarriles, frigoríficos, etc.

La alianza de clases entre la burguesía comercial porteña de origen rivadaviano y los grandes estancieros de la pampa húmeda cuyo arquetipo era Anchorena, llevó a cabo ese plan que Ricardo

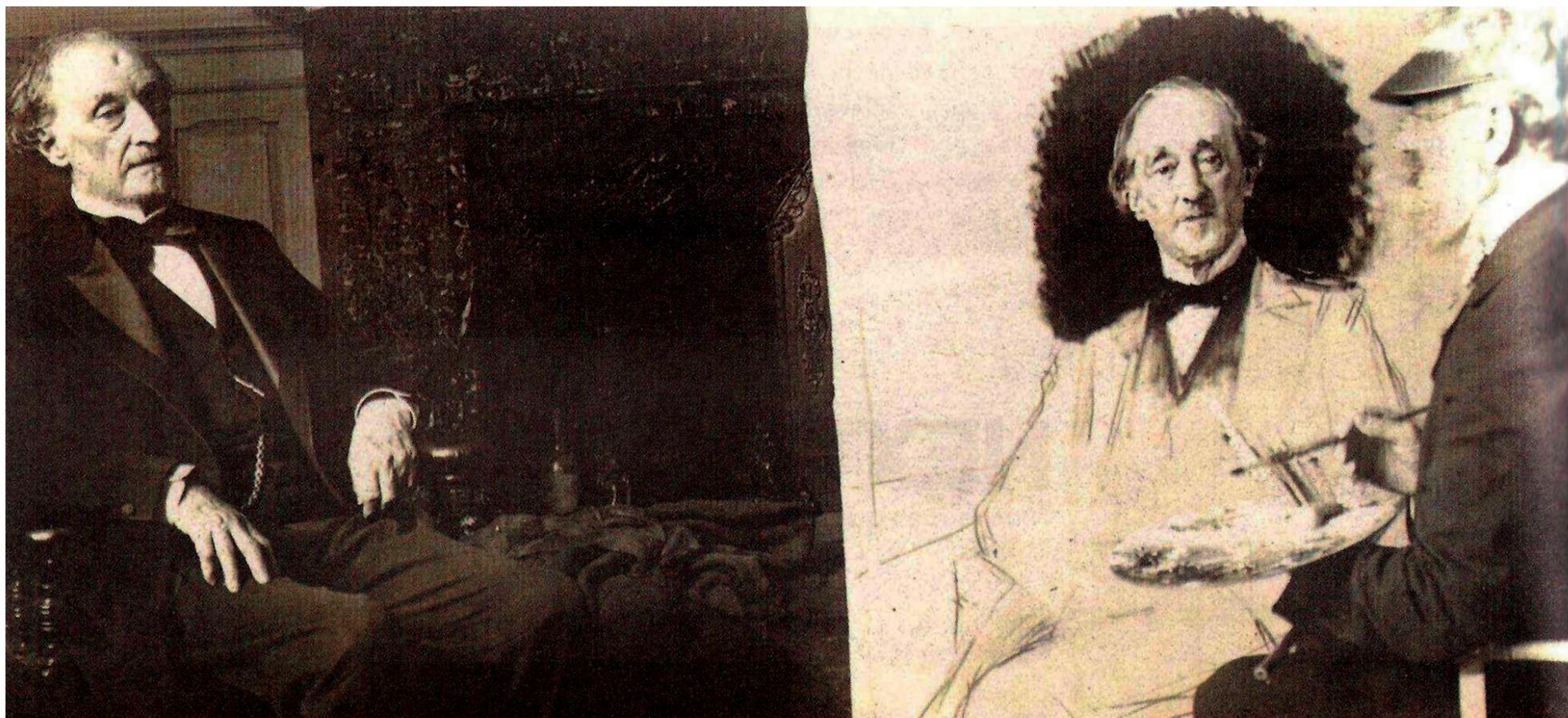
había esbozado y lo hicieron a través de la Presidencia de Mitre, quien, desde 1862 representó a estos intereses oligárquicos que enlazaban su destino al Imperio.

Desde su inicio, Mitre otorga a las empresas inglesas la construcción de las líneas férreas según el trazado que posibilite la

implementación de esa política económica. El 12 de junio de 1862 autoriza la construcción del Ferrocarril del Sur (Bahía Blanca-Buenos Aires). En abril de 1863 otorga otra importante concesión, la del Central Argentino, uniendo Córdoba con el puerto de Rosario. Ese mismo año autoriza la construcción del ferrocarril de Entre Ríos, en el noreste argentino. A su vez, el Ferrocarril del Oeste ya vinculaba a localidades del oeste bonaerense con el puerto de Buenos Aires, mientras lo mismo ocurría con el ferrocarril del Norte, desde San Fernando hacia Buenos Aires.

Como puede observarse, el trazado ferroviario, en forma de abanico, comunicaba las zonas agropecuarias del interior con la boca de salida por el Río de la Plata hacia Europa o más específicamente hacia Londres, mediante las empresas marítimas inglesas. Se gestaba así la infraestructura que sugería David Ricardo para asegurarle alimentos baratos al Imperio, y ofrecerle, de regreso, un mercado importante a los industriales ingleses.

Esta infraestructura ferroviaria fue complementada por el gobierno de Mitre, con la incorporación de empresas financieras inglesas. Así, el Banco de Londres y Río de la Plata inició sus operaciones, en Buenos Aires, en 1863. Otros bancos británicos se instalaron poco después, con casa matriz en Londres, como el Banco Británico de la América del Sud, fundado también en 1863, con agencias y sucursales en Buenos Aires y algunas ciudades del interior. Por su parte, el asesor financiero de Mitre, Norberto de la Riestra gestionaba la privatización del Banco de la Provincia de Buenos Aires para ser tomado por una inversora inglesa, proyecto que no llegó a concretarse.



Otro mecanismo de sumisión económica está dado por el endeudamiento externo. El gobierno mitrista sanciona la ley que transfiere la deuda externa de la provincia de Buenos Aires, producto de la negociación con la Baring Brothers en los años veinte, al estado nacional (ley del 3 de octubre de 1866). Al mismo tiempo, autoriza la contratación de un nuevo empréstito por 2.500.000 libras que negocia De la Riestra en Londres. El monto de la deuda externa, al concluir la presidencia de Mitre, puede estimarse ya en casi 5.000.000 de libras esterlinas.

Asimismo, el negocio del seguro se consolida por entonces. La presencia de importantes comerciantes ingleses en el directorio de la empresa de seguros «La Estrella», creada en 1865, ratifica este entrelazamiento de intereses de la élite argentina con el Imperio.

Otro eslabón que asegura la dependencia está dado por el permanente boicoteo de la clase dominante al desarrollo de una flota mercante nacional. Si recordamos que Belgrano impulsaba ya en 1810 su escuela de náutica, resulta asombroso que el país careciese de flota durante muchas décadas y que fuera frustrada la intención de impulsarla por parte de Yrigoyen en 1920, para recién alcanzar a tener barcos en 1950. Con respecto a esta cuestión, el economista Vicente

Vázquez Presedo señala, al referirse al año 1914, que «la navegación británica era uno de los factores que daban al Reino Unido una posición dominante en el comercio exterior argentino y a través de él, en toda la economía del país».

Así se forjó el modelo económico agroexportador y la dependencia política.

Scalabrini Ortiz –y también Alejandro Bunge y los hermanos Irazusta– señalaron cómo la construcción de los ferrocarriles en abanico ahogaba las fuerzas productivas de la Argentina y Manuel Ugarte ya en 1916 señalaba que el ferrocarril, tal cual estaba trazado, no era factor de progreso en la Argentina.

Esa Argentina semicolonial, con una aristocracia fabulosamente rica que tiraba manteca al techo en París y se construía palacetes en la Argentina, resultaba una cabeza gigante (que miraba hacia el Atlántico) con un cuerpo raquítico: un sur desolado, un noroeste hundido en la pobreza, un norte dominado por La Forestal y una altísima mortalidad infantil. Esa fue la gran Argentina que la clase dominante exaltó durante el Centenario. Y sus bases residieron en el plan instrumentado a partir de 1862. Se hizo efectivamente una Gran Argentina como relató la historia escolar, pero una gran Argentina para una minoría de argentinos, mientras la Argentina mayoritaria vivía de «pata al sue-

lo». La libre importación, el control de los recursos aduaneros y la gran prensa al servicio de la dependencia completaron este mundo semicolonial que pervivió muchos años, que entró en crisis

en 1930 pero se reajustó en la Década Infame, hasta hundirse definitivamente después de la segunda guerra mundial, cuando las bases de sustentación del modelo agroexportador fueron quebra-

das a través de la nacionalización de empresas de transporte, el control del comercio exterior y las finanzas, que permitieron el desarrollo industrial y el afianzamiento de una Argentina distinta •

## El gobierno de Mitre analizado por el historiador H. S. Ferns

«Lo cierto es que la presidencia del general Mitre fue la señal de una fundamental decisión de toda la sociedad argentina. Una vez tomada la decisión política primaria en favor de la expansión económica y de la integración del país en la comunidad y los mercados internacionales, era posible la adopción de múltiples decisiones secundarias en el terreno de la actividad económica... Mientras en la Europa Occidental se fomentaba (de esta manera) la expansión comercial mediante la política del «laissez-faire», en la Argentina las nuevas autoridades proyectaban mediante la acción y garantías del Estado, alentar la formación de empresas extranjeras... La ley Mitre constituía una prueba de las ventajas de contar con los recursos financieros de la provincia de Buenos Aires. La ley garantizaba a los que invirtieran dinero en la construcción del ferrocarril de Rosario a Córdoba, un dividendo del 7 % sobre un capital de 6.400 libras por milla. La ley suministraba la tierra necesaria para la construcción de líneas, estaciones, depósitos, etc. Además, acordaba liberales exenciones de impuestos y una garantía contra la congelación de los precios de hasta el 15% sobre el capital... Casi simultáneamente la Provincia de Buenos Aires acordó una concesión en términos más favorables.

...La respuesta que recibió la política del general Mitre de alentar las inversiones extranjeras fue instantánea. Al cabo de tres años, hombres de negocios e ingenieros británicos habían establecido bancos y compañías ferroviarias y tranviarias en la Argentina: a éstas

siguieron poco después, obras de utilidad pública como las de gas, aguas corrientes y sistemas de cloacas.

...Un examen de estas inversiones hace saltar a la vista inmediatamente la enorme importancia del poder del Estado en cuanto a asegurar el proceso en virtud del cual fondos de Gran Bretaña eran destinados a la adquisición de bienes y servicios que contribuían directa o indirectamente al desarrollo económico argentino y en virtud del cual una parte de los nuevos capitales creados se transfería, a su vez, a los dueños de los fondos originales.

...La significación económica de la victoria del general Mitre consistió en el reconocimiento, por parte de las autoridades centrales, de las ventajas que reportaría a la clase mercantil y a la clase de los propietarios, la importación de capital y mano de obra de Europa.

...En el caso angloargentino el proceso comenzado con la política del general Mitre contó con la participación de la clase inversora inglesa.

...La contribución de Gran Bretaña a la transformación de la economía argentina en esta fase surgió naturalmente de la fase comercial de la empresa británica en la República, pues la clase mercantil de dicha nacionalidad de Buenos Aires contribuyó con hombres que conocían los negocios como la Argentina misma, para organizar y dirigir casi todas las grandes empresas que nacieron en esa época: Edward Lumb, William Wheelwright, Frank Parish, Thomas Armstrong, Thomas Faire, George Drabble y otros.

...La principal finalidad de organizar empresas ferroviarias parece que fue la de vender artículos manufacturados y los servicios mismos».

H. S. Ferns (*Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*)

# MITRE

## y los federales provincianos

POR JUAN CARLOS JARA

Para desentrañar la personalidad de Bartolomé Mitre como historiador no es menos importante indagar en su metodología o concepción histórica que en los verdaderos alcances de su trayectoria política. En otras palabras, pretender escindir al Mitre historiador del Mitre jefe de partido es eludir que esa concepción historiográfica (liberal, elitista, proinglesa y antilatinoamericana) está ligada íntimamente a su gestión como representante político de la burguesía comercial porteña.

Este sector mercantil, aliado interno de los terratenientes bonaerenses y del capitalismo inglés, había cimentado su poder en el comercio de importación y en el manejo exclusivo de la aduana de Buenos Aires sustraída por estos grupos oligárquicos al resto de los argentinos.

La penetración del comercio británico, que desde los tiempos de Rivadavia, destruía las economías artesanales del interior determinó que sus pueblos se levantaran en armas detrás de sus jefes o *caudillos*. Al ahogamiento en sangre de esa rebelión se la llamó «pacificación del interior». La denominaron así —sin ruborizarse— los historiadores que sucedieron al presidente-historiador Mitre, responsable principal de aquel genocidio.

Ese ocultamiento o tergiversación de la personalidad política de Mitre por una posteridad cómplice, dependiente del poder ideológico del diario «La Nación», determinó que su figura fuera por largos años casi tan intocable como la de sus opiniones políticas. Intangibilidad póstuma que sin embargo no tuvo su correlato en vida de Mitre, cuando sus enemigos políticos se contaban por legiones. «Casi todo el país fue su adversario», afirma Eduardo Luis Duhalde, quien transcribe esta frase de Joaquín de Vedia, amigo y correligionario de Mitre: «El juicio de sus contemporáneos se le manifestó siempre, o casi siempre, adverso».

¿Quiénes eran esos contemporáneos? En primer lugar los caudillos federales, Peñalosa, Varela, Juan Saá, que enfrentaron al mitrismo en el poder con la fuerza de las armas. Pero detrás de la espada de



estos defensores de la unidad nacional se hallaban los pensadores más brillantes de aquella generación. Enumeremos a algunos de ellos, intelectuales revolucionarios:

**José Hernández** (1834-1886). El memorable creador de Martín Fierro es menos conocido por su «Vida del Chacho», formidable denuncia contra los asesinos del caudillo riojano. Fue un defensor del gaucho pero también del interés nacional en su conjunto, enfrentando activamente la política divisionista de los liberales porteños. Ello le valió largos años de extrañamiento de Buenos Aires y que el presidente Sarmiento pusiera precio a su cabeza. Militó en el federalismo provinciano apoyando a Urquiza y, luego de la traición de éste, al general López Jordán. En 1880, como diputado roquista, difundió la ley de federalización de Buenos Aires.

**Rafael Hernández** (1840- 1903). Hermano menor del anterior. A los 21 años estuvo a punto de perecer en la matanza mitrista de Cañada de Gómez. Tres años más tarde se alistó para luchar



en la defensa de Paysandú. Ya concluidas las guerras civiles se contó entre los más férreos defensores de la industria nacional. De él ha dicho Fermín Chávez: «Era agrimensor nacional y su figura se yergue como un paradigma de empresario argentino, además de inventor, fundador de pueblos, periodista, colonizador y poeta».

**Olegario V. Andrade** (1839-1882). Sus dudosos pergaminos de poeta a lo Víctor Hugo le han valido la fama póstuma. «Prometeo», «San Martín» y «El nido de cóndores», sin embargo, no se parangonan con un humilde folleto publicado en 1866, «Las dos políticas», en el que desentraña las causas de la guerra civil basándose en el factor económico. «Los caudillos surgieron en cada provincia como un resultado fatal de la confiscación de la fortuna de las provincias hechas por Buenos Aires», dirá, luego de constatar que «las cuestiones de organización, de forma de gobierno, de instituciones liberales, eran los diferentes disfraces de la cuestión económica». Se opuso a la gue-

rra del Paraguay y ejerció el periodismo militante en Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires.

**Carlos Guido Spano** (1827-1918). Fue consagrado en su ancianidad y póstumamente como poeta premodernista, pero se lo margina como valioso escritor de combate y militante de la causa nacional. En su juventud había luchado en las calles de París junto a los obreros de la Comuna. Después fue funcionario del presidente Derqui, se opuso a la guerra del Paraguay. En «La América» publicó «El gobierno y la Alianza», que recibió la censura del gobierno de Mitre. En 1872 fue secretario de Agricultura, en 1874 se alistó en la guardia nacional para luchar contra los mitristas amotinados contra el electo presidente Avellaneda.

**Nicolás Antonio Calvo** (1817-1894). Jefe del partido Reformista de Buenos Aires, polemizó con Mitre, quien pretendía que la lucha contra los caudillos era una continuidad lógica de la guerra por la Independencia, y fue uno de los primeros en acusar de «falsificar la historia». Desde «La Reforma Pacífica» abogó por la unidad nacional en oposición a la política secesionista porteña. Perseguido, debió emigrar al Litoral y más tarde, derrotado el proyecto de la Confederación, se radicó en Europa. A su regreso fue diputado por el partido de Roca.

La nómina de opositores al proyecto mitrista sería interminable. Sólo citaremos algunos más: los entrerrianos **Evaristo Carriego** (1828-1908), periodista y abuelo del poeta, y **Francisco F. Fernández** (1842-1922), dramaturgo y hombre de armas; el cordobés **Mariano Fraguero** (1795-1872), notable economista; **Laurindo Lapuente** (c.1830-1870), poeta y ensayista; **Emilio Castro Boedo** (1827- ?), sacerdote salteño cercano a Felipe Varela; **Miguel Navarro Viola** (1830-1890); **Carlos D' Amico** (1839-1917); **Alejo Peyret** (1826-1902). El mentor de todos ellos fue **Juan Bautista Alberdi**, maestro de aquella generación que se alzó, con la pluma y con la espada, contra la dictadura del puerto único y la desmembración del país propiciada por los hombres de la «Provincia-Metrópolis» •

# Radiografía de un economista

POR NORBERTO GALASSO

Durante la presidencia de Mitre, un hombre del mundo de la economía y las finanzas jugó un rol importante como consejero y negociador con el extranjero. Se trata de Norberto de la Riestra.

Nació en 1810, en una familia de comerciantes. Su padre -a través de su empresa Álvaro de la Riestra e hijos- se hallaba vinculado, desde tiempo atrás, con comerciantes ingleses. A los 21 años, Norberto viaja a Liverpool y luego a Londres, donde se emplea en la empresa Nicholson, Green y Cía. Allí aprende a hablar y a escribir en inglés y en ese idioma publica un libro con una tabla de cambios entre Buenos Aires y Montevideo con Inglaterra y Francia, para uso de especialistas. En Londres se prestigia como financista y gestor de negocios, alcanzando la confianza de importantes intereses. En Nicholson, Green y Cía asciende al cargo de gerente comercial regresando, en ese carácter, a Buenos Aires, en 1849. Por entonces contrae matrimonio con María Monserrat Ramírez de Agrelo y Tejada de Valdosa. Poco después -ya caído Rosas- inicia su periplo por los más diversos cargos de la provincia de Buenos Aires. Entre 1852 y 1855 se desempeña como legislador bonaerense y de allí, pasa directamente al ministerio de Hacienda del gobierno de Pastor Obligado, en la Buenos Aires segregada de la Confederación.

Desde ese lugar estratégico realiza negociaciones con la Casa Baring, comenzando por duplicar voluntariamente el monto de

envíos mensuales por intereses. Por entonces, Ferdinand White declara que De la Riestra negocia con él «tratando con benignidad los reclamos británicos» informando a Londres que «...De la Riestra hizo propuestas para un entendimiento que ciertamente eran mejores que las que yo había esperado en contra...». «La tramitación -señala Cutolo- fue ruinosa para nuestra economía» y nuestra deuda externa quedó duplicada. Tan exitosa ha sido la gestión que el embajador inglés en la Argentina «apoya la candidatura de De la Riestra para gobernador de la Provincia». En 1858, es designado nuevamente ministro, en 1859 pasa a ser diputado, luego convencional en la Reforma constitucional de 1860 y más tarde ministro de Hacienda de la Confederación dirigida por Derqui, a propuesta de Mitre.

Al llegar Mitre a la presidencia en 1862, le ofrece el cargo de ministro de Hacienda, pero él prefiere ser senador en 1863/64 y abocarse en 1865 a una misión diplomática, de la cual resulta un préstamo de 2.500.000 libras con el cual Gran Bretaña ayuda al gobierno mitrista a arrasar al Paraguay en la Guerra de la Triple Alianza. Por esta tarea, los capitalistas ingleses le regalan un cofre de oro ornado con un topacio.

Vuelve, para ser director del Banco Hipotecario en 1873 y director del Banco Nacional en 1874 y poco después, nuevamente ministro de Hacienda, ahora del presidente Avellaneda. Estas diversas funciones no

le impiden constituirse en director residente del Banco de Londres y Río de la Plata instalado en Buenos Aires en 1862, ni tampoco ser representante de las empresas ferroviarias inglesas en la Argentina.

Desde su cargo condujo las negociaciones con el gobierno de Santa Fe para instalar en Rosario una filial del Banco de Londres. Como ministro sostiene «que sería un error irreparable dejar de pagar la deuda externa, pues quedaríamos distanciados del capital extranjero que tanto necesitamos». Su gestión en el ministerio se caracteriza por aplicar la receta tradicional del liberalismo económico: reducción del gasto público, cumplimiento riguroso de los compromisos externos y modificación del régimen aduanero para facilitar las importaciones. Pero después de un fuerte debate sobre aranceles aduaneros es derrotado en el Congreso y debe renunciar.

Poco tiempo después, se dedica a propiciar la privatización del Banco de la Provincia de Buenos Aires, al mismo tiempo que en Londres se constituye una empresa financiera para operar en Buenos Aires que lo designa presidente de su directorio. En los últimos años de su vida se dedica a actividades privadas de comisionista y gestor de negocios.

A su muerte, «La Nación» afirma que «era una inteligencia, un espíritu elevado y sereno y sobre todo, un hombre virtuoso en toda la expresión de la palabra». El periódico «The Estándar», por su parte, sostiene que



«Mr. Riestra ha figurado tan prominentemente en los asuntos públicos que la historia de su país es casi su biografía... En muchos sentidos, era considerado casi como un británico. Por sus simpatías y estima por todo lo que fuese británico, era bien conocido». Mitre lo consideró «un hombre que goza de alta reputación como financista y de una activa figuración pública, siendo él quien restableció nuestro crédito en Europa y arregló nuestra deuda externa. El fue el primero que después de nuestra bancarrota, hizo inscribir el nombre de nuestro país, borrado de la Bolsa de Londres, declarándonos nación

solvente ante el mundo». Sarmiento opinaba de otro modo: «Nunca pude deducir su inteligencia ni inclinación siquiera a la política de su país: era un empleado de comercio de casa inglesa en toda la extensión de la palabra».

La empresa ferroviaria del Sur se encargará de que un pueblo de la provincia de Buenos Aires sea designado «Norberto de La Riestra», como asimismo, sus amigos porteños, le darán su nombre a una amplia avenida del Sur de la Capital Federal. Había sido un economista muy, pero muy eficiente y merecía estos honores •

## La guerra del Paraguay



según  
Juan Bautista Alberdi

Las guerras exteriores de la Argentina no son más que expedientes suscitados a propósito, ya por la una, ya por la otra de sus dos fracciones, para encontrar la solución interior que cada una (de las partes del país) desea. Son guerras civiles en el fondo, bajo la forma de guerras internacionales, como la presente (contra el Paraguay)... Flores no tiene otro enemigo que los blancos (orientales), Mitre no tiene más adversario en vista que las provincias (del interior), Don Pedro II no tiene más enemigos que la ex república de Río Grande... Si Buenos Aires busca la alianza del Brasil, ¿Qué cosa más natural que las Provincias busquen, por su parte, la alianza del Paraguay? (Para Buenos Aires) el verdadero enemigo no es Brasil (sino) los países interiores a quienes Buenos Aires les tiene arrebatados el tesoro, su tráfico y todo su ser. Asegurarse contra ellos, mantenerlos en su condición colonial, es más vital para el egoísmo antinacional de Buenos Aires que el alejar al Brasil de la costa oriental... En esta república Argentina no solo hay dos partidos, sino más bien dos países, dos causas públicas, dos patrias y dos patriotismos, por decirlo así. Un interés profundo los divide y hace antagonistas y ese mismo interés, sin cambiarlo, es el que hace aliado nato del Paraguay a todo el país argentino situado al norte de Martín García y aliado natural de Brasil a la otra porción del país que esta situada a las puertas del Plata y en las costas del mar. Aquel interés es el tráfico directo con el mundo interior, la renta pública precedente del tráfico y el influjo derivados de la renta.

# Bartolomé Mitre y la historia oficial

POR MAXIMILIANO MOLOCZNIK

Si decimos que el gobierno de Mitre fue el peor gobierno de la Historia Argentina del siglo XIX, esta afirmación seguramente sorprenderá a muchos teniendo en cuenta el tratamiento que la Historia Oficial ha hecho de su figura y de su gestión. En ella se lo ha presentado tanto como el hacedor de nuestro progreso económico como el victorioso general que puso fin a la «barbarie» encarnada en los caudillos federales del interior.

El diario *La Nación*, fundado por Mitre, ha cumplido en esta tarea un papel excepcional de «guardaespalda» de su pensamiento, como decía Homero Manzi. Los aportes del aparato liberal académico y sus instituciones (cátedras universitarias, revistas, suplementos culturales, etc.) no han sido menores, ya que forjaron la Historia Oficial que no es más que el relato que los vencedores de ayer han construido para legitimar su opresión como clase dominante en el presente.

Curiosamente su figura tampoco ha sido críticamente interpelada desde otras corrientes historiográficas. Para la izquierda liberal y sus divulgadores, Mitre es el jefe del partido burgués-progresista y civilizador que derrotó «al atraso medievalista» de los caudillos.

José Luis Romero lo presenta como un luchador en la defensa de los ideales nacionales, dotado de un «exquisito tacto» y apoyado por los «espíritus más esclarecidos» de la época.

Los fundadores de la Historia Social y sus modernos epígonos no comprenden el error medular de Mitre: *crear que la Argentina sería la hija dilecta de la modernidad europea*. Nunca entendieron, ni ellos ni Mitre, que para consolidar esa modernidad burguesa capitalista europea se debía, necesariamente, arrasar su periferia. Y nosotros éramos esa periferia.

Nada muy distinto sucede si miramos hacia la derecha. Los nacionalistas oligárquicos y católicos -críticos de la Historia Oficial a partir de 1930- tampoco se metieron demasiado con Mitre, sus

mandobles e invectivas contra Sarmiento, por la ley 1420, los tenían muy atareados.

Sólo unas pocas voces se levantaron en su momento para denunciar las tropelías del mitrismo y enjuiciarlo desde una cosmovisión nacional, popular y latinoamericana. Alberdi, José Hernández y

Para la Historia Oficial, entre 1862 y 1868, no hubo represión. Las intervenciones en Catamarca, San Juan, Corrientes, Santa Fe, Córdoba y San Luis se realizaron para «pacificar y unir a los argentinos». ¿Será por eso que, con tan «loable» fin, Mitre enviaba al interior a los coroneles Ambrosio Sandes e Ignacio Rivas que no trepidaban en cometer aberrantes crímenes que hoy serían considerados de lesa humanidad? ¿Esta es una política de unificación y de principios?

Mitre que en carta a su vicepresidente, Marcos Paz, (10/1/1862) sostuvo que: «Mejor que entenderse con el animal de Peñaloza es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlos a bien morir... Al Chacho es preciso que se lo lleve el diablo barranca abajo».

Decíamos también que para la Historia Oficial los años de Mitre fueron los de la creación del «progreso». ¿Se llamará progreso a las vergonzosas concesiones para el trazado de los ferrocarriles en abanico sobre el puerto de Bs. As.? ¿O a la instalación de bancos ingleses acompañada de una política económica librecambista que nos condenaba a ser una economía subordinada, productora de carnes y cereales baratos e importadora de manufactura europea? Sí, el progreso... de la aristocracia porteña portuaria y anglófila.

Cosmopolitismo militante y europeísmo en el terreno de las ideas. Primitivismo agrario sin industrias en la economía. Dictadura, represión y genocidio en la política. Antilatinoamericanismo en política

exterior. He allí el legado de Mitre. José Hernández lo definió de este modo en 1874: «Los seis años del gobierno de Mitre fueron seis años de una noche de horrores, de duelo, de lágrimas y de devastación dentro y fuera de la República Argentina. En esta sección americana, Mitre ha sido un cometa de sangre, un flagelo devastador, un elemento de corrupción, de desquicio y dan testimonio de su existencia los huérfanos, las viudas y los inválidos. ¡Triste hora aquella en que apareció en el cielo de la patria, la figura sombría de este personaje funesto!» •



Olegario Víctor Andrade, en las más absoluta de la soledades, denunciaron el modo represor del gobierno de Mitre, transformado en una verdadera dictadura contra las provincias del interior, el carácter dependiente de su política económica que sentaba las bases de una Argentina semicolonial, granja del imperio británico y expresión lateral, periférica, mal copiada y minusválida de la razón iluminista europea. Pero veamos -brevemente- desglosados estos elementos.

# Felipe Varela y el interior en defensa de Paraguay



## Patriotas o Traidores

POR MARA ESPASANDE

La etapa mitrista se caracteriza por ser uno de los capítulos más violentos de las guerras civiles argentinas. Buenos Aires vuelca todos sus esfuerzos en controlar al Interior sublevado. Para llevar a cabo su proyecto semicolonial, Mitre necesita terminar con dos focos de resistencia popular: el modelo de desarrollo autónomo en Paraguay y los levantamientos persistentes de los federales- provincianos.

En nombre de la «civilización» y el «progreso» avanzaban los ferrocarriles y los empréstitos ingleses; mientras tanto el ejército amedrentaba a las montoneras gauchas del Interior. Tal como recordaría Olegario Andrade: «Provincias enteras sufren los horrores de la ley marcial, millares de argentinos trasmotan la cordillera perseguidos por el azote de los dominadores del país. En dos años, más de ciento cincuenta combates. En dos años más de cinco mil víctimas...». Sarmiento como gobernador de San Juan y los coroneles mitristas se encargan de ejecutar esta tarea.

En esta etapa surgen caudillos excepcionales que pelearán hasta las últimas consecuencias: Chacho Peñaloza, Felipe Varela,

Carlos Ángel, Severo Chumbita son algunos de los hombres que organizan a la «chusma» contra Buenos Aires, con escasos recursos y a la espera inútil de la ayuda de Urquiza. Hacia 1863 el Interior parecía vencido: el Chacho degollado y las fuerzas populares dispersas.

Pensando que ya tenía resuelto el problema del Interior, Mitre comienza la embestida contra Paraguay. Junto a la facción colorada de Uruguay, el Imperio Brasileño y el apoyo de Inglaterra se conforma la Triple Alianza. La Guerra del Paraguay ha quedado en nuestra historia como un conflicto internacional: tres países unidos contra el expansionismo paraguayo. Sin embargo, ahondando en la cuestión descubrimos que muchos argentinos y uruguayos rechazaban y denunciaban esta guerra: ¿traidores a la Patria -como los juzgaría la historia oficial- o héroes de la Patria Grande Americana?

Felipe Varela entiende que no se trata de un conflicto entre países, sino de una continuación de las guerras civiles: el libre cambio impulsado por los porteños contra el modelo protec-



cionista pregonado por los federales y llevado a cabo por el gobierno paraguayo. Facciones de las patrias chicas se enfrentan entonces, para definir el rumbo de América del Sur.

Conscientes de lo que estaba en juego, el Interior reinicia su lucha con admirable capacidad de resistencia. Las montoneras se rearmen, reagrupan y juntan fuerzas para dar nueva batalla.

El gauchaje del Litoral desconoce las órdenes de Urquiza - que ya en ese momento presentaba una dudosa posición neutral- y se niegan a ir a combate en el llamado desbande de Basualdo el 23 de julio de 1865. Estas protestas se extienden a Catamarca, San Luis y Córdoba.

Este contexto permite entender la llamada «revolución de los colorados» del 9 de noviembre de 1866. Luego del triunfo de Paraguay en Curapytí los federales toman el gobierno en Mendoza, encabezados por el Dr. Carlos Juan Rodríguez, quien era amigo de Felipe Varela. Se incorporan a esta lucha algunos contingentes que debían partir hacia la Guerra. La revolución se expande y llega a San Juan y San Luis. Varela, como líder político de este movimiento, expresa claramente la necesidad de la unidad latinoamericana para ganar esta batalla. En 1868 sus ideas se verán plasmadas en el «Manifiesto a los Pueblos Americanos», donde llama a la unión americana, condenando la traición de Mitre por atacar al pueblo paraguayo: «Los argentinos de corazón y sobre todo los que no somos hijos de la capital, hemos estado siempre del lado del Paraguay

en la guerra que, por debilitarnos, por desarmarnos, por arruinarnos, le ha llevado a Mitre a fuerza de intriga y de infamias contra la voluntad de la Nación entera, a excepción de la egoísta Buenos Aires.»

Estos esfuerzos desfallecen ante el poderío inconmensurable del ejército mitrista. En 1869 Varela y las montoneras federales son definitivamente derrotadas. Así, con el Interior sometido y Paraguay destruido, ya no quedan obstáculos para sentar las bases políticas e institucionales del modelo liberal. Esta etapa - designada como «La Organización del Estado Nacional» por la historia oficial- insertará a la Argentina en el mercado mundial, pero desde una condición dependiente y periférica.

La Patria Grande cae entonces, ante la balcanización impulsada por las elites portuarias y el imperialismo inglés. Sin embargo, el pueblo conserva en su memoria las grandes luchas de aquellos hombres, teniendo la certeza que su espíritu resurgirá. Así lo enuncian los cantares de entonces: «Dicen que Peñaloza ha muerto, no sé si será verdad. No se descuiden, salvajes, y vaya a resucitar» •



# Francisco Solano López

## A 141 años de su muerte

POR LEÓN POMER

No llegó a vivir 44 años: había nacido el 24 de julio de 1826 y su muerte trágica ocurrió el 1° de marzo de 1870. Con apenas 19 años su padre, Carlos Antonio López, presidente del Paraguay, lo designa comandante del ejército que habrá de sumarse en la ciudad de Corrientes a Madariaga y al general Paz en la lucha contra Rosas. Cuatro años después, concuerda con Carlos Antonio: no habrá tratado alguno de navegación y comercio con Brasil hasta que no se resuelva el problema de límites. En 1853 se repite lo mismo: el diplomático brasileño Pereira Leal recibe la misma rotunda negativa. Los reclamos brasileños por límites son un hueso duro de roer. Francisco Solano viaja a Europa. En París conoce a Elisa Alicia Lynch, que será la compañera de su vida. Al año siguiente, cuando regresa del viejo mundo, su país está enfrentando dos situaciones conflictivas: ruidos de guerra con el Brasil y un serio incidente con los Estados Unidos. En 1855 los conflictos se agudizan: en marzo llega a Paraguay una flota brasileña compuesta por 20 cañoneras, 2000 tripulantes y 3000 hombres de desembarco. Francisco Solano es encargado de la defensa. El almirante brasileño Ferreira de Oliveira tiene orden de obtener la libre navegación del río Paraguay o emprenderla a cañonazos con sus 120 piezas de artillería. El cónsul francés en Montevideo notifica a su cancillería: «el error más grande de su gobierno (de Carlos Antonio López) es querer permanecer como dueño de su país» Y agrega: el imperio brasileño quiere «hacer del Paraguay lo que ha hecho de la Banda Oriental»: una especie de dependencia colonial. En ese clima de irrenunciable defensa de la soberanía y de tensiones bélicas se va forjando el carácter del joven Francisco Solano. Agréguese que en 1857 el presidente Buchanan de los Estados Unidos es autorizado por el congreso de su país a pedir satisfacciones al Paraguay por presuntos agravios al cónsul Hopkins. Dos años más tarde arriba a Asunción una poderosa flota norteamericana: 18 barcos de guerra, 191 cañones y 2400 soldados de desembarco. Intervienen como mediadores el general Guido y el propio Urquiza por la Confederación Argentina, y diplomáticos de Uruguay y Brasil. La sangre no llega al río, pero Solano, a cargo de la defensa, comienza a conocer de cerca el rostro de la guerra y

el costo de no inclinarse ante ciertas potencias y prepotencias. En el mismo 1859 será mediador entre la Confederación y Buenos Aires: logra que el 11 de noviembre firmen el pacto de San José de Flores. Al retornar a su país en la nave Tacuarí, esta es atacada en aguas jurisdiccionales argentinas por barcos de guerra ingleses. La inflexible defensa de la soberanía del país guaraní es insoportable para las grandes potencias y para el vecino e inquietante imperio brasileño: no es lo que se espera de ese pequeño y mediterráneo país, tan renuente a imitar conductas frecuentes en otros gobiernos de la región, escasamente celosos de la soberanía y la dignidad. El ultraje inglés a la Tacuarí y su ilustre pasajero es tomado con naturalidad por el gobierno de Mitre.

1860 se inicia con nuevas amenazas. El 2 de mayo el diario El Nacional de Buenos Aires promete que habiendo derrotado a la Confederación (lo que ocurrirá en el 61 en la batalla de Pavón obsequiada por Urquiza a Mitre,) en comunión con el Brasil habrá que ocuparse del «anómalo» gobierno de Carlos Antonio López: se hace necesario asegurar principios y libertades que nos garanticen contra gobiernos como el de Paraguay». El importante órgano de prensa porteño asegura que la única alianza que tendrá «objetos y fines de gran trascendencia» será la que «tienda a mejorar la actualidad» del país que Francisco Solano deberá gobernar a partir del 16 de octubre de 1862. Precisa-

mente en febrero de ese año, militares paraguayos desalojan tropas brasileñas de los fuertes Dourados y Miranda, instalados en territorios neutralizados. Dos días más tarde, en el Parlamento de Río de Janeiro el diputado Amado da Silveira pide la guerra contra los osados guaraníes. Francisco Solano, elegido primer mandatario a la muerte de su padre, es hombre de vasta cultura. El historiador Juan O'Leary le atribuye el dominio de francés, inglés, portugués, guaraní y latín. Su intimidad con los conflictos que debió enfrentar Carlos Antonio lo hacen un experto conocedor de la política internacional, y en primer lugar de las desavenencias con la burguesía porteña y el imperio del Brasil. No ignora los propósitos de sus vecinos, de que tuvo un anticipo cuando lo del Tacuarí; por si faltara claridad, el 10 de noviembre La Nación Argentina, vocero del mitrismo en Buenos Aires, anuncia que hay que «ensanchar» las nacionalidades americanas, ya sea por tratados o por anexión. El 22 del mismo mes Mitre reitera: «fomentar y consolidar la reconstrucción de las nacionalidades de América». Eufemismos que equivalen a «incorporar» el Paraguay por la fuerza a la nada consolidada unidad argentina. Las amenazas anuncian tempestades. En abril de 1863 comienza la rebelión del general Venancio Flores contra el gobierno legalmente constituido del Uruguay: la inspiración y apoyo del mitrismo es flagrante. La diplomacia

de Francisco Solano advierte reiterada e insistentemente que el Paraguay no permanecerá indiferente frente a la pérdida de la independencia oriental: sabe que se está gestando el cerco al Paraguay. En febrero de 1864 el gobierno guaraní decreta la conscripción general: la guerra es inminente. El 12 de noviembre rompe relaciones con Brasil y da comienzo a las operaciones militares. En diciembre tropas paraguayas parten hacia el Mato Grosso brasileiro, que ocupan parcialmente sin dificultad. El 1865 trae la ampliación del conflicto. El 5 de marzo un Congreso Extraordinario declara la guerra al gobierno fingidamente neutral que encabeza Mitre: el teniente Cipriano Ayala conducirá a Buenos Aires los pliegos de la declaración. Mitre presenta la invasión paraguaya a Corrientes, efectuada el 13 de abril, como un acto alevoso ejercido contra un gobierno devoto por la paz e inocente de toda inocencia: oculta la previa declaración de guerra.

El ejército paraguayo carece de material bélico moderno; sus oficiales están insuficientemente preparados para una guerra convencional. La Gran Bretaña, principal potencia de aquel tiempo, se ha negado a vender armas y navíos de guerra al gobierno de Solano. Pero el pueblo sabrá pelear con un denuedo que dejará perplejos a los aliados (Brasil, Argentina y Uruguay) y al duque de Caxias, comandante de las tropas imperiales. El 16 de abril de 1866 los ejércitos de la Triple Alianza ingresan en el Paraguay y en setiembre López se entrevista con Mitre en Yataity-Corá y propone algún arreglo que conduzca la paz. Mitre se muestra irreductible: Francisco Solano debe ser eliminado y destruido ese singular Paraguay que se ha venido enfrentando de igual a igual con poderes muy superiores al suyo (por lo menos en términos militares) en defensa de su autonomía y su voluntad de decidir por sí mismo. Cinco años de guerra la más cruenta hasta entonces conocida en las latitudes de América del Sur termina con la resistencia guaraní, simplemente porque casi acaba con el pueblo paraguayo. Espada en mano y totalmente desprotegido muere Solano López a manos de una patrulla brasilera. Toda guerra de conquista es un crimen perverso, aquella lo fue en grado mayor. Francisco Solano fue el símbolo de un pueblo que luchó por lo suyo hasta la muerte. Aquí no hubo retórica •



# SARMIENTO

## ¿Civilizado o Bárbaro?

POR NORBERTO GALASSO

A través de su vida política, de sus luchas y escritos periodísticos, de sus obras literarias y de su correspondencia, hay varios Sarmientos que difícilmente puedan identificarse y valorarse de una sola manera. El más conocido es el Sarmiento Ideólogo, que ofrece a sus contemporáneos un cuerpo de ideas, centrado en la alternativa «civilización o barbarie» que conforma el pensamiento más representativo de la clase dominante, durante largo tiempo. Más allá de que Sarmiento haya sido consciente o no, él entrega a la clase do-

minante una herramienta ideológica poderosísima para hegemonizar al resto del país, especialmente a la clase media.

En este sentido, sin ninguna duda, es un reaccionario, porque esa concepción permite legitimar el orden semicolonial. Si nosotros somos «bárbaros» y «la civilización» está en Europa, «civilizarse» consiste en «europeizarse», es decir, en desnacionalizarse, en renegar de lo propio. Esto se manifiesta en la justificación del exterminio del indio y del gaucho, en el olvido de la cultura nacional, en el antilatinoamericanismo, inclusive en la discriminación racial.

Ello explica la condena desde un revisionismo nacional y popular.

Pero, a su vez, Sarmiento fue uno de los principales propulsores de la enseñanza laica, obligatoria y gratuita (ley 1.420), lo cual provocó la crítica de los sectores confesionales. Las bombas de alquitrán con que «festejaban» el 11 de septiembre los sectores del nacionalismo clerical haciendo puntería en los bustos de Sarmiento no son una crítica a «civilización o barbarie» sino que expresan la defensa de la religión, el oscurantismo contra la ciencia y la enseñanza privada. Este aspecto

de Sarmiento debe rescatarse pues fue una de sus luchas más encarnizadas.

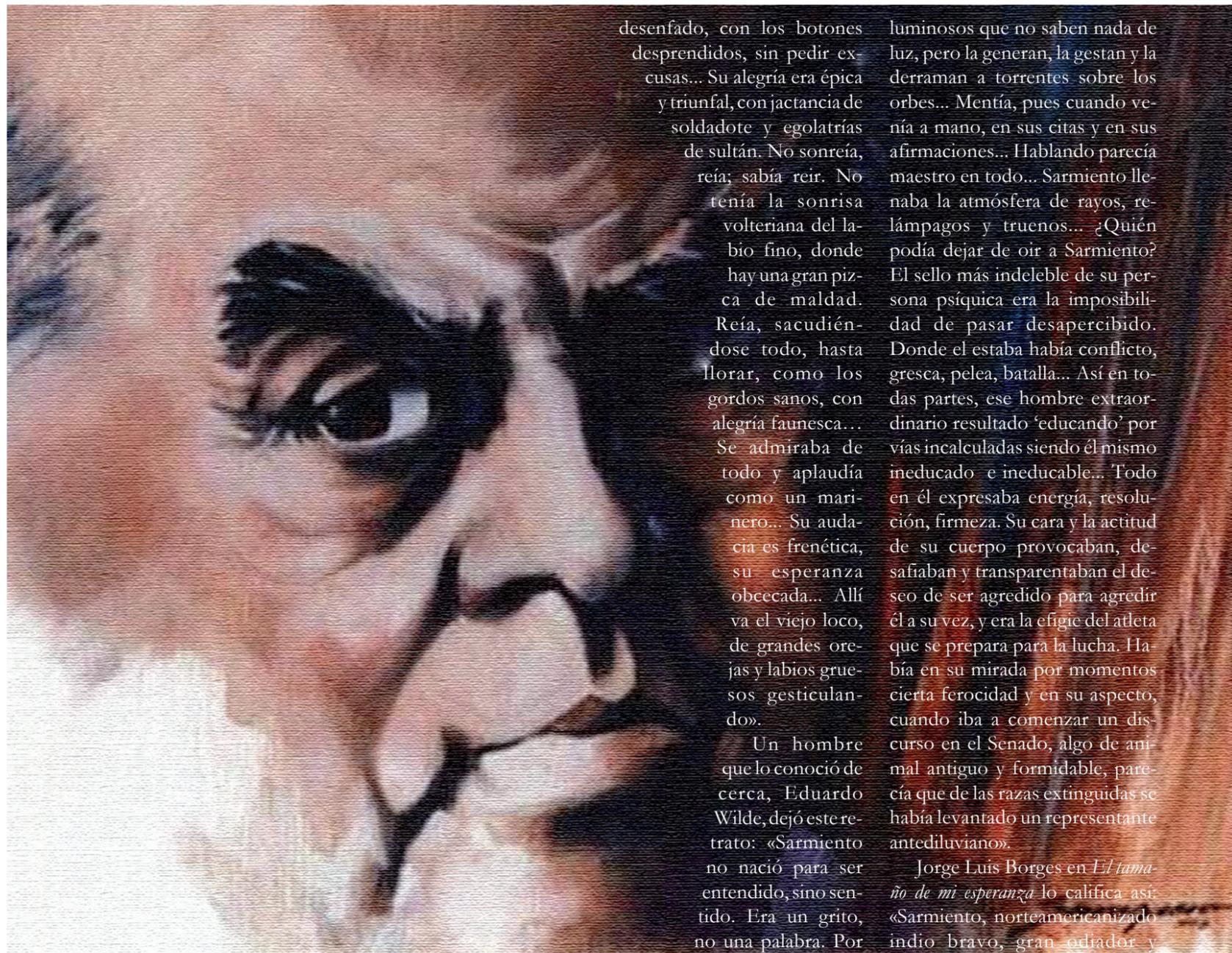
El revisionismo federal-provinciano critica a Sarmiento no sólo por su concepción de «civilización o barbarie», sino también por su apoyo a Mitre durante cierta época y al mismo tiempo lo reivindica, por su defensa de la ley laica de enseñanza, pero además aporta algo nuevo, reivindica parcialmente el gobierno de Sarmiento, que fue hostigado permanentemente por el mitrismo oligárquico, así como algunas de sus rectificaciones dadas en el libro *La condición del extranjero de en América* •

# Algunas miradas sobre Domingo Faustino Sarmiento

POR NORBERTO GALASSO

En las escuelas se ha creado la imagen de un Sarmiento educado, bien hablado, correcto en sus modales, ejemplar en su conducta, el modelo que habrían de imitar los alumnos para comportarse debidamente y recibir los plácemes de sus maestros. Sin embargo, son demasiados los hechos que lo muestran a Sarmiento no como el gran «civilizado», sino por el contrario como expresión de aquella «barbarie» que él mismo fustigaba. Veamos, por ejemplo, esta descripción de Sarmiento debida a la pluma de Octavio Amadeo, en su libro *Vidas Argentinas*.

«Pertenece a una clase media, pobre, ambiciosa y rutinera, pesada y lenta como una carreta... No sentía el ridículo que paraliza a los débiles. No era puro como Belgrano y San Martín. Cuando faenaba, se metía en el barro hasta las rodillas y los codos, pero era el barro noble de los constructores. Era ejecutivo y feroz frente a la anarquía. No participó en la ejecución del Chacho, pero lo hubiera hecho con placer... A veces, en la exaltación de la polémica, las altas horas lo encuentran escribiendo, lanza carcajadas, golpea y grita. Está dando a luz los hijos de su espíritu... Fue un hombre 'humano', de 'humus' tierra, producción ingenua y fuerte de la tierra madre, pero producción violenta y catastrófica, porque él era sin duda de formación volcánica... No vivió en la torre de marfil, que sólo conviene a los poetas... La polémica era para él una necesidad, una fiesta, era su gimnasia sueca, le hacía circular la sangre... Sarmiento era el reverso de un místico, quería ver y tocar. En este sentido, era un sensual. Las ideas para él, tenían uñas y pelos y dientes. El peleaba por una idea o contra una idea, materialmente, como un boxeador... Era jactancioso y provocativo, sacaba la



lengua y se golpeaba la boca, lanzaba su mala palabra y se ponía su penacho de piel roja, con cascabeles y plumas, carnavalesco y sublime, como un capitán de Troya. Contribuía a cimentar la fama de su desequilibrio, su popular vanidad. Tenía una vanidad proverbial y candorosa... Su aspecto es plutónico, parece que hubiera brotado de alguna rajadura de la tierra. Tiene planta de jornalero, manos rudas, media estatura, cargado de hombros, pero es calvo y este rasgo desorienta, no es jornalero. Moreno, simiesco por los ojos juntos, a veces sus pupilas estrábicas

se unifican y aparece el cíclope. Cara arrugada, voz pastosa, gesto de rumiante... Su cara y su cuerpo son simiescos y faunescos. No es difícil imaginarlo desprendiéndose de los árboles para cometer violencias en la selva. No era lo que se llama un hombre bien educado. Las gentes bien educadas son muy agradables, pero no siempre hacen grandes cosas. Es rústico en la mesa, pero de exquisita sobremesa... Su franqueza es agresiva, su sinceridad insolente. Cuando le sube su noble cólera sanguínea, el gran viejo regañón usa con frecuencia la interjección nacional. Habla con

desenfado, con los botones desprendidos, sin pedir excusas... Su alegría era épica y triunfal, con jactancia de soldadote y egolatrías de sultán. No sonreía, reía; sabía reír. No tenía la sonrisa volteriana del labio fino, donde hay una gran pizca de maldad. Reía, sacudiéndose todo, hasta llorar, como los gordos sanos, con alegría faunesca... Se admiraba de todo y aplaudía como un marinero... Su audacia es frenética, su esperanza obcecada... Allí va el viejo loco, de grandes orejas y labios gruesos gesticulando».

Un hombre que lo conoció de cerca, Eduardo Wilde, dejó este retrato: «Sarmiento no nació para ser entendido, sino sentido. Era un grito, no una palabra. Por

eso pudo hacer lo que fluía netamente de su estructura: enseñar métodos de educación siendo el ser más anti metódico que haya existido, precisamente por cuanto su talento tenía vetas de genio y los genios no obedecen a los reglamentos. El enseñaba hasta lo que no sabía porque lo evocaba y hacía nacer en su auditorio, con su gesto, con una interjección Propiamente las masas de ideas que poblaban la cabeza de Sarmiento no podían llamarse conocimientos, sabidurías, él no sabía nada porque nada había aprendido: el había producido por sí mismo su dotación de nociones, casi en la totalidad de su extensión y procedía como los astros

luminosos que no saben nada de luz, pero la generan, la gestan y la derraman a torrentes sobre los orbes... Mentía, pues cuando venía a mano, en sus citas y en sus afirmaciones... Hablando parecía maestro en todo... Sarmiento llenaba la atmósfera de rayos, relámpagos y truenos... ¿Quién podía dejar de oír a Sarmiento? El sello más indeleble de su persona psíquica era la imposibilidad de pasar desapercibido. Donde el estaba había conflicto, gresca, pelea, batalla... Así en todas partes, ese hombre extraordinario resultado 'educando' por vías incalculadas siendo él mismo ineducado e ineducable... Todo en él expresaba energía, resolución, firmeza. Su cara y la actitud de su cuerpo provocaban, desafiaban y transparentaban el deseo de ser agredido para agredir él a su vez, y era la efigie del atleta que se prepara para la lucha. Había en su mirada por momentos cierta ferocidad y en su aspecto, cuando iba a comenzar un discurso en el Senado, algo de animal antiguo y formidable, parecía que de las razas extinguidas se había levantado un representante antediluviano».

Jorge Luis Borges en *El tamaño de mi esperanza* lo califica así: «Sarmiento, norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo, nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura y que espera milagros de ella».

Por su parte, Arturo Jauretche lo considera «un Facundo que agarra pa' los libros... temperamento apasionado y combativo, un bárbaro, un primitivo, su retrato de Facundo es, casi, un autorretrato. Tiene tal apuro por hacer el país y lo quiere hacer fácil. Quiere evitar las dificultades que impone la realidad. Es una puerilidad de niños que están jugando a la historia y lógicamente los ayudan los grandes que tienen intereses en que esa historia se juegue: ahí esta la mano del extranjero» •

# LA presidencia DE SARMIENTO

POR N.G.

Más allá de lo que afirman los simplificadores de la historia, cualquier biografía más o menos seria del sanjuanino demuestra que durante su presidencia tuvo un gran enemigo: el mitrismo. En este sentido, la carta de Sarmiento a su amigo Posse es contundente: «Mitre da el ejemplo. Ha votado en contra en doscientas votaciones».

El proyecto de Mitre siempre fue porteño y probritánico: los ferrocarriles en abanico hacia el puerto, los Bancos ingleses en Buenos Aires, dar la espalda a Latinoamérica, liquidar la resistencia de los caudillos federales del Interior. En esa época, el Sarmiento a quien calificaban de «alquilón» de Buenos Aires, colaboró con el mitrismo. Sin embargo, Sarmiento presidente desarrolla una política que, más allá de limitaciones y errores, intenta favorecer al Interior cumpliendo su lema «provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias», contrapuesta a los intereses de la emergente oligarquía mitrista.

En materia agropecuaria, por ejemplo, promueve la multiplicación de pequeños productores realizando una interesante experiencia en la zona de Chivilcoy, que aspira a extender a otras zonas del país aunque no puede lograrlo. En una oportunidad había dicho: «¿cuál era el secreto de la riqueza de Nicolás Anchorena? Acumular tierras gracias a las influencias políticas. ¿Por qué Juan Bautista Peña ocupa tan altos puestos pese a sus pocas luces? Porque las vacas dirigen la política argentina».

Félix Weinberg refiere que «Sarmiento

confesó con dolor que fueron las leyes agrarias en las que fue, sin atenuación, derrotado y vencido por las resistencias, no obstante que a ningún otro asunto consagró mayor estudio». Agrega Weinberg que Sarmiento enfrentó a la oligarquía argentina, expresión social del señorío de la tierra. La atacó con dureza por pretender frenar el progreso y perpetuar el estatus del país pastor. Gritó airado su protesta contra lo que él llamó «la política de las vacas» y lo dijo categóricamente: «Las vacas dirigen la política argentina». En otra ocasión, habló de «una aristocracia con olor a bosta». El Senado, con el mitrismo a la cabeza, frustró sus mejores proyectos, nacidos probablemente de su estadía en Estados Unidos donde había observado el papel progresivo del «farmer» norteamericano. Años después, desde «El Censor», el san-juanino lanza una fuerte crítica a los hacendados, con nombre y apellido: «No quieren saber nada de derechos, ni impuestos a la hacienda. Quieren que el gobierno, quieren que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, los Unzué, los Pereyra, los Luro, los Duggan, los Cano, los Leloir y a todos los millonarios que pasan su vida mirando como paren las vacas».

Otra disidencia con el mitrismo reside en el interés de Sarmiento por impulsar la minería, actividad que no encaja en la división internacional del trabajo que la oligarquía ha pactado con el Imperio Británico: «Las minas son una realidad, como en California... Ayúdeme en las

minas y enriquezco la república. Lo digo para mostrarle que Dios da bizcochos al que no tiene muelas». Esta propuesta, lanzada a Mitre, demuestra cierta ingenuidad por parte del sanjuanino pues Don Bartolo era el menos interesado en esos proyectos.

Sin embargo, el sanjuanino practica una política libreimportadora que invalida su intento de desarrollar a las provincias del Interior. Por el contrario, su preocupación por desarrollar ferrocarriles en las zonas que no interesan a las empresas inglesas (por ejemplo, el trasandino y la línea ferroviaria Córdoba-Tucumán) son expresiones de política nacional integradora.

Otras expresiones de su propósito de unificar a la Argentina son el tendido de líneas telegráficas y la construcción de escuelas en el interior del país, así como también la Exposición Industrial realizada en Córdoba en 1871, el Censo Nacional de 1869 y la creación del Observatorio de Astronomía. El matutino «La Nación» lo fustiga diariamente y él se

cruza en fuertes polémicas con sus amigos de otros tiempos. A tal

punto llega este enfrentamiento que Mitre se levanta en armas, en 1874, contra su antiguo amigo para impedir que pueda consagrar presidente a otro hombre del Interior: Nicolás Avellaneda, que venía de ser ministro de educación del sanjuanino.

Asimismo, en el Sarmiento de sus últimos años corresponde rescatar su autocrítica parcial con respecto a civilización o barbarie, cuando emite juicios descalificatorios respecto a la inmigración, en su escasamente conocido *La condición del extranjero en América*: «¿Qué influencia moral, industrial o política ejercerán estas razas si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano?... Vale la pena que nuestro congreso dicte leyes para evitar estos conflictos, nacidos de la indiferencia pública sobre el espíritu de extranjerismo, que se va radicando de tal manera que mañana tendremos que decir, cuando se nos pregunte: - ¿Quién es usted? - Con perdón de usted, argentino» •



“Ante todo, el nombre de Sarmiento representa una reacción contra Mitre. En las provincias, Mitre es odiado. No por su persona, cuyos méritos, generalmente, se reconocen, sino porque, para los provincianos, él y su candidato Elizalde son expresión del porteñismo prepotente, aristocrático, intelectual y europeizante y desdeñoso de las provincias. Ven a Mitre como a un unitario y los hombres de las provincias, aún los que militan en el Partido Liberal, son federales... (En cambio) Sarmiento es provinciano, fuertemente provinciano por su espíritu. Rawson y Elizalde (ministros de Mitre) representan la cultura universitaria, la instrucción para los hijos de los ricos. Sarmiento representa la educación popular, la posibilidad para los hijos de familias modestas y aún, de cambiar de situación. Será Sarmiento loco, peleador, poco serio y hasta ridículo, pero se mueve prodigiosamente, tiene proyectos a millares, ideas prácticas para prestarles a los Rawson y Elizalde y piensa en la instrucción y en el mejoramiento del pueblo”

Manuel Gálvez  
Vida de Sarmiento

# Sarmiento y la Guerra del Paraguay

Entrevista con León Pomer, historiador y ensayista que ha investigado profundamente en los grandes temas de nuestra historia, especialmente acerca de la llamada Guerra de la Triple Alianza sobre la cual publicó excelentes obras, entre otras: *La Guerra del Paraguay: estado, política y negocios*; *Proceso a la Guerra del Paraguay*, y *La Guerra del Paraguay*.



**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** ¿Cuál fue la posición de Sarmiento respecto a la guerra del Paraguay y en general sobre Solano López y los paraguayos?

**LEÓN POMER:** Cinco años antes del comienzo de la guerra de la Triple Alianza, Sarmiento comienza a predicar en el diario *El Nacional* la cruzada contra el gobierno paraguayo, entonces a cargo de Carlos Antonio López: «tenemos fe, escribía, que ha de llegar el momento en que los países vecinos a la desgraciada población del Paraguay han de intervenir para mejorar las condiciones del gobierno tan anómalo...» Sarmiento consideraba entonces (24/5/1860) que resuelto favorablemente «el gran problema argentino» (léase: dominación por la burguesía porteña del entero territorio argentino), los «intereses comunes entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Brasil» darían cuenta del problema. La participación de Sarmiento en la campaña periodística preparatoria de la guerra de la Triple Alianza, inmediatamente anterior a la misma, fue muy importante. Cuando la guerra demostró el extraordinario denuedo del pueblo guaraní en la defensa de su patria, Sarmiento no ahorró exhortaciones crueles: la tierra debía ser purgada

de semejante canalla por debajo de lo humano. Esa era su opinión sobre Solano López.

**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** Sin embargo, Sarmiento reconoce la heroicidad de los chicos paraguayos en el frente de batalla...

**LEÓN POMER:** Conjeturo que la muerte de Dominguito debió haberlo ablandado. Además en su obra no faltan muestras de respeto y hasta admiración por personas de origen humilde. El dolor y el heroísmo podían conmoverlo cuando la ideología no gobernaba sus sentimientos.

**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** ¿Gran Bretaña otorgó préstamos para continuar la guerra durante la presidencia de Sarmiento?

**LEÓN POMER:** En 1868, entre el final de la presidencia de Mitre y el comienzo de la de Sarmiento, el banco inglés Baring coloca en la Gran Bretaña un empréstito de 1.982.000 libras esterlinas, al 72 y 1/2%. O sea, que la suma realmente recibida y disponible para ser gastada por Sarmiento es la indicada menos el porcentaje apuntado (comisiones, gastos deducidos del principal, etc) Hacia 1870, finalizando la guerra, llegan de Londres 1.034.700 libras esterlinas destinadas a la provincia de Buenos Aires, y un año después el gobierno nacional recibe la



suma más importante hasta entonces contratada en la city londinense: 6.122.400 libras. Había que pagar las deudas de la guerra.

**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** ¿De qué manera incide la muerte de su hijo Dominguito, provocada durante la batalla de Curupayti, de la cual se critica a Mitre por su impericia militar, en la relación entre ambos?

**LEÓN POMER:** Pese al golpe que representó la muerte de su hijo, Sarmiento no vaciló en la tarea de finalizar la guerra con la completa destrucción de Paraguay. La crítica al saber guerrero de Mitre estaba plenamente justificada: jamás ganó una batalla, incluyendo la «victoria» de Pavón que le obsequió Urquiza en 1861.

**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** La política exterior basada en «la guerra no da derechos» ¿evidencia alguna retractación de Sarmiento acerca de la guerra? ¿Por qué no logra sostenerla y cuál es, en definitiva, el territorio anexado a la Argentina?

**LEÓN POMER:** No hay retractación: hay recelo que Brasil se quede con el entero Paraguay. Ni Estados Unidos ni Inglaterra favorecían la desaparición del Paraguay y el fortalecimiento del imperio brasilero. La Argentina se anexó la provincia de Formosa y pretendió una parte considerable del Chaco paraguayo: un laudo del presidente Hayes de los Estados Unidos impidió que esto último ocurriera.

**CRONISTA DEL BICENTENARIO:** ¿Cuál es la razón por la cual Sarmiento se radica en el Paraguay - donde fallece- y cuál, la reacción del pueblo paraguayo ante esta actitud?

**LEÓN POMER:** No se radica. Va en busca de una mejora en la salud. Lo que la ciencia médica de la época no podía realizar tal vez el clima (se creía en aquel tiempo) podría suplirlo. No hubo reacción alguna del devastado pueblo guaraní. El gobierno liberal distaba de querer hostilizar a don Domingo •



# Nicolás Avellaneda:

## un presidente vacilante

POR MARA ESPASANDE

En términos generales la historiografía argentina suele denominar las Presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda como la etapa de las «Presidencias liberales» o de «La organización nacional». Se minimizan así, los conflictos políticos y económicos de esta época, que lejos de no presentar sobresaltos, está impregnada de debates y enfrentamientos profundos sobre los proyectos de país en pugna.

El gabinete de Avellaneda en una primera instancia tiene una fuerte presencia del autonomismo, lo cual explica el enfrentamiento con el mitrismo: Alsina como ministro de Guerra y Mariano Acosta como Vicepresidente, son prueba suficiente de esto. Sin embargo, las tensiones internas, las concesiones y negociaciones de este gobierno son permanentes. Si analizamos la sucesión de los ministros de Hacienda podemos observar esta tendencia: en 1874 Santiago Cortínez es reemplazado por Lucas González, hombre ligado al capital inglés. Con la llegada de

Norberto de la Riestra en 1876 se profundiza esta línea política ya que era uno de los representantes más destacados de los intereses británicos en el Río de la Plata.

En este marco, se desarrolla un conflicto que pone en riesgo la soberanía nacional y territorial de nuestro país. En Rosario se había instalado el Banco de Londres y Río de la Plata, que por contar con autorización para la emisión de moneda, exige poseer el monopolio de esta función.

El gobernador Bayo sale en defensa del Banco de la Provincia y envía a detener al gerente del Banco inglés. Las repercusiones políticas son inmediatas. Avellaneda respalda al gobernador, pero el cónsul inglés amenaza con enviar a la cañonera británica «Beacon» para que navegue por el Paraná rumbo al norte e intervenga en la disputa.

El conflicto diplomático se profundiza hasta que el canciller argentino B. de Irigoyen recibe al cónsul inglés acompa-

ñado del asesor legal del Banco: nada menos que el Dr. Manuel Quintana, quien en ese momento se desempeñaba como Senador de la Nación. Menuda contradicción la del futuro presidente de los argentinos, defendiendo los intereses británicos y amenazando a la Nación con la intervención militar. Tal fue el escándalo que -según palabras de Estanislao Zeballos en el Congreso- el canciller argentino se negó a continuar con la reunión hasta que Quintana se retirara, ya que no concebía que un argentino se encontrara negociando a favor de otro país.

El problema se resuelve tiempo después cuando llega un enviado de la casa matriz y se reabre el Banco inglés en Rosario, pero sin la potestad de emitir moneda. Este triste acontecimiento es tal vez, presagio del futuro semicolonial de nuestro país. Por eso no constituye una anécdota aislada, sino que refleja el conflicto principal de aquel entonces. El avance del libre comercio y la presencia del capital extranjero eran evidentes. Pero a pesar de la represión del interior y la destrucción del Paraguay, seguían existiendo grupos disidentes a esta política económica. El debate estaba abierto:

este clima de participación y discusión pública puede observarse, por ejemplo, en la prensa escrita de la época donde se siguen las acaloradas discusiones en el Congreso de la Nación.

Algunos diputados levantaban sus voces contra la política que había producido un incremento estrepitoso de las importaciones (de 22 millones de pesos fuertes en 1861 a 73 millones hacia 1873). Vicente Fidel López y Carlos Pellegrini son algunos de los críticos del librecambismo expresado en la figura de Norberto de La Riestra: «*se quiere proteger a industrias exóticas que nunca progresarán aquí por medios artificiales*». Con argumentos simples pero contundentes responden «*¿Qué me importa a mí que un producto sea barato, si no tengo capital efectivo para comprarlo?*».

El debate abierto en 1809 se presenta con toda claridad en estos años. Triunfa entonces, el proteccionismo y De la Riestra renuncia. Pero las inversiones inglesas producidas durante el gobierno de Mitre resultan irreversibles y no se podrá evitar que la Argentina se convierta por muchos años en la «granja de las grandes naciones manufactureras» tal como advertía Carlos Pellegrini en el Congreso •

# Julio A. Roca y la Conquista del Desierto

POR JUAN CARLOS JARA

La llamada conquista del desierto —así como la significación política del roquismo en toda su complejidad— constituye uno de los momentos más controvertidos de la historia argentina del siglo XIX.

Hoy en día resulta difícil adherir a la idea de la heroica gesta de la civilización blanca contra la barbarie irredimible de «*las razas inferiores*», muy presente durante otros años y que puede sintetizarse en esta sentencia de Arturo Capdevila: «*La República Argentina no pudo hacer sino lo que hizo: tomar posesión de esas tierras por la sencilla razón de que eran suyas. El indio que nos tocara en suerte no constituía más que ganado humano: las cosas por sus nombres.*»

A esa «*leyenda rosa*» que glorifica «la conquista» viendo la eliminación aborigen como una empresa guerrera poco menos que homérica en la lucha por extirpar de las pampas la rémora de la barbarie, opondrán historiadores posteriores una percepción diametralmente inversa.

Según esta que llamaremos «*leyenda negra*» —predominante en los días que corren—, la acción de Roca consistió lisa y llanamente en un atroz genocidio cuyo objetivo primordial habría sido la implantación de inmensos latifundios en las quince o veinte mil leguas otrora ocupadas por las tolderías indígenas.

Matizando la cuestión podemos hacer algunas salvedades a esta última concepción (dado que la «*leyenda rosa*» se condena por sí misma).

En primer lugar, hablar de genocidio y atribuírselo exclusivamente al general Roca es por lo menos una exageración que falsea notoriamente la realidad. La llamada «*guerra contra el infiel*» fue ni más ni menos que eso: una

guerra, una brutal y larga guerra iniciada en tiempos de Martín Rodríguez, continuada por Rosas —quien alternó, en su estrategia, diplomacia y guerra a muerte—, proseguida por Mitre, con su habitual impericia militar, y culminada, entre 1879 y 1882, por la más célebre incursión roquista.

Según el antropólogo Carlos Martínez Sarasola («*Nuestros paisanos los indios*», Emecé, 1992) en ese lapso de más de seis décadas los indios sufrieron 7.500 bajas pero a su vez, en malones y enfrentamientos diversos, se cobraron la vida de 3.200 criollos. Solamente en los pagos de Azul, durante la Invasión Grande de Calfucurá, en 1875, fueron ultimados o cautivados (es decir,

tomados como esclavos) cerca de mil pobladores.

Como bien apunta el historiador cordobés Roberto Ferrero, «*los malones no eran tácticas defensivas contra los blancos 'invasores', sino verdaderas expediciones para capturar botín, al estilo de vikingos terrestres, mitad piratas y mitad comerciantes, botines que eran negociados en Chile, cuyas autoridades fogueaban estos malones para debilitar al gobierno argentino y quedarse con la Patagonia*». Esa participación de las lanzas indígenas en las luchas civiles o interestatales de los «*huincas*» fue moneda corriente en la época. Por otra parte, no se puede dejar de lado el interés británico que, desde antiguo, propiciaba el desgajamiento del territorio nacional de la rica re-

gión patagónica. Rivadavia y Sarmiento habían dicho que el mal que aquejaba a la Argentina era la extensión y Mitre, en 1856, había sido propiciador frustrado de una «*República del Río de la Plata*» desgajada del tronco nacional.

Roca, al frente del nuevo ejército nacional, va a romper con esa política de empequeñecimiento territorial llevada adelante por directoriales y unitarios. Alguien que lo vio con claridad fue Arturo Jauretche, ensayista más citado que leído en los últimos tiempos: «*La gravitación ejercida por el ejército trae de nuevo una preocupación de Política nacional incompleta y parcial, pero que es ya algo: la preocupación de las fronteras. La conquista del desierto, la*



*integración de la Patagonia, la formación de la marina, las contingencias limítrofes con Chile y la ocupación militar de los Chacos y Formosa aseguran los límites a que nos ha reclinado la 'victoria' de Caseros*» («*Ejército y Política*», 1958).

La campaña de Roca implicará la ocupación definitiva de la Patagonia y la definición de la frontera con Chile. «*La extensión dice el mismo Jauretche: vuelve a formar parte de la Política Nacional*».

Recaltar la trascendencia geopolítica de esa estrategia de expansión de la soberanía territorial no oculta ni justifica la drástica crueldad con que fue llevada a cabo. ¿No se pudo hacer sino lo que se hizo, como apuntaba Capdevila? ¿Qué hubiera pasado si se intentaba el camino de la integración como algunas, pocas, voces sugerían? Contestar esas preguntas sería ingresar en un terreno poco amigable para el historiador, que se maneja exclusivamente con la materia de lo que ocurrió y no de lo que pudo haber ocurrido.

Lo concreto es que hay otro protagonista, a menudo olvidado, de este drama, al que también se condenó a la marginalidad y el exterminio. De él, de ellos, dijo el Comandante Prado, uno de sus jefes: «*¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y mas tarde cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron —siquiera en el estercolero del hospital— rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo*».

Esa olvidada tropa gaucha, mezclada su sangre con la de indios e inmigrantes, conforma el tronco originario del pueblo argentino actual. No nos conviene olvidarlo •



# La **insurrección mitrista** de 1874

## El fracaso de Mitre y el ascenso de Roca

POR GERMÁN IBÁÑEZ

En la década de 1870 se van realineando las fuerzas políticas y sociales de la Argentina, luego de la hecatombe de la Guerra de la Triple Alianza y del vasto ciclo de enfrentamientos armados en el Interior del país. En 1874 se acaba el mandato presidencial de Domingo Sarmiento y Bartolomé Mitre aspira a volver a la primera magistratura. Detrás de él se ordenan los intereses de la oligarquía porteña, responsable y beneficiaria de la sangría popular de los años anteriores. También se perfila la figura de Adolfo Alsina, jefe del autonomismo bonaerense y partidario de una política de integración de más alto vuelo que la del exclusivismo porteño. Pero será el tucumano Nicolás Avellaneda, ex ministro de Instrucción Pública de Sarmiento quien está en mejor condición para la sucesión presidencial. Avellaneda tiene el apoyo de la mayoría

de los gobiernos provinciales, así como de los sectores más progresistas del autonomismo bonaerense.

Cuando Alsina se decide a apoyar la candidatura de Avellaneda la balanza se inclina ya decididamente a favor del tucumano.

El partido del exclusivismo porteño no aceptó el resultado de las elecciones, que consagraban presidente a Nicolás Avellaneda, y comenzó una serie de movimientos facciosos. El propio Bartolomé Mitre encabezó una expedición armada en la provincia de Buenos Aires. El resultado fue desfavorable para los insurrectos; aunque Mitre estaba acompañado por un importante contingente armado, fue rodeado en La Verde por tropas numéricamente inferiores al mando del comandante Arias, y tuvo que rendirse. Pero sin duda, el desafío armado más importante lo protagonizó un viejo colaborador de

Mitre, el general Arredondo, levantándose en las provincias cuyanas. Lo enfrentará un oficial y político en ascenso: Julio Roca, quien tenía relación de amistad con Arredondo. La política los había distanciado, y ya Roca se destacaba al servicio de las nuevas fuerzas políticas que se reacomodaban recogiendo intereses de las burguesías del Interior y del viejo cauce federal. Julio Roca había prestado un servicio importante al gobierno de Sarmiento derrotando al caudillo entrerriano López Jordán. Ahora la solución de fuerza volvía a estar en sus manos, al combatir al mitrismo lanzado a la sedición.

Arredondo se había posesionado de la Provincia de Mendoza, y se fortificó en el sitio de Santa Rosa, donde esperaba a las fuerzas nacionales. Después de alguna escaramuza, Roca inició un parlamento (con el respaldo que le brinda la noticia de

la derrota de Mitre); Arredondo rechaza el convite desdeñosamente aludiendo a una derrota de Roca en Cepeda, a lo cual el representante de las fuerzas nacionales contesta recordando el pasado de Arredondo como «sargento» de Oribe. En este episodio quedaba claro que persistían las huellas de las guerras civiles en los nuevos alineamientos políticos. Las tropas nacionales logran burlar las fortificaciones y se acercan al campamento de los insurrectos. Las fuerzas de Arredondo serán derrotadas en la batalla de Santa Rosa a manos de las tropas comandadas por Roca, sellándose el ascenso a la presidencia de Nicolás Avellaneda. La batalla de Santa Rosa también fue un momento importante en la trayectoria política de Julio Roca, pues será ascendido a general a raíz de esta acción militar (tenía 31 años), y pronto se destacaría como un político avezado •

# 3.000 muertos en 1880

POR MAXIMILIANO MOLOCZNICK

La oligarquía argentina se constituye como clase dominante en el siglo XIX en base a dos genocidios: el de los gauchos y el de los pueblos originarios.

Sin embargo, la Historia Social -versión pulida y modernizada del viejo mitrismo- ha puesto siempre su foco en Roca y ha filiado el nacimiento de la oligarquía en 1880.

José Luis Romero -la pluma más versada de esta corriente- ha presentado al gobierno de Mitre como un dechado de virtudes, una presidencia que buscaba institucionalizar el país, plena de republicanismo y dotada de un proyecto modernizador. Para ello elige olvidar la liquidación de los gauchos de las provincias federales, la miseria que dejó en el interior la política librecambista de Buenos Aires y los miles de «montoneros» pasados a degüello en muy poco tiempo.

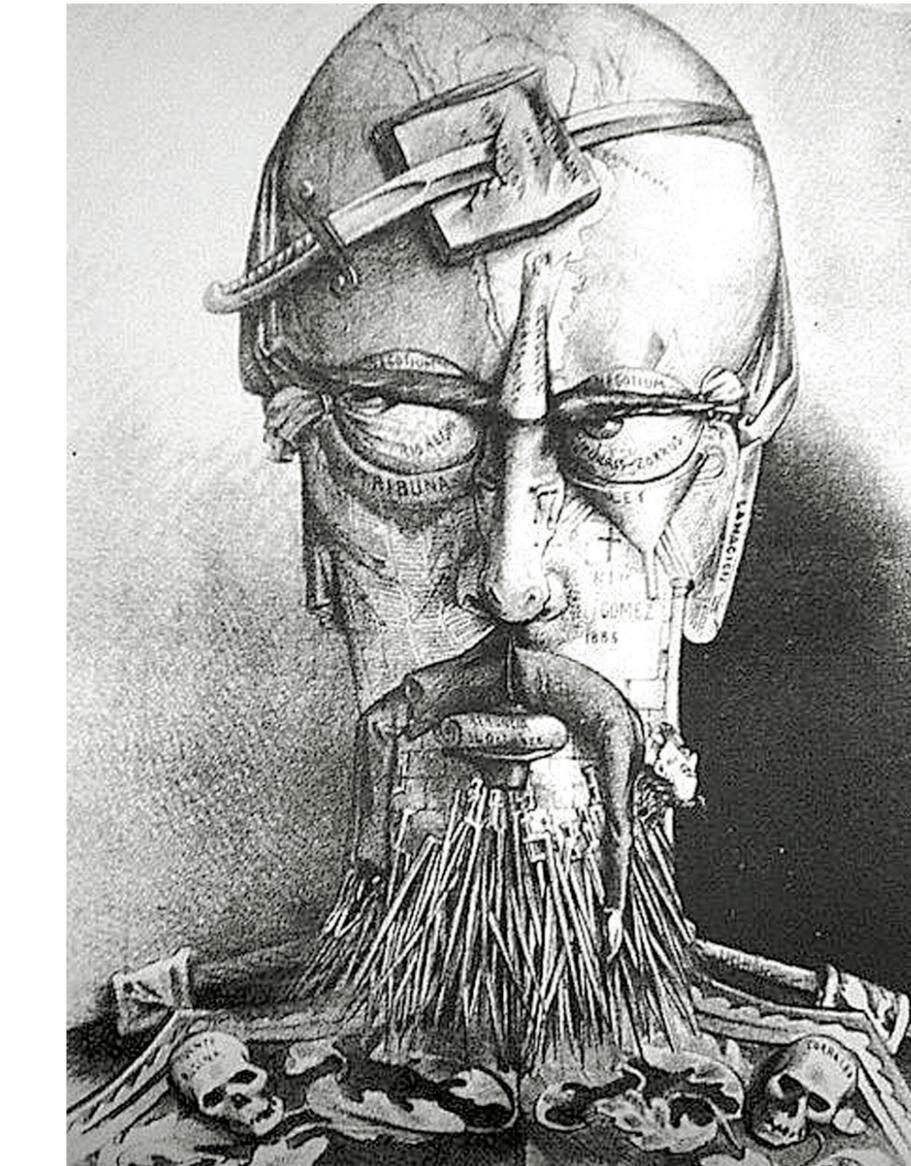
Todos estos «detalles» son pasados por alto para decir que al haber asumido Roca la presidencia tras la mal llamada «conquista del desierto», allí debemos visualizar el nacimiento de la oligarquía.

Tampoco podemos hacer apologías sin mediaciones de la figura de Roca. Flaco favor le haríamos a la causa de los derechos humanos si le quitamos la responsabilidad histórica del genocidio de los pueblos originarios o si contribuimos a invisibilizar el justo reclamo que hoy portan.

Ahora bien, ¿no es muy simplista afirmar que el reparto de tierras entre los soldados veteranos de Roca que luego se mal vendían a agentes de las compañías extranjeras constituye una política oligárquica? Claro, es mucho más sencillo eso que decir que la verdadera oligarquía era la oligarquía terrateniente de Buenos Aires, consolidada desde la enfiteusis rivadaviana, ampliada en su campo de acción por Rosas y totalmente legitimada por los gobiernos liberales subsiguientes.

Este análisis -insisto- no implica tampoco negar los límites objetivos del roquismo ni atribuirle posturas antiimperialistas que no tuvo, pero sí poner en el eje de la discusión el hecho innegable de que, en 1880, el roquismo tiene una base social popular, con improntas federales que se oponen a la oligarquía porteña. Esta lo único que quiere es seguir monopolizando las rentas de la Aduana y seguir negándose a la federalización de Buenos Aires. Para ampliar esta polémica, nos será muy útil revisar brevemente los hechos que llevaron a Roca a la presidencia prestando atención a las fuerzas sociales en pugna.

El gobierno de Avellaneda se encontraba, en 1879, en un callejón sin salida. Habiendo optado -equivocadamente- por una errónea política de conciliación con el mitrismo -expresión política de la oligar-



quía porteña- éste acabó rodeando su gobierno y teniéndolo maniatado.

En ese año, tejedoristas y mitristas ganan las elecciones en la provincia de Buenos Aires, luego anuladas por la Cámara de Diputados que le otorga el triunfo a los autonomistas. El mitrismo lanza la fórmula porteñista Tejedor-Laspiur y Roca hace lo propio el 27 de julio apoyado por las provincias y el sector más popular del autonomismo de Alsina. Tejedor -un viejo rivadaviano apoyado por la juventud oligárquica- está dispuesto a defender el secesionismo porteño con las armas. Ya ha definido su programa localista al decir que el presidente de la república era en Buenos Aires «un huésped». Tiene un ejército de cincuenta mil hombres conducido por oficiales mitristas y cuenta con el apoyo de un sector de los autonomistas provenientes de los grupos ganaderos y terratenientes.

Sarmiento, Ministro del Interior, le exige a Tejedor disolver esas milicias con el argumento de que sólo es el gobierno nacional el que puede poseer una fuerza armada. Roca se aleja del gobierno en octubre de 1879 enfrentado con Sarmiento y con el porteñismo, pero logra

dar un batacazo importante en las elecciones de diputados, en febrero de 1880.

Triunfa en todo el país salvo en Corrientes y en Buenos Aires y se perfila como el próximo presidente. Plantea con claridad la necesidad de la federalización de Buenos Aires, una idea que el presidente Avellaneda defiende y el mitrismo rechaza. Los diarios porteños no dejan de fustigar a Roca. No ahorran insultos contra él, lo llaman «barba azul», «el nuevo Rosas», «el nuevo Urquiza», «mazorquero» y el clásico «bárbaro». Lo acusan de vivir rodeado de «caudillos de chiripá», de ser un «mulatito de provincia», de escribir con faltas de ortografía y de presentar a Buenos Aires como un «cordero gordo» que sería devorado por los «hambrientos» provincianos una vez que esos «bárbaros» pisasen territorio porteño. Varias «plumas célebres» cronicaron la guerra civil del 80 desde la óptica porteña y tilinga, aunque ninguno tan bueno como Eduardo Gutiérrez que en su libro *La muerte de Bs. As.* es quien mejor retratará el desprecio hacia los provincianos.

En realidad, más allá de esta pirotecnia verbal, lo cierto es que la oligarquía porteña quiere seguir defendiendo el

monopolio exclusivo sobre las rentas de la Aduana. Pese a todo esto, el 11 de abril de 1880, Roca se impone con 161 votos de electores sobre los 71 de Tejedor. Comienza la guerra civil. La entrevista entre Roca y Tejedor del 10 de mayo fracasa y el 2 de junio Tejedor desembarca armas en la Boca. Avellaneda se retira a Belgrano con sus ministros. El 13 de junio se elige la fórmula Roca-Madero. Ambos grupos movilizan más de veinte mil combatientes. El primer choque se produce el 17 de junio en Olivera y el segundo, el 20 de junio, en Puente de Barracas. El día 21 de junio se producirán los choques más violentos en Puente Alsina, Los Corrales y Plaza Constitución, que dejan como saldo tres mil muertos.

Este episodio, curiosamente soslayado o minimizado por la Historia Social ha encontrado una actitud similar en los historiadores de la izquierda cipaya -como J. B. Justo o Milcíades Peña- para quienes tres mil muertos no tienen ninguna importancia, sólo son «luchas intraoligárquicas» de las que los verdaderos revolucionarios, como ellos, no deben ocuparse (ni en el pasado ni el presente) pues carecen de dignidad ontológica. Terrible error que los ha llevado a esperar revoluciones químicamente puras que, por supuesto, no se producen más que en sus afiebrados o dogmáticos análisis.

Lo real es que en 1880, los porteños salen a defender sus privilegios, pero son derrotados por Roca y sus «chinos». Mitre debe ir a negociar con el gobierno nacional. Tejedor es reemplazado y se produce un licenciamiento de tropas y la entrega de las armas. Fin a la maldición del puerto. La otrora orgullosa, cosmopolita y liberal urbe porteña siente que desde lo más profundo de ese país real que tanto ha despreciado, vienen a cobrarse la revancha de Pavón.

En síntesis, la claudicación final del roquismo y su fracaso como intento de desarrollo burgués nacional no debe llevarnos a la confusión sobre un aspecto central: *la oligarquía no nace en el 80 con Roca; nace en 1827 con Rivadavia, lucha por sus miserables intereses en 1852 y 1860 y alcanza su apogeo tras la batalla de Pavón con el mitrismo.*

Esto no implica negar que Roca se hará después un gran estanciero o que un pequeño número de «familias principales» se quedarán con enormes extensiones de tierra.

Nadie mejor que el maestro Jauretche que en *El medio pelo en la sociedad argentina* ha sintetizado con maestría el fracaso del roquismo: «El roquismo, como tentativa de grandeza nacional, se desintegra en las pampas vencido por los títulos de propiedad que adquieren sus primates, ahora estancieros de la provincia» •